Emily Austin
VAMOS A MORIR TODOS
BLACKIE BOOKS

La perrita Blackie no creía en Dios ni en la iglesia.
Y tan mal no le fue.

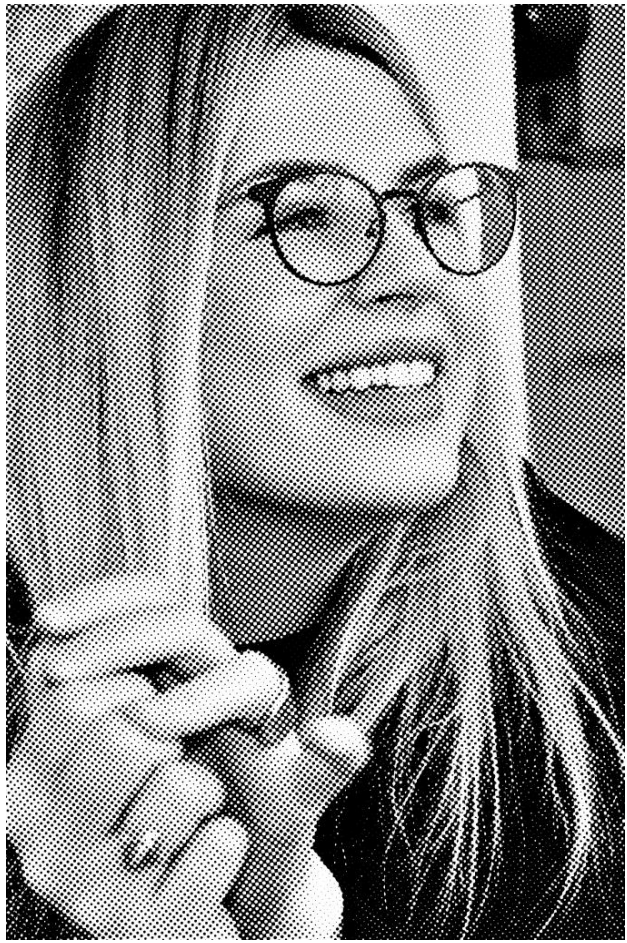
EMILY AUSTIN

Vamos a morir todos

Traducido por Julia Viejo

Índice

Portada
Vamos a morir todos
Créditos
Primera parte. Adviento
Segunda parte.. Navidad
Tercera parte. Tiempo ordinario
Cuarta parte. Cuaresma
Quinta parte Pascua
Agradecimientos



EMILY AUSTIN nació en Ontario, Canadá. Estudió Lengua y Literatura Inglesas en el King's University College, y Biblioteconomía y Ciencias de la Información en la Western University. Aunque recibió una educación católica, pronto se dio cuenta de que le era imposible sentirse identificada con la comunidad religiosa. En *Vamos a morir todos*, su primera novela, recoge la desazón de su juventud, siempre apoyada en un sentido del humor que considera fundamental en su vida. Su debut ha sido galardonado con la medalla del humor Stephen Leacock, ha sido finalista de los premios Ottawa Book Awards y preseleccionada para el premio Amazon First Novel Award. Austin es una de las máximas referentes de la literatura *queer* canadiense.

Título original: *Everyone In This Room Will Someday Be Dead*
Diseño de colección: Setanta
www.setanta.es
Diseño de cubierta: Josep Dols
© de la ilustración de cubierta: Martí Melcion
© de la foto de la autora: Bridget Forberg
© del texto: Emily Austin, 2021. Todos los derechos están reservados
© de la traducción: Julia Viejo Sánchez, 2023
© de la edición: Blackie Books S.L.U.
Calle Església, 4-10
08024 Barcelona
www.blackiebooks.org
info@blackiebooks.org
Maquetación: Acatia
Primera edición: marzo de 2023
ISBN: 978-84-19654-08-3
Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

Para Christina y Matthew.

Primera parte

Adviento

Creo que ha habido una explosión. Oigo el sonido de un teléfono entremezclado con los gritos ahogados de una mujer. Todo está oscuro. Parpadeo varias veces.

Oscuridad. Total. Absoluta.

Vuelvo a parpadear y veo la luz del sol. Delante de mí se eleva la enorme silueta de una farola. Veo una luz verde, pero no me muevo. Miro para atrás. Hay una furgoneta beis que echa humo por el capó. La carretera está llena de cristales rotos.

Ya me acuerdo. Estaba a punto de darle un sorbo al café. Sonó un claxon y entonces, por el retrovisor, vi la furgoneta estamparse contra el maletero de mi coche. Me saltó el airbag y sin querer me di a mí misma un puñetazo en la cara.

Las tripas de mi termo se me han derramado encima, y también un polvo gris algo sospechoso que salió disparado al activarse el airbag. Enciendo las luces de emergencia y vuelvo a mirar por el retrovisor. La mujer que estaba gritando ha salido de la furgoneta. Viene hacia mí.

Me invade el olor de mi difunto café, que ahora forma parte de la tapicería del coche y me quema el pecho. El sol me da directo en la cara, y sigo oyendo el sonido del teléfono. Cierro los ojos y me concentro en la oscuridad debajo de mis párpados.

La mujer golpea el cristal con los nudillos, pero mantengo los ojos cerrados. Cuando me expongo a tantos estímulos me da por llorar. Si no los abro a lo mejor no sucumbo a la humillación.

—¡Tiene los ojos cerrados! —La voz de la mujer suena amortiguada al otro lado del cristal.

—¿Está muerta?

Todavía sin abrirlos, muevo un brazo para demostrar que sigo viva.

—¿Por qué cierras los ojos? —pregunta—. ¡Pensaba que te había matado!

¿En serio esta mujer se cree que todo el mundo se muere con los ojos cerrados?

—¿Me oyes? —Vuelve a tocar en la ventanilla.

En lugar de explicarle que los cierro para no echarme a llorar en público o confrontarla con la oscura realidad de que se puede morir con los ojos abiertos, decido que lo mejor es abrir los míos.

Una luz blanca me ciega.

—Ay, cariño —dice la mujer, apaciguadora, mientras las lágrimas me resbalan por la cara hasta precipitarse por mi nariz.

—Estoy bien —miento.

Cuando tenía diez años encontré el cadáver de mi coneja. Estaba a punto de comerme una piña a medias con ella. Pero en lugar de compartir un momento y un poco de fruta con mi mascota, me topé con sus restos mortales. Tenía los ojos abiertos. Estaba muerta.

—¿Estás bien? Estás sangrando, por si no lo sabías.

Acerco la cara al retrovisor y me miro en el reflejo. Me sangra la nariz. Descubro que tengo los ojos inyectados en sangre y la cara pálida y mojada; sin embargo, es posible que eso no sea cosa del accidente. Hace mucho que no me miro en un espejo.

—Y tu brazo... —Me señala el brazo.

Bajo la mirada y me doy cuenta de que tengo el brazo sobre el regazo, en una posición extraña. El impacto del airbag me lo ha fracturado o dislocado.

A pesar de tener rotos el coche y el brazo, voy conduciendo hasta Urgencias. He decidido no llamar a una ambulancia porque no me gusta montar numeritos. Prefiero estrellarme contra otra furgoneta a verme rodeada de un montón de médicos dentro de un vehículo tan escandaloso.

Piso el acelerador tan suave que apenas me muevo. Me voy arrastrando por la carretera con el airbag colgando del volante como si lo hubieran destripado.

Un camión grande y blanco me pisa los talones. El conductor no para de tocar el claxon.

Agarro el volante. Como otro coche me embista por detrás ahora mismo, no tengo nada para amortiguar el golpe.

Miro fijamente al camión mientras me adelanta como

un depredador al acecho. Me aferro al volante mientras me invade la inquietud de saber que soy un ser vivo que respira y que algún día morirá. Cualquier conductor temerario me puede borrar del mapa. Estoy atrapada en un cuerpo frágil. Podría salirme de la carretera. Podría estrellarme contra una furgoneta. Podría atragantarme con una uva. Podría ser alérgica a las abejas; soy tan efímera que un bicho insignificante podría saltar de una margarita a mi brazo, picarme y acabar conmigo. Oscuridad. Fin.

Me miro los huecos entre los nudillos y me centro en la respiración consciente.

Soy un animal; un organismo hecho de huesos y sangre.

Me centro en los árboles a lo largo de la carretera. Hacerlo me sirve para mantener la mente ocupada en pensamientos no relacionados con mi frágil mortalidad.

Eso es un pino.

Un arce.

Otro pino.

Un abeto.

Mi muerte, y la muerte de cualquiera, es inevitable.

Otro pino.

Me dirijo al mostrador de admisión y me coloco en el campo de visión del recepcionista. Espero con paciencia a que termine de revisar unos papeles y me mire. Leo los carteles que tiene detrás, para parecer ocupada, y para no pensar en que cada segundo que pasa me acerca a mi destino final (la muerte).

En un cartel pone: ¡VIRUS DEL PAPILOMA HUMANO! La modelo sonríe tan exageradamente que puedo contar cada uno de sus dientes. Son gigantescos. La miro a los ojos y me pregunto cómo puedo ser tan feliz como ella. ¿Vivir sin miedo a pillar VPH produce ese nivel de euforia? Si es así, pínchame de eso ya.

—¿Qué te pasa hoy? —me pregunta por fin.

Quiero decirle que mi problema puede ser no haberme puesto aún la vacuna del VPH; sin embargo, ya he ensayado mentalmente lo que quiero decir, así que lo digo:

—He tenido un accidente de tráfico sin importancia.

—¿Qué? —Me mira, sorprendido—. ¿En serio?

—Sí.

—Vaya, cariño, ¿estás bien?

Es una pregunta rara, creo. Mi presencia allí como potencial paciente de urgencias da a entender que no estoy bien.

A pesar de que la pregunta es rara, le digo:

—Sí, estoy bien. —Y añado—: Bueno, creo que me he roto el brazo, pero no me quejo. ¿Y tú?

Se levanta para examinarme el brazo. Luego me mira fijamente con los ojos entornados.

—Estás mucho más tranquila de lo que sueles estar.

Al no poder articular una respuesta mejor, digo:

—Gr... gracias.

Intento cambiar de tema, alejarlo del hecho de que en ocasiones anteriores no he sabido guardar las formas, y decido que es momento de añadir:

—Y me gustaría vacunarme contra el VPH, por favor.

Mientras espero a que sea mi turno, me entretengo haciendo un diagnóstico *amateur* de todos los que están en la sala de espera.

Ese hombre tiene la gripe.

Esa señora tiene cáncer.

Ese niño tiene cuentitis.

Cuando termino de diagnosticarlos, oigo una voz familiar que grita:

—¡Hola!

Gracias a mi visión periférica veo que una enfermera me está saludando.

Finjo que no la he visto. Clavo la vista en las baldosas del suelo.

No ha pillado que no quiero interactuar con nadie, así que vuelve a gritar:

—¡Eh, hola!

Aprieto los dientes y la miro.

—¡Me alegro de verte! —grita.

Sonrío sin ganas.

—Y yo a ti, Ethel.

Me devuelve la sonrisa mientras otro enfermero llamado Larry pasa por detrás. Larry también me mira y me saluda.

—Otra vez aquí, ¿eh?

Asiento.

—¿Trabajas aquí o algo? —me pregunta la paciente sentada a mi lado.

—No —contesto, mientras Frank, uno de los celadores del hospital, me señala y grita:

—¡Hola, tía!

Me hacen un cuestionario antes de pasar con la doctora.

—¿Tomas alguna medicación?

—No —respondo—. Bueno, últimamente tomo mucha vitamina D.

Cuando vine a Urgencias la semana pasada me dijeron que no tenía nada, y que debería pensar en tomar un suplemento de vitamina D.

—¿Solo vitamina D? ¿Ningún medicamento?

—No.

—¿En tu familia hay antecedentes de problemas de corazón?

—No.

—¿Hay alguna probabilidad de que puedas estar embarazada?

—No.

La enfermera aprieta los labios mientras anota mis respuestas. Por su gesto entiendo que me está juzgando. He contestado que no tomo nada, lo cual significa que no tomo anticonceptivos, y he contestado que no puedo estar embarazada, por lo que piensa que soy célibe. Pero no. Simplemente soy lesbiana, y por tanto tengo la bendición de estar exenta del riesgo de embarazo.

—¿Ninguna probabilidad? —insiste.

—No —digo, y ella vuelve a apretar los labios.

—A lo mejor esto te duele un poco —me advierte la doctora.

—No pasa nada —le digo.

Me mueve el brazo con un gesto rápido. Suena un

chasquido desconcertante.

La enfermera levanta las cejas, impresionada, y dice:

—Vaya, no has dicho ni mu. Está claro que tienes aguante.

—Gracias —contesto.

No he dicho ni mu porque no me ha dolido. Pero no pienso admitirlo; prefiero impresionar a esta enfermera con mi valor. También prefiero fingir que soy valiente porque sospecho que tendría que haberme dolido, y el hecho de que no haya sentido nada es un claro síntoma de un problema médico mucho más grave.

La enfermera se me queda mirando.

—¿Estás bien? —pregunta.

—¿Qué? —La miro.

—Que si estás bien —repite.

—Ah. —Asiento con la cabeza—. Sí, estoy bien.

Ya me rompí el brazo una vez. Estaba en cuarto de primaria. Hice una acrobacia un pelín arriesgada en la espaldera y me comí todo el suelo del gimnasio. Me quedé ahí tirada, como una perdiz en un coto de caza, mirando las caras de mis compañeros mientras se arremolinaban alrededor, flipando en colores.

Siempre he odiado ser el centro de atención. A pesar de haberme roto el brazo, y a pesar de lo que describiría como un dolor insoportable, les juré que estaba bien para que se fueran.

No estaba bien. Me había fracturado dos huesos del brazo.

—Tienes que revisar que no te salgan ronchas por debajo de la escayola —me manda la doctora.

—Vale. —Asiento.

—Y si se te calienta mucho el brazo o tienes fiebre, te vuelves a Urgencias, ¿vale?

—Vale. —Vuelvo a asentir.

Hojea unos papeles que tiene en la mesa.

—Por lo que veo, últimamente has venido bastante al hospital. Por dolor en el pecho y problemas para respirar. ¿Te ocurre a menudo?

—Sí —respondo—. Siento bastante presión en el pecho.

—Tiene pinta de ataque de pánico —dice. Después baja la mirada al papel y añade—: Puedo pedir que te deriven al psiquiatra.

Siempre piden que me deriven al psiquiatra. Y luego nunca me llaman.

—Mientras tanto, ¿has pensado en tomar un suplemento de vitamina D?

—¿Puedes venir a por ellos el miércoles? —me pregunta la farmacéutica cuando le doy la receta de los analgésicos.

—¿El miércoles? —repito.

—Sí —dice—. ¿Te viene bien?

—Pero quedan tres días —digo.

Me mira raro.

—No. Es mañana.

—Ah. —Caigo en la cuenta—. Es verdad. Perdona. Últimamente duermo mucho y me afecta a la percepción del tiempo.

Me mira más raro aún.

Retuerzo los dedos de los pies dentro de los zapatos. No sé por qué le he dicho eso. Enseguida empiezo a mentir:

—Llevo unos días enferma. Con un resfriado horroroso, y duermo mucho...

Mientras se la intento colar me doy cuenta de que esta mujer es una profesional de la salud y que seguramente sabe cuándo la gente finge enfermedades.

—Pero ya me encuentro mucho mejor —añado para disimular.

Me contesta sin el más mínimo atisbo de sinceridad:

—Me alegro mucho.

—¿Sí? —Me cuesta horrores coger el teléfono.

Hace mucho sol. La pantalla de mi móvil tiene el brillo demasiado bajo para ver quién me llama.

—¿Me estás ignorando? —me pregunta la voz.

Es Eleanor. La chica con la que estoy saliendo.

En vez de responder que no, como había planeado, se me enreda la lengua y emito un sonido inaudible.

—¿Hola? ¿Sigues ahí?

—Sí, perdona —contesto.

—¿Por qué no me respondes a los mensajes? No sé si te acuerdas de que me aparece que los has leído. No me parece normal que me ignores...

—Perdona —repito—. ¿Podemos hablar luego? Acabo de tener un accidente de tráfico sin importancia y...

—¿Qué? ¿Estás bien?

—Pues no sé —confieso—. Estoy intentando encontrar la parada del autobús. —Están remolcándome el coche hasta casa—. ¿No sabrás cómo llegar a mi apartamento desde la gasolinera de Alma Street? —Entorno los ojos para intentar leer el cartel amarillo de una marquesina—. ¿En el noventa y cuatro o en el noventa y siete?

—¿Cómo que no sabes si estás bien?

—Bueno... La verdad es que no lo sé muy bien. Llevo unos días bastante cansada. Da igual lo mucho que duerma, sigo despertándome hecha polvo. Creo que a lo mejor tengo un desequilibrio...

—No —me interrumpe Eleanor—. Me refiero al accidente.

—Ah. Sí, estoy bien. Me preocupa más tener un déficit de vitaminas, si te digo la verdad. Creo que necesito más calcio o algo de eso. Estoy bastante floja y me da vueltas la cabeza. ¿Tú bebes suficiente leche?

Un señor mayor de aspecto quebradizo me cede el asiento en el autobús.

—No puedo aceptarlo —le digo.

—Vamos, siéntate —insiste.

Niego con la cabeza.

—No, muchas gracias, es muy amable por su parte... Pero estoy bien.

—Estás lesionada —me dice, señalándome la escayola —. Por favor, estos asientos están reservados para estos casos. Insisto.

Miro la pegatina del asiento, que muestra a una mujer embarazada y un anciano con bastón. Yo no soy ninguna de esas dos cosas: soy una mujer de veintisiete años que es imposible que esté embarazada. Probablemente soy la

pasajera con menos prioridad de este vehículo. Tengo una lesión leve en una parte del cuerpo que no influye para nada en mi dificultad para montar en autobús.

En lugar de ponerme a explicárselo, acepto el asiento del anciano a regañadientes. Y se lo agradezco cuatro veces.

«Gracias.»

«Gracias.»

«Muchas gracias.»

«Muchísimas gracias.»

Cada vez que el conductor frena, el anciano se tambalea. Estoy en un sinvivir por si se cae al suelo. Me imagino que pierde el equilibrio y sale disparado a la otra punta del autobús. Pienso en los huesos porosos y frágiles de la gente mayor. Pienso en que la gente mayor se muere por caídas. Empiezo a imaginarme en el funeral de este señor.

Voy toda de negro.

Les digo a sus seres queridos que se murió por mi culpa.

—Fue culpa mía —explico.

Me bajo del autobús dos paradas antes solo para que el señor pueda recuperar el asiento. Las puertas se abren justo delante de una cafetería. En lugar de ir directa a casa, me meto en el establecimiento.

Cuando pido un vaso grande de leche, la camarera me pide por favor que me siente. Me parece una petición un poco rara, porque no se tarda casi nada en preparar lo que he pedido.

Pero no discuto y me siento.

Durante unos instantes me pregunto por qué me habrá dicho que me siente. Luego empiezo a preguntarme por qué me importa que me diga que me siente. ¿Por qué necesito saber sus motivos? ¿Por qué no puedo confiar sin más en que la gente tiene sus propias razones para decir y hacer lo que le dé la gana? ¿Por qué no puedo ser un perro que se sienta cuando se lo mandan, sin preguntarse por qué?

Miro a la gente que me rodea. A lo mejor sí que somos un poco perros. Todos esperando las bebidas como animales

adiestrados. Miro mis manos y después las de los demás. Son como zarpas. Somos animales.

Me tiembla la pierna incontrolablemente.

Abro la aplicación de noticias del móvil para distraerme. Empiezo a bajar por los titulares.

El miércoles hubo un tiroteo en un colegio.

Varios famosos han violado a otros famosos.

Los glaciares se derriten.

Las tortugas marinas se extinguen.

Decido salir de la página de noticias populares. Hago clic en un artículo titulado: «No creerás cómo murieron estas personas».

Lottie Michelle Belk, de cincuenta y cinco años, fue atravesada por una sombrilla de playa que salió volando en un golpe de viento.

Hildegard Whiting, de setenta y siete años, murió asfixiada por los vapores de dióxido de carbono producidos por cuatro neveras de hielo seco de un carrito de helados.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —Una niña me tira de la manga del abrigo.

—He tenido un accidente de tráfico sin importancia —le explico mientras levanto la vista de un artículo sobre un hombre y una lámpara de lava. El hombre no conseguía poner en marcha la lámpara, así que la puso al fuego y encendió la cocina a baja temperatura. El líquido de la lámpara empezó a burbujear, se sobrecalentó y explotó. Entonces la cera de colores, el líquido transparente y el cristal roto saltaron por los aires, y un trozo de cristal salió volando hasta el pecho del hombre, le perforó el corazón y lo mató. Todo el mundo se pregunta en los comentarios qué llevó al hombre a hacer semejante experimento, pero yo solo puedo pensar en que una vez de adolescente metí una bombilla en el microondas, por pura curiosidad. Entiendo perfectamente cómo puede descarrilar el tren del pensamiento humano. Es una tragedia, tanto la muerte del hombre como su intento improvisado y estúpido de pasar el rato, que le salió tan mal que ahora lo definirá para siempre.

Me pregunto si a mí también me definirá mi muerte.

—¿Puedo firmarte la escayola? —me pregunta la niña que me ha tirado del abrigo.

Miro sus uñas llenas de roña, luego su cara sonrosada y contesto:

—Claro. —Aunque la verdad es que preferiría que no me tocara.

Me sacrifico como una mártir por la felicidad de esta niña y espero mientras me hace un dibujo con un rotulador permanente rojo que ocupa toda la escayola. Sin querer, se sale y me pinta también la piel y la ropa.

Cuando termina, le pregunto qué ha dibujado y me dice que un perro. Observo lo que parece el dibujo de un pene con ojos y suspiro.

La camarera dice mi nombre, así que me levanto.

Me entrega una especie de batido, y lo acepto sin decirle que me debe de haber entendido mal.

Supongo que me trabé al pedirlo.

Creo que soy alérgica a algún ingrediente del batido. Se me ha puesto la lengua el doble de gorda de lo que debería estar.

—Me cago en Dios —maldigo en voz alta mientras me froto los ojos con el borde de la escayola.

Alguien me toca el hombro.

Me doy la vuelta y veo a una anciana con un hábito. Ahogo un grito porque no esperaba toparme con una monja.

Aunque no soy religiosa, ahora me da cosilla haberme cagado en Dios delante de una devota. Si hubiera sabido que estaba ahí, no lo habría dicho.

Me sonríe.

—¿Estás bien, cielo?

—Edtoy ben —contesto. Tengo la lengua tan gorda que no puedo ni hablar.

—Parecías molesta por algo —señala.

—Ah, no, no, edtoy ben —repito con una sonrisa falsa.

Me devuelve la sonrisa.

—¿Te puedo dar el boletín de la iglesia?

Me extiende un papel amarillento.

He empezado a acumular platos sucios en mi cuarto. He dejado el vaso de batido de antes en lo alto de una pequeña pila de tazas, platos y boles. Apilar los platos es como construir un castillo de naipes. Cada plato que añado supone un nuevo riesgo. En algún momento el castillo se vendrá abajo.

Pensar en lavar los platos se parece mucho a pensar en salir a correr.

Mañana lo hago.

Me compré las tres últimas ediciones del *Libro Guinness de los Récords* antes de que me despidieran de la librería. Las compré pensando en que podría devolverlas nada más leerlas. Era mi alternativa vaga a la biblioteca. Ahora no puedo ir a devolverlas sin tener que enfrentarme a mi antiguo jefe, que me considera una irresponsable y que nunca se ha fiado de mí. Tengo miedo de que me acuse de haber robado los libros como se me ocurra ir a devolverlos.

Era una empleada pésima. Me cuesta mucho levantarme, así que rara vez llegaba a mi hora. A menudo me saltaba el turno entero. Tampoco es que mi presencia aportara mucho a la librería. No valgo para trabajar de cara al público. Una clienta me preguntó una vez si de verdad era empleada de la tienda o solo tres zarigüeyas en una gabardina. Me sorprendió tanto la comparación que la clienta tuvo que explicármela. Me dijo que las zarigüeyas son muy asustadizas, y yo contesté:

—¿Pero por qué una gabardina? Yo no llevo gabardina. Y además, ¿no son pequeñísimas las zarigüeyas? ¿No tendrían que ser más bien cinco o seis zarigüeyas en una gabardina? Eso en el caso de que llevara gabardina.

Se quejó a mi jefe, y él me obligó a tragarme una charla en el cuarto trasero sobre los cinco pilares básicos de una buena atención al cliente. Estaba tan distraída por su vehemencia que al terminar ya no me acordaba de una sola palabra.

Abro la edición más reciente del *Libro Guinness de los Récords* y hojeo las páginas satinadas. Leo que la persona

más longeva del mundo vivió 122 años. Era una mujer llamada Jeanne. Murió en Francia.

Me toco el pelo churretoso, paso la página y me pregunto si habrá un récord para la persona que más tiempo ha pasado sin ducharse.

El corazón me late más deprisa que a un conejo delante de un zorro. Estoy apoyada en el lavabo, repitiéndome a mí misma que estoy bien.

Estoy bien.

Me siento como si tuviera a una persona sentada encima del pecho, pero no pasa nada.

Abro el bote de píldoras de vitamina D, me meto dos en la boca y las mastico.

—Esto fijo que funciona —digo en voz alta, con la certeza de que es mentira.

Llevo al menos cinco minutos con problemas para respirar. No me llega el oxígeno al cerebro.

Debería ir al hospital, pero cada vez que voy al hospital me dicen que solo es ansiedad.

¿Será solo ansiedad? ¿Merece la pena correr el riesgo de que sea un infarto de verdad? ¿Y si el accidente me ha provocado un infarto real?

Cojo el móvil y marco un número que ya me sé de memoria.

Contesta una voz masculina:

—Hola, ha llamado a Telesalud. Si necesita atención urgente, por favor cuelgue y llame al teléfono de emergencias. ¿Cómo puedo ayudarle?

—Hola —digo, sin aliento—. Me está dando un ataque.

—Por favor, acuda a urgencias.

—Ya he ido muchas veces —explico, jadeando—. Las enfermeras se saben mi nombre. ¿Eso no es normal, no? No puedo volver.

—¿Ya la ha examinado un médico de urgencias?

—¿Cómo puedo distinguir si es un ataque al corazón o un ataque de pánico? —Me agarro del pecho.

—Si cambia de postura, ¿cambia la intensidad del dolor?

—Un momento.

Me encojo sobre las baldosas del suelo, hasta tocarme el pecho con las rodillas.

Me quedo en silencio y escucho los latidos del corazón.

Pum.

Pum.

Pum.

—Más o menos —digo.

—Entonces tiene pinta de ataque de pánico —me contesta el hombre—. ¿Tiene problemas de ansiedad?

—Eso parece —digo, mientras se me afloja la presión del pecho poco a poco.

—¿Hay alguien con quien pueda hablar? —me pregunta después de unos instantes de silencio.

—Usted —digo.

Se ríe.

—¿Qué tal te tratan en la librería, cariño? —me pregunta mi madre mientras me sirve una tonelada de puré de patatas en un plato de cerámica.

—Me han despedido —admito mientras me llevo una cucharada de puré a la boca.

Hace tiempo leí que el ser humano podría alimentarse exclusivamente de patatas. Una patata contiene todos los aminoácidos esenciales que los humanos necesitamos para construir proteínas, reparar células y combatir enfermedades.

—¿Que te han despedido? —Mi padre se atraganta—. ¿Y eso? ¿Cómo te van a despedir?

Sin embargo, habría que comer unas veinticinco patatas al día para obtener la cantidad recomendada de proteínas, y tendríamos carencias de calcio.

—¿Hola? ¿Por qué te han despedido?

No es que alimentarse solo de patatas sea sano, estrictamente, pero se puede vivir más tiempo que comiendo solo pan o manzanas.

—¿Estás sorda? —Mi padre agita la mano delante de mi cara.

—¿Qué?

—¿Por qué te han despedido? —pregunta, con la cara cada vez más roja.

—No lo sé —digo, aunque sé perfectamente que me han despedido porque llevaba cinco días sin aparecer por allí.

—¿Te han pillado robando libros o algo por el estilo? —bromea mi hermano Eli.

—¿Ya has dejado el currículum en otro sitio? —pregunta mi madre antes de que pueda responder a Eli.

—Sí —miento.

Todos masticamos durante un minuto de silencio por mi despido.

Mi madre suspira.

—¿Abro una botella de vino?

—No —me apresuro a decir.

—¿Qué? —Mi padre me mira—. ¿Por qué?

—Porque no —insisto—. Me estoy medicando. —Levanto el brazo roto.

—¿Te estás medicando? —dice mi padre—. ¿No dijiste que el accidente y la lesión no tenían importancia? ¿Es grave?

—Estoy bien.

—¿Pero el resto no podemos beber ni una copa? —se burla.

—Eso es —confirmo.

—No volverá a ocurrir. —Mi padre le estrechó la mano al director—. Su madre y yo nos encargaremos. Gracias, Dave.

Cuando tenía quince años, llamaron a mis padres del colegio para decirles que me expulsaban dos días.

Habíamos ido de excursión al campo por la mañana. Cuando nos montamos en el autobús de vuelta, mi amiga Ingrid y yo nos sentamos en la fila de atrás. Un grupo de chicas se nos acercaron e insistieron para que les cediéramos los asientos. Yo empecé a levantarme, resignada, pero Ingrid se negó. Me agarró de la muñeca y dijo:

—No nos vamos a ninguna parte.

Las chicas que querían nuestros asientos empezaron a

llamarnos lesbianas.

Ingrid no era lesbiana. Pero a menudo le decían que lo era, porque era amiga mía, y mucha gente se pensaba que era contagioso.

Todo el autobús se dio la vuelta para mirarnos. Algunos se reían. Un chico llamado Brandon empezó a gritar:

—¡Bolleras!

—¡Dejad de llamarlas lesbianas! —La señora Camp, que supervisaba la excursión, intervino por fin—. ¡Qué cosa tan horrible!

Las chicas se tuvieron que sentar en los asientos delante de nosotras. Ingrid estaba tan furiosa que les acercó el mechero a las puntas del pelo. No les hizo daño, pero acabaron con el pelo frito, y el autobús con una peste monumental.

La señora Camp nos mandó al despacho del director. A ellas no. Vi cómo las consolaba mientras Ingrid y yo entrábamos. Les daba palmaditas en la espalda mientras decía:

—Lo sé, ha sido espantoso.

Mi padre me echó la bronca de camino a casa.

—Cuando seas mayor te darás cuenta de que hay problemas más graves que los insultos de unas chicas en el autobús. Deja de meterte en líos.

—Pero si ni siquiera he sido yo la que...

—Me da igual. La gente con la que vas es un reflejo de ti. No deberías juntarte con la tal Ingrid si va por ahí prendiendo fuego a la gente...

—Pero ellas nos habían...

—¡Que me da igual! Haber agachado la cabeza.

Mi madre guardó silencio.

En la calle se entremezclan sirenas de distintos tonos, y todas juntas se convierten en una melodía hostil y vibrante que me impide conciliar el sueño. Abro los ojos. Miro al techo.

Una vez en verano me quedé dormida en la playa, y Eli me enterró en la arena hasta el cuello. Me desperté

completamente inmovilizada. No podía levantarme si no me desenterraba. Ahora me siento exactamente igual. Como si estuviera encadenada a la cama.

Sacudo las piernas para desprenderme de las sábanas. Me aferro al último residuo de fuerza de voluntad que me queda en el cuerpo para levantarme.

Por la ventana entra una luz naranja muy brillante. Me acerco, me asomo y veo que la casa de enfrente está ardiendo. El jardín delantero está lleno de camiones de bomberos, ambulancias y coches de policía. Me apoyo en la ventana y miro cómo las llamas han devorado ya todo el piso de arriba y acaban de llegar al tejado. Espero que no haya nadie dentro.

Me fijo en las ventanas de enfrente, intentando vislumbrar alguna silueta. Todo está envuelto en llamas. No se ve ninguna sombra, solo un resplandor amarillo intenso. No logro ver si hay alguien dentro. Por las ventanas de abajo salen nubes de humo negro que no me dejan ver nada.

Me doy unos golpes en el pecho para aplacar el latido frenético de mi corazón.

Los bomberos arrojan agua contra las llamas, pero el fuego sigue avanzando. Me da la impresión de que el tejado está a punto de hundirse.

Las sirenas suenan tan fuerte que no se oye nada más. Espero que no haya nadie pidiendo auxilio. Se me encoge el estómago de pánico. Observo el chorro de agua de la manguera y me convenzo de que el incendio está retrocediendo, aunque en realidad no lo tengo muy claro.

En la calle hay gente pegando gritos. ¿Qué dicen? No entiendo nada. Abro la ventana. El fuego ha calentado el aire frío de noviembre. Respiro el olor ahumado y acre de la casa. Intento entender qué dicen.

—¿Dónde está el gato?

—¿El gato ha salido?

Apoyo la frente contra el cristal y examino la oscuridad, buscando al gato perdido.

Mi búsqueda se frustra cuando los alrededores de la

casa empiezan a llenarse de gente. Se está formando un corrillo. Todo el mundo ha salido en pijama a contemplar la catástrofe. Algunos con tazas de café en la mano. Un hombre lleva a un niño a hombros.

El ojo amarillo del cadáver podrido de una gaviota me vio tomando el sol el día que mi hermano me enterró en la arena. Fue a mediados de agosto. Tenía nueve años. Papá y mamá nos llevaron a Port Stanley y colocaron sin querer las toallas justo al lado de aquel pájaro que acababa de estirar la pata.

Con el paso de las horas, me fijé en que las gaviotas vivas se acercaban a visitar el cuerpo de la gaviota muerta. Me imaginé que querían presentar sus respetos. Era como asistir a un velatorio de aves muy emotivo.

Pasado un rato, mi padre vio el cadáver y dijo:

—Creo que las ratas marinas esas están intentando averiguar de qué se ha muerto.

—Qué horror lo de la casa de enfrente, ¿no? —comenta mi vecina de al lado mientras cierro la puerta tras de mí.

La miro. Lleva un albornoz rosa y el pelo envuelto en una toalla.

—Sí —contesto, mientras me pregunto qué hace esa señora en el descansillo.

—Da mucho miedo vivir en un piso —continúa la mujer mientras me mira de arriba abajo—. No hay manera de saber si los vecinos limpian el filtro de las pelusas o dejan las velas encendidas. Pero bueno, me imagino que tendrás extintor, ¿no?

—Claro —miento—. ¿Qué clase de idiota irresponsable no tiene extintor?

He dedicado las últimas cuatro horas de mi vida a localizar alguna tienda que venda extintores. Después de visitar tres sitios y hablar con cinco vendedores, me he acabado comprando un extintor de alta gama por sesenta dólares y ahora mi cuenta corriente está temblando.

Me contengo para no gruñir, maldecir y parar a coger aire mientras meto en casa el extintor nuevo. Solo tengo un brazo disponible. Me da miedo que me pille la vecina

cotilla y se dé cuenta de que le he mentido. No tiene ni idea del esfuerzo que me está costando salvarle la vida.

Siento cómo el cacharro se me empieza a resbalar de la mano sudorosa. Imagino que se me cae al suelo. Imagino que se despeña por la escalera y revienta contra las baldosas. Imagino que hace muchísimo ruido. Imagino que atraviesa el techo de alguna casa, cae en picado y se estampa contra el cráneo de alguna víctima desprevenida. Imagino que mi vecina sale de su piso con el albornoz rosa y me pilla en la escena del crimen.

Se me caen dos veces las llaves mientras intento abrir la puerta de casa. Cuando por fin entro, cierro la puerta de una patada y tiro el mamotreto de veinte kilos sobre la cama deshecha. Inmediatamente rebota en el colchón y se estrella contra el suelo.

No, hombre.

Me abalanzo para evaluar los daños. Ha aterrizado a plomo en el mando a distancia, que anoche se me cayó al suelo sin querer. Cinco botones se han quedado metidos para dentro en la carcasa y no funcionan. Me digo: *No pasa nada, a partir de ahora puedo cambiar de canal desde la propia tele*, y vuelvo a tirar el mando al suelo. Se le desparraman las pilas como si fueran intestinos.

Las veo rodar por el suelo y entonces examino la habitación. ¿Qué más debería hacer para no matar al resto de los vecinos de este edificio?

Reviso el filtro de las pelusas de la lavadora.

Tiro las dos únicas velas que tengo.

Desenchufo la cocina.

Abro el cajón de debajo del horno. Hay una pila enorme de cartas y papeles. Miro esa cantidad ingente de material combustible y me doy cuenta de que soy un peligro.

Mi piso tiene poco espacio de almacenaje. Llevo un tiempo guardando ahí todos los papeles. Nunca cocino, así que no hay peligro inminente, pero aun así me da cosa.

Me arrodillo frente al armario y empiezo a revolver la masa de cartas, periódicos y sobres sin abrir.

Hojeo un montón de facturas viejas antes de ver un folleto publicitario que dice:

¿ESTÁS TRISTE?

Sí.

¿NECESITAS HABLAR CON ALGUIEN?

Eso parece.

VEN AL 1919 DE PEACH TREE CRESCENT PARA RECIBIR APOYO GRATUITO EN SALUD MENTAL.

Las palabras GATO PERDIDO me miran desde un cartel triste y arrugado pegado a la cabina telefónica de mi calle. Mitón, de siete años, visto por última vez durmiendo la siesta en su alféizar favorito, lleva perdido desde que se incendió la casa. Es cariñoso y responde a su nombre. Su familia ofrece una recompensa para quien lo devuelva sano y salvo. Es de color gris y tiene las patas delanteras blancas, por eso se llama Mitón.

«¿Mitón?», digo mientras camino entre unos arbustos oscuros.

«Vamos, gatito bonito.»

Me asomo por encima de la valla de un jardín. Hay escarcha en la hierba.

«¿Mitón?», digo en un garaje.

«¿Mitón? ¿Estás ahí?», susurro en la oscuridad del jardín de una casa.

«Sal si estás ahí, Mitón.»

En el 1919 de Peach Tree Crescent hay una gigantesca iglesia gótica. Me planto delante del edificio, que es bastante intimidante, e intento hacerme a la idea de que me la han colado con un anuncio evangelizador. Aquí no hacen terapia gratuita; aquí convierten a la gente a alguna religión, aunque aún no sé a cuál exactamente.

Me quedo mirando el papel y de pronto me acuerdo de que es el folleto que me dio la monja aquella.

—Es bonita, ¿eh? —dice una voz masculina a mi espalda.

Me tambaleo del susto por su aparición repentina.

Él se ríe, me extiende la mano y dice:

—Hola, soy Jeff.

Yo recupero el equilibrio y contesto:

—Hola, Jeff.

—Encantado de conocerte, maja. ¿Has venido a la entrevista?

Abro la boca para responder, pero me contengo antes de decir que no. Me fijo en que Jeff lleva alzacuellos. Es un sacerdote.

—S... Sí —balbuceo.

—¡Fenomenal! —Da una palmada.

—El mes pasado el Señor se llevó a nuestra secretaria —dice Jeff mientras tomo asiento en su despacho.

Que el Señor se lleve a tu secretaria suena poco menos que a secuestro.

—Vaya, lo siento —digo mientras intento disimular lo incómoda que estoy delante de tantas figuritas de Jesucristo. En la que tengo más cerca Jesús sale mirando al cielo con tristeza. Aparto la mirada de sus ojos afligidos y observo la habitación. Este despacho me recuerda a mi cuarto cuando tenía nueve años y estaba obsesionada con las tortugas marinas. A Jeff le pasa igual, pero con los crucifijos. Yo tenía una colcha de tortugas, pósteres de tortugas y peluches de tortugas. Jeff tiene detrás de su mesa una pared con una galería variopinta formada por: una cruz de madera, una cruz de oro, una cruz de cerámica y varias fotos enmarcadas de cruces. Delante de mí hay una bandeja en forma de cruz llena de Werther's Originals y una taza de café mugrienta con un dibujo de Jesús sosteniendo, por supuesto, una cruz.

—Gracias, maja —dice.

Empiezo a imaginarme un mundo donde Jesús fue asesinado con un método distinto. Me imagino figuritas de cerámica en forma de guillotinas. Horcas en miniatura colgadas sobre las camas de los niños. Pendientes y colgantes de sillas eléctricas.

—Sé que Grace está en manos de Dios —añade.

Miro al frente, sin saber muy bien qué responder. ¿Debería pedirle un Werther's Original?

Se mira el anillo que lleva en el dedo.

—Este anillo era de Grace —me dice—. Lo llevo para

recordarla.

No sé qué decir. Le echo un vistazo al anillo. Me pregunto si se lo dejó en herencia.

—En fin. —Se aclara la garganta—. Todos los que se han presentado al puesto eran... A ver cómo lo digo... —Piensa—. Bueno, dejémoslo en que todos los candidatos tenían pase gratuito en los museos, ¿me sigues?

Fuerzo una carcajada para demostrar mi sentido del humor.

—A todos les sale barato el abono transporte, ¿lo pillas?

Fuerzo otra carcajada.

—Ya sé que no soy quién para hablar —sonríe—. Tengo setenta y dos años, ¿tú te crees? ¿Los aparento?

Abro la boca.

—¡Bueno, mejor no respondas! —dice, entre risas—. Pero de verdad, me encantaría tener aquí a alguien joven. ¿Sabes usar el internet?

—¿Que si sé usar internet? —repito.

Asiente.

—Sí, estoy buscando a alguien familiarizado con el internet. ¿Se te da bien?

—Pues sí... —empiezo a contestar.

—¡Fenomenal! —Da una palmada—. ¡Fenomenal, fenomenal, fenomenal! ¿Y qué tal oyes?

—Yo creo que normal —balbuceo—. He oído todo lo que ha dicho...

—Vaya, vaya, señorita. —Sonríe—. ¡Creo que eres la persona que buscamos! ¿Eres católica, no?

—Sí —digo, a pesar de que soy atea y lesbiana.

Le pega un manotazo a la mesa.

—¡Eres perfecta!

Dos Testigos de Jehová llamaron a la puerta de casa cuando tenía siete años y me preguntaron si estaba bautizada. Contesté que no, y me dijeron que eso era porque mis padres eran ateos. Recuerdo cómo se les agravaron las voces al pronunciar «ateos», como si fuera una obscenidad. A los siete años me llamaban mucho la atención las

palabrotas, así que me quedé con aquella palabra. Me pasé los siguientes tres años llamando ateo a todo el mundo, sin tener ni idea de lo que significaba, creyéndome la más chunga del barrio.

Una profesora me suspendió un examen de ortografía, y yo murmuré:

—Vaya atea de mierda.

Gemma Igmund hizo correr el rumor de que yo era lesbiana y le dije:

—Cierra la puta boca, atea.

Una noche mi madre me obligó a irme a la cama muy pronto y desde lo alto de la escalera me puse a gritar que vivía en una familia de ateos de sangre fría.

Salgo de la iglesia como si estuviera escapando de la escena de un crimen. Miro para atrás mientras me escabullo por la calle, inquieta por si me sigue el cura.

Todavía tengo en la mano el folleto culpable de que haya acabado en la iglesia. Cuando me alejo lo suficiente para estar segura de que no me ven, lo despliego. Examino el texto en busca de alguna señal de que la terapia gratuita que ofrecen viene de parte de la Iglesia católica. Le doy la vuelta al papel y confirmo que no aparece ni un solo crucifijo.

Tengo los ojos abiertos. Estoy comiendo techo en la cama. Son las tantas de la noche. No puedo dormir. No paro de pensar en iglesias y religión. Y sobre todo en el concepto de infierno.

Parpadeo y empiezan a llegarme miles de imágenes de fuego, y de cómo debe ser que te quemen vivo. Me imagino unas llamas ardientes y cegadoras. La piel abrasada, llena de ampollas.

Cada vez que intento quemar una nube, le prendo fuego sin querer. Del azúcar chicloso y blanco salen unas burbujas doradas y entonces la nube queda envuelta en llamas, pero no se quema ni se pone negra hasta que lleva un buen rato ardiendo.

Empiezo a imaginar qué se le pasará por la cabeza a un gato en un incendio. Me imagino las llamas ardiendo sobre

el pelaje del gato. Pienso en la piel del gato chamuscada y en los huesos del gato quemados.

Los gatos duermen todo el día. Les gusta tumbarse en cojines sobre cuadrados de luz solar. Son animales tímidos, se asustan con facilidad. Se esconden debajo de las camas y dentro de los armarios cuando tienen miedo.

Me siento. El corazón me late con un pulso irregular.

¿Me están dando palpitaciones?

Me llevo la mano al pecho.

Siento cómo el latido se me acelera por momentos.

Mis costillas son una jaula y mi corazón, un pájaro en llamas.

Las puertas de la sala de Urgencias se abren automáticamente cuando me pongo delante, y así confirmo que existo en un plano físico. Es tranquilizador.

Me dirijo al mostrador de admisión. La enfermera me ve de lejos. Veo cómo se desinfla al suspirar.

La saco de quicio. Cree que soy una hipocondríaca y que le hago perder el tiempo.

—¿Qué te pasa ahora? —me pregunta con frialdad.

—Creo que es el corazón —explico.

—¿Mitón? —llamo desde la acera.

Me arrodillo para mirar debajo de un coche. El cemento está helado.

«¿Mitón?»

«¿Estás por ahí?»

«¿Me oyes?»

Mi madre está ordenando las fotos familiares. Hay miles de fotos de mi familia esparcidas por la mesa de la cocina. Están apiladas en montones, uno por año.

Mis boletines de notas antiguos también están en una pila de la mesa. Debían de estar guardados en la misma caja. Los hojeo. Veo que sacaba buenas notas antes de sexto; ahí la cosa se torció. Mis boletines de antes tienen comentarios como: «Gilda aprende muy rápido» o «Es un placer tener a Gilda en clase». Me describen como «curiosa» e «inquisitiva». Después de sexto, los comentarios cambian. «Gilda es socialmente retraída», «Gilda tiene problemas de

concentración», y me describen como alguien «con la energía baja». Me doy cuenta de una comparación especialmente dura al ver que mi profesora de tercero sugiere que me inscriban en un programa para superdotados, y luego mi profesora de séptimo sugiere que me metan en uno para alumnos lentos.

—¿Cómo vamos a cenar con esto aquí? —dice mi padre mirando los montones de fotos y papeles.

—¡Ay, mira qué monos! —Mi madre ignora a mi padre y levanta una foto mía con Eli en la playa. Eli lleva gafas de bucear y yo unos manguitos de color naranja chillón.

—Tienes cara de loca —se burla Eli.

Mi madre frunce el ceño.

—De eso nada, Eli. ¡Hombre!

—Todos los miembros de esta familia están perfectamente de la cabeza —dice mi padre.

Le quito la foto a mi madre para examinarla de cerca. Observo mi cara rolliza de niña y la amplísima sonrisa de Eli.

A veces me pregunto si he sido la misma persona toda la vida. Miro la foto y me pregunto: ¿esa soy yo de verdad? Tengo la extraña sensación de que he sido una persona distinta en cada una de las etapas de mi vida. A veces me parece que era una persona distinta hace solo un mes. Un día. Cinco minutos. Ahora.

—¿Por qué has pintado esto, Eli? —dijo mi padre.

En el instituto se celebraba una exposición de arte. El cuadro de Eli estaba colgado en el vestíbulo principal.

Se había pintado a sí mismo muerto. Era un retrato al óleo bastante impactante. Y superrealista. De lejos parecía una foto. Se había pintado la piel pálida y cerosa. Los ojos abiertos, sin vida. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Estaba claro que estaba muerto.

—Es un cuadro muy bueno... —empecé a decir. Tenía mucho detalle, se le veían hasta los poros de la piel.

—Es horrible —me interrumpió mi padre.

Mi madre añadió:

—Es un cuadro horrible y muy bueno. Tienes mucho

talento, Eli. Solo que nos habría gustado que pintaras algo un poco menos macabro...

—Lo van a ver todos tus profesores —señaló mi padre, exasperado—. Van a pensar que se te ha ido la olla. Nos estás avergonzando. Qué decepción.

—Yo a tu edad tenía una hipoteca, trabajaba cuarenta horas a la semana y os criaba a tu hermano y a ti —me dice mi madre mientras me extiende una taza enorme de pekoe naranja.

Rodeo la taza con los dedos y me doy cuenta inmediatamente de que está demasiado caliente. La dejo corriendo en la encimera y agito la mano en un torpe intento de calmar el ardor.

—¿Cómo vas a ganarte la vida si ni siquiera puedes conservar un trabajo normalito en una librería? Espero que no estés pensando en casarte con un ricachón, cielo. No soportaría que...

—Soy lesbiana —le recuerdo.

—¡Por eso! —replica ella—. Sería especialmente deshonesto.

—¿Qué es peor, ser deshonesto o estar en paro?

—¿Qué? —Tuerce el gesto—. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—¿Preferirías que fuera honesta, o que tuviera trabajo? —volví a preguntar.

Sacude la cabeza.

—Lo que prefiero es que te respondas a la pregunta tú sola. Ya eres mayorcita.

Me quedan veinte dólares en la cuenta. Estoy a punto de comprarme un sándwich, así que esa cifra se va a reducir enseguida a quince.

Hoy hace un mes que me despidieron. Lo único que me queda en la nevera está podrido.

—¿Solo esto? —me pregunta la cajera, señalando el sándwich que he puesto en el mostrador de cristal que nos separa.

Asiento y empiezo a meter el pin en el datáfono. Mientras lo hago recuerdo que el alquiler me cuesta 1100

dólares que tengo que pagar en dos semanas. Pienso en el coche, el agua, la luz, la tarjeta de crédito, el gas, internet, la comida y el teléfono. Pienso en la multa que me pusieron el mes pasado por pasarme cinco minutos de la hora de aparcamiento en una calle residencial vacía. Pienso en la factura del taller del coche. Pienso en los botes de champú y desodorante que se me están agotando. Pienso en el precio de la fruta, de la vitamina D, y en que tengo que comprar ibuprofeno.

—Gracias —le digo a la cajera mientras salgo de la tienda un poco más pobre.

Ojalá no me hubieran echado de la librería. Sabía que si no iba a trabajar me acabarían despidiendo, pero aun así no fui. No sé qué me pasa. Estoy cansadísima. No tengo ninguna motivación para levantarme por las mañanas, y mucho menos para ir a una librería e interactuar con los clientes.

¿Cuál es la manera más fácil de ganar dinero? ¿Debería prostituirme? Dudo que haya mucho mercado para trabajadoras sexuales lesbianas, y soy una pésima actriz, así que mejor descarto la prostitución hetero. Sospecho que mis arcadas y mis lágrimas darían alguna pista a los clientes de que no estoy disfrutando de la transacción comercial. Dicho esto, estoy convencida de que a muchos tíos les encantaría. A lo mejor ese es mi nicho de mercado: hombres asquerosos con ganas de atormentar a lesbianas tristes.

O en lugar de eso, puedo aceptar el trabajo de la iglesia. Al igual que en la prostitución, tendría que representar un papel, pero creo que prefiero engañar a la Iglesia católica a acostarme con hombres sórdidos.

En mi tele, un anuncio de la teletienda ofrece rellenos de silicona para el culo. Me quedé dormida con la tele puesta porque tengo el mando a distancia roto, y estaba demasiado cansada para levantarme a apagarla. Así que coloqué la taza vacía en lo alto de la pila de platos sucios de mi cuarto y me quedé dormida.

El volumen del anuncio está más alto que el de la serie que había antes. La voz en off grita: «Llame ahora y recibirá

gratis un segundo relleno de culo». Salen varias mujeres luciendo unos vaqueros antes y después de ponerse el relleno. Una mujer le dice a la audiencia entre lágrimas que ese producto le ha cambiado la vida.

Miro el móvil. Tengo un mensaje de mi hermano. Dice: «fjmekr».

Me quedo mirándolo con el ceño fruncido un segundo y respondo: «¿Todo bien?».

Contesta: «j4riiiiiiiir».

«¿Dónde estás?», le escribo.

Eli tiene los ojos vidriosos; me recuerdan un poco a los de nuestra coneja muerta. No dejo de mirarlo, en busca de su mirada de siempre.

Es más de medianoche. Estamos en una mesa grande de un bar con el techo de aluminio. La mesa está pegajosa y todo el bar huele a cerveza podrida. Por todas partes hay colgadas luces navideñas y en una pared destaca un cartel de neón rojo que dice: ¡ARRIBA, ABAJO, AL CENTRO Y PA DENTRO!

Eli le da un trago a la cerveza como si fuera agua.

Me quedo mirando sus huellas dactilares en la condensación del vaso. Me parece que tiene esmalte desconchado en las uñas.

—¿Alguna vez has pensado en qué se les pasa a los gatos por la cabeza? —pregunto.

Da otro trago al vaso.

—¿Crees que piensan en la muerte o algo por el estilo? —insisto.

—Lo dudo. —Otro trago.

Está a punto de acabarse la cerveza. Tiene la mirada perdida.

—Creo que ya has bebido suficiente...

—¿Alguna vez has querido ser otra persona? —me interrumpe, dando otro trago.

—Sí —asiento. Nos quedamos en silencio unos instantes—. ¿Crees que debería aceptar un trabajo en una iglesia católica?

Se ríe.

—¿Qué cojones dices?

Se levanta para ir al baño. Cuando desaparece de mi campo de visión, me bebo lo que le queda en el vaso y apuro el culín de la jarra de al lado.

Voy haciendo equilibrios por el bordillo como una funambulista. Cada dos por tres pierdo estabilidad y me caigo.

—Eleanor, ¿a que no sabes qué? —balbuceo.

Está muy oscuro y en la carretera no hay ni un solo coche. Camino por las sombras que hay entre farola y farola.

—Tengo un trabajo nuevo. No me preguntes dónde. —Me da hipo—. No quieres saberlo.

Pongo un pie en la iglesia como si estuviera probando el agua caliente de una bañera. Han pasado dos días desde la entrevista de trabajo accidental. Espero en la entrada, por miedo a que mi cuerpo empiece a arder si me meto del todo en el edificio. Pero Dios no da señales de querer azotarme mientras me adentro en la iglesia, lista para empezar mi primer día como atea encubierta.

Me he puesto el único vestido que tengo.

Merodeo por el edificio hasta encontrar el despacho de Jeff y llamo a la puerta.

—¡Adelante!

Me mira mientras paso. Lleva unas gafas gruesas que se le escurren hasta la punta de la nariz. Viste un chaleco rojo de punto.

—Eres tú. ¡Anda!

No distingo si ese «anda» es una expresión de asombro, tipo: «¡Vaya!», o si es una orden, tipo: «¡Levántate y anda!».

Sonrío, bastante incómoda, y me quedo en silencio hasta calibrar mejor el tono de nuestra interacción.

Se levanta.

—Se me olvidó preguntarte una cosa bastante importante cuando nos conocimos el otro día, ¿a que sí?

Me quedo mirándole, preocupada de que haya descubierto algo sobre mí.

—Como por ejemplo... —continúa, mirándome por encima de las gafas—. ¿Cómo te llamas?

—¿Que cómo me llamo? —repito.

Sonríe.

—Sí. ¡Discúlpame, pero no te lo pregunté! ¿Cómo te llamas, maja?

Suspiro, aliviada de que no me haya descubierto.

—Gilda.

Segunda parte
Navidad

—Aquí es donde guardamos el ordenador. —Jeff me señala un gigantesco ordenador de sobremesa. Acaba de hacerme un *tour* por la iglesia para orientarme en mi primer día de trabajo. Tiene los brazos en jarra mientras observa con el ceño fruncido el cacharro prehistórico beis.

—¿Sabes cómo se enciende? —me pregunta tímidamente.

Pulso el botón de encendido. El ordenador suena como un cortacésped revolucionado.

—¡Pero bueno! —A Jeff se le ilumina la cara con la luz del monitor—. ¡No me creo que lo hayas encendido tan rápido!

Sonrío con nerviosismo, contenta por descubrir que este señor es fácilmente impresionable.

Estoy sentada en mi mesa, revisando una pila de boletines de la iglesia. Jeff me ha traído varios para que los lea. Ha dicho que quería que me familiarizara con las noticias y los actos de la iglesia.

Me siento como si llevara un disfraz. Se me olvida todo el rato que voy con vestido y no me cruzo de piernas. Me da la impresión de que tengo las palabras «atea» y «lesbiana» grabadas en la frente.

Algo se me agarra al pecho y me empiezan a sudar las manos. ¿Qué hago aquí? Tengo que irme.

La presión se vuelve más intensa. Cierro los ojos.

Oscuridad.

Necesito distraerme.

Abro los ojos y miro la placa que hay en el escritorio con un nombre grabado.

Grace Moppet.

Me tiembla una pierna. La ansiedad empieza a remitir.

Grace Moppet.

Grace Moppet.

Grace Moppet.

A veces, cuando clavo la mirada en algo durante el tiempo suficiente, me concentro tanto que el resto de mis sentidos se apaciguan. El nombre de Grace está grabado en oro. Las esquinas de las letras se están oxidando. La R

parece escrita en una tipografía distinta...

—¿Gilda? —La voz de Jeff hace que pierda el hilo.

Le miro.

—¿Sabes mandar correos? —pregunta.

Espero un segundo antes de responder:

—Sí.

Da una palmada.

—¡Fenomenal! Llevo sin poder acceder al correo desde que Grace nos dejó. ¿Podrías mirarlo, por favor?

O Grace era muy despistada, o generosamente previsora. Dejó un pósit con el correo de la iglesia y la contraseña. El correo era strigobert@strigobert.com, y la contraseña: «Contraseña».

Me meto y descubro que hay 203 mensajes no leídos.

El primero es de una mujer llamada Viola Blackwell. Es un correo en cadena lleno de fotos de perritos disfrazados de calabazas. Viola incluye un mensaje personalizado en el correo que dice:

> MIRA QUÉ MONOS. EL TERCERO SE PARECE A POMELO.

Asumo que su perro se llama Pomelo.

Paso al siguiente correo, que dice:

> Grace:
>
> ¡Llevo un montón sin saber de ti! ¿Cómo estás? ¿Qué tal va la vida?
>
> Un beso,
>
> Rosemary

Releo el mensaje dos veces. Se me forma un nudo en la garganta y se me empañan los ojos. Rosemary no debe haberse enterado de que su amiga ha muerto.

Me vuelven a sudar las manos.

En mi mente se empieza a formar una imagen inventada de Rosemary. Imagino que es bajita y de aspecto frágil. Tiene el pelo corto, blanco y con la permanente hecha. Imagino que va con bastón, o puede que con andador, o puede que, Dios no lo quiera, en silla de ruedas.

¿Voy a tener que decirle a la dulce y decrépita Rosemary que su amiga Grace se ha muerto?

Vuelvo a mirar el correo.

¡Llevo un montón sin saber de ti!

Eso es porque se ha muerto.

¿Cómo estás?

Muerta.

¿Qué tal va la vida?

No va, ni se la espera.

Empiezo a escribir *Grace ha muerto*, pero enseguida hago clic en borrar, borrar, borrar. Esa frase es insensible, demasiado bestia.

Grace ya no está con nosotros.

No, eso es muy impreciso. Se va a pensar que han despedido a Grace, o que se ha jubilado.

Grace ha salido del grupo.

Grace ha doblado la servilleta.

Grace ha entregado el chaleco.

Grace ha fallecido.

No sé cómo expresarlo mejor. Nunca he tenido que decirle a nadie que se ha muerto su amiga. No esperaba que me cayera esta responsabilidad. No...

De pronto y sin previo aviso, me invade una inquietud aplastante. Es como si se me hubiera sentado encima un gigante invisible. Tomo aire, pero no puedo soltarlo. Se me sale el corazón del pecho. Siento una abrumadora sensación de terror.

Terror.

Terror.

Terror.

Me pongo de pie, muerta de pánico.

¿Cómo puedo deshacerme de esto?

No creo que jamás pueda deshacerme de esto.

Me siento como un gato en un incendio, acorralado en un cuarto sin ventanas.

Terror.

Terror.

Terror.

Siento como si me hundiera en el agua a cientos de metros de profundidad.

Terror.

Terror.

Terror.

No puedo gritar. No puedo abrir la boca. ¿Me estoy muriendo?

¿ME ESTOY MURIENDO?

Jadeo. Mi garganta emite un estertor al recibir en los pulmones una pequeña descarga de aire.

Vuelvo a jadear, aspirando pequeñas bocanadas de oxígeno.

Estoy bien.

Estoy bien.

Estoy «bien» en el sentido amplio de la palabra, es decir, que puedo respirar. Sin embargo, sospecho que no estoy bien. Obviamente me pasa algo malo. Me siento como si acabara de sobrevivir al ataque de un oso. ¿Por qué mi cuerpo reacciona como si lo persiguiera un depredador? ¿Estoy en sintonía física con alguna especie de fatalidad inminente que no puedo percibir de otra manera? ¿Es un presagio, o solo un desfase? ¿Por qué siento físicamente tanto terror? ¿Tengo cáncer? ¿Tengo...?

Basta.

Necesito centrarme en algo distinto. Echo un vistazo al entorno. Miro la pantalla del ordenador. Me concentro en el borrador de mi respuesta a Rosemary.

Grace ha fallecido.

¿Por qué tengo que ocuparme yo de esto? No es mi problema. No puedo evitar que Grace haya muerto, ni que nadie se lo haya contado a la tal Rosemary. No tengo nada que ver con esto. Solo soy una impostora en una iglesia, no una psicóloga especializada en duelo. No les debo nada, ni a Rosemary ni a Grace. En realidad no les debo nada a nadie. Soy un animal a quien no le preguntaron si quería nacer, abandonado a su suerte. Tengo mis propios problemas. Voy bien servida: tengo que pagar las facturas, tengo que hacerme pasar por católica, tengo que limpiar el filtro de las pelusas, tengo que concentrarme en respirar.

Paso el cursor por encima del botón de «borrar» y hago clic. Borrado.

Me tiembla una pierna. Necesito distraerme con otra cosa.

Me pongo a husmear por los cajones del escritorio y saco bolígrafos, gomas y cualquier cosa que me encuentro. Me paro cuando abro un cajón que contiene un crucigrama a medias, medio paquete de chicles y una novela romántica. Miro el cajón como quien mira una tragedia, los espacios vacíos del crucigrama y el marcapáginas metido justo en la mitad de la novela.

—¿Gilda?

Levanto la cabeza. Se me saltan las lágrimas y se me nubla la vista.

Jeff ladea la cabeza.

—¿Estás bien, maja?

Parpadeo mientras me seco las gotas que me resbalan por las mejillas.

—Tengo alergia —miento.

—¿Alergia? —repite, mirando a la ventana.

—Al polvo —vuelvo a mentir mientras me limpio la cara.

—Ah. —Asiente, dando por válida mi excusa—. Esto está lleno de polvo, ¿verdad?

—¿Dígame? —Descuelgo el teléfono.

Es mediodía. Ya he llegado a la mitad de mi primer día. Es bastante más de lo que pensaba.

—¿A qué hora es la misa del domingo? —me pregunta una anciana de voz temblorosa.

No tengo ni idea.

—Déjeme preguntar al padre Jeff —le digo a la señora —. ¿Me da un momento?

—Vale.

Llamo a la puerta del despacho de Jeff.

—Hola, perdona que te moleste, pero ¿a qué hora es la misa?

Levanta la vista del libro y dice:

—La misa diaria es a las siete de la mañana, la de sábado a las ocho de la tarde y la de domingo, a las nueve y a las once de la mañana, maja.

—¿Es todos los días? —pregunto.

Él asiente.

Vuelvo a mi mesa, cojo el auricular y repito:

—La misa diaria es a las siete de la mañana, la de sábado a las ocho de la tarde y la de domingo, a las nueve y a las once de la mañana.

—Vale —contesta la mujer antes de colgar.

—¿Dígame? —Vuelvo a coger el teléfono.

—¿A qué hora es la misa del domingo? —me pregunta una voz familiar.

—¿Usted es la que acaba de llamar?

—¿Qué? —dice la mujer—. No.

—La misa diaria es a las siete de la mañana, la de sábado a las ocho de la tarde y la de domingo, a las nueve y a las once de la mañana —digo con suspicacia, inquieta por si es una broma.

—Vale —dice la mujer antes de colgar otra vez.

—¿A qué hora es la misa del domin...?

—Vamos a ver —la interrumpo—. ¿Por qué no deja de llamar para preguntarme lo mismo en bucle? ¿Es una novatada o algo así?

—Ay, cielo, ¿te he llamado ya? Perdona.

Me doy cuenta de que esta mujer es olvidadiza. Un rubor de culpa me sube por la cara tras haberla enfrentado a su propia senilidad.

—No, no, disculpe —digo—. La misa diaria es a las siete de la mañana, la de sábado a las ocho de la tarde y la de domingo, a las nueve y a las once de la mañana.

—Vale —repite con un hilo de voz.

Más del 75 % de los correos que recibe esta iglesia son mensajes en cadena de Viola. Me he pasado la mañana leyendo y borrando toda la propaganda conservadora y todas las historias de motivación extrañamente ilustradas con personajes de dibujos animados.

Después del tormento, Jeff me ha pedido que ponga folletos en todos los bancos. Al terminar la tarea, me ha pedido que siga atendiendo el teléfono y gestionando los correos electrónicos.

Llevo dos horas sin recibir llamadas ni correos. Así que me he pasado la tarde sentada, mirando a la nada y leyendo

de tapadillo las noticias en el móvil. Ha habido un terremoto en Japón. Cientos de muertos.

Me peino con los dedos compulsivamente. Me tiembla la pierna. Estoy inquieta.

—¿Estás bien, maja? —me pregunta Jeff al pasar por delante.

—Sí —contesto demasiado rápido, con una sonrisa forzada.

Es la cuarta vez que me pregunta si estoy bien. No debo de tener buen aspecto.

Miro la pantalla negra que tengo delante, donde se me refleja la cara.

Creo que mi semblante neutro es demasiado inexpresivo. Tengo que ser más consciente de mi expresión. No me puedo permitir ni un descanso; tengo que esbozar una media sonrisa para aplacar a Jeff.

Sonrío.

Mantengo la sonrisa.

¿Esto queda natural?

Sonrío.

Debo de parecer una psicópata zumbada.

¿Soy una psicópata zumbada?

—¿Te cuesta escribir con la escayola? —me pregunta Jeff, señalándome el brazo roto.

Me miro la escayola. Observo el pene que me dibujó la niña.

Lo tapo con la mano.

—No. Bueno, voy un pelín más lenta, pero me las apaño.

—¿Cómo te lo hiciste?

—En un accidente de tráfico sin importancia.

—Madre mía —dice—. Los accidentes de tráfico dan mucho miedo. Me alegro de que estés bien.

—Estoy bien —repito, confirmando su suposición.

Estoy bien.

El síndrome del impostor es un patrón psicológico en el que los individuos dudan de sí mismos y tienen un miedo persistente e interiorizado a que los demás descubran que

son un fraude. El año pasado mi amiga Ingrid me dijo que lo tenía. Le acababa de decir que no me sentía a gusto en mi anterior trabajo en la librería. Le dije que no entendía *1984* y que odiaba la poesía, así que no estaba segura de que trabajar en una librería fuera lo más adecuado para mí. Me dijo:

—Ese es el típico caso de síndrome de la impostora.

Le dije que no estaba segura de que eso fuera un síndrome real. Y que a lo mejor todos éramos impostores. ¿Y si debajo de cada traje de abogado y cada delantal de ama de casa todo el mundo es un bebé que no sabe lo que está haciendo? Me pregunto si de verdad alguien se identifica con el adulto en el que se ha convertido.

Recuerdo tener dieciséis años y sentirme como si tuviera once. Recuerdo que pensé: ¿Cómo voy a ser una adolescente? Recuerdo graduarme en el instituto y pensar: ¿Ya soy mayor? ¿Esto es lo que se siente? Ahora me siento exactamente igual.

Creo que soy una impostora. Hace veintisiete años era un bebé. Antes de eso, un grupito de células. Y antes de eso, no existía. ¿Cómo voy a ser dependienta de una librería, o católica, o mujer, o persona? Soy una fuerza vital contenida en el cuerpo deformado de un bebé. Cómo no voy a ser un fraude. El hecho de que sea capaz de andar por ahí sin que me aplaste el peso psicológico de estar viva demuestra que soy una estafadora. ¿Pero es que no somos todos estafadores?

Cierro los ojos.

He engañado al cura de esta iglesia sobre mi identidad, pero no pasa nada. Trabajo aquí y finjo ser otra persona, porque total, habría tenido que hacer lo mismo en cualquier otro sitio.

Tomo aire.

Tengo que esconder la tristeza que siento por Grace y Rosemary y por las ancianas olvidadizas en las grutas más profundas de mi estómago, en el mismo sitio donde guardo las imágenes de gatos atrapados en incendios, porque en eso consiste la existencia. Esa es la única forma de

sobrevivir.

—¿Por qué estás tan triste?

Son las ocho de la mañana y estoy sentada en mi mesa de la iglesia.

—¿Qué? —Levanto la mirada. Frente a mí se alza un hombre corpulento. Lleva una camisa de cuadros de manga corta metida por dentro del pantalón de corte militar, y unas gafas de sol en la frente como una diadema.

—Pareces muy triste —explica el hombre.

Joder.

—No estoy triste —miento, inquieta—. Solo concentrada.

—¿Concentrada en qué?

Levanto el libro que estoy leyendo.

Entorna los ojos.

—¿La Biblia?

Asiento con la cabeza. En mi anterior trabajo me pasaba el día leyendo. Me había aficionado a los cómics y a los *thrillers*. Aquí el abanico de opciones no era tan amplio. Tenía que elegir entre la Biblia, un libro de salmos o una cosa llamada catequismo.

—¿Eres la nueva secretaria?

Vuelvo a asentir.

—¡Pues eres más guapa que la última, con mucho! —se ríe.

Le doy las gracias en voz baja, a pesar de que su comentario me ha ofendido bastante.

¿Por qué el viejo este tiene que hacer comentarios sobre mi aspecto? ¿Se piensa que me halaga que se haya pasado los dos segundos que ha durado nuestra interacción evaluando mi aspecto físico, al mismo tiempo que se mete con el de una señora muerta?

Observo cómo se ríe de su propio comentario. Tiene la cara roja. Los ojos entrecerrados. Se da golpes en la rodilla. Me pregunto cómo será ser él. Cómo será verbalizar en voz alta todas las sandeces que se te pasan por la cabeza sin tener en cuenta lo que piensen los demás. Él se pasa el día dando tumbos tan contento, diciendo lo que le sale de las

narices, mientras que yo me esfuerzo en poner cara de buena persona.

Sonríe.

Sigue sonriendo.

¿He fruncido el ceño?

—¡Ya conoces a Barney, por lo que veo! —canturrea Jeff al pasar por delante de mi mesa—. Barney es el administrador —explica.

Barney me guiña el ojo.

—Un placer, cariño.

—Igualmente —miento.

En la esquina de la pantalla salta la notificación de un nuevo mensaje. Hago clic encima, ilusionada por tener algo que hacer, y leo:

> Grace:
>
> He descubierto una receta de galletas de sirope de arce que están para morirse. Te la adjunto en el correo. Sé que te gusta mucho descubrir recetas nuevas. Creo que por fin he encontrado una que merece la pena compartir contigo. A ver si te puedo enviar las galletas en vez de solo la receta. Es un incordio vivir tan lejos, ¿a que sí?
>
> Por favor, dime si te gustan. Espero tener noticias tuyas. Te echo de menos.
>
> Un beso de tu amiga, Rosemary

—¿Estás bien? —me pregunta Jeff. Dos lagrimones me resbalan por la cara.

—Sí —miento mientras me levanto para ir al baño.

Estoy dentro del estrecho cuarto de baño de la iglesia, donde solo cabe una persona. Apoyo las manos a ambos lados del lavabo. Me miro en el espejo oxidado y trato de mentalizarme para volver al escritorio.

Cálmate.

¿Por qué me afecta tanto? ¿Por qué me afecta que Grace no vaya a volver a comerse una galleta nunca más, o que Rosemary no lo sepa? No conozco a estas señoras. ¿Por qué me importa que nadie haya informado a esta mujer de que su amiga se ha muerto? ¿Por qué me preocupo? Ahora mismo hay cosas más graves en el mundo que el hecho de que se muera una anciana después de una larga vida...

Ay, pero eso lo empeora aún más. Claro que hay cosas

más graves. Esto es solo la gota que colma el vaso. En el mundo hay tanta tristeza que esta tristeza queda eclipsada. Eso no hace que sea menos triste, solo que en la tierra hay tanta tristeza que esta se vuelve trivial. Todo se vuelve trivial. Nada importa. Los gatos se queman vivos en incendios domésticos. Las ancianas se mueren y sus amigas no lo saben, pero es que ellas también morirán pronto, y dejarán libros a medias en el escritorio para que los encuentre otra persona más joven, que también acabará muriendo, y el ciclo se repetirá una y otra y otra vez, hasta que el sol se trague la tierra y haya una especie de catástrofe nuclear y...

Basta.

Me miro los ojos rojos en el espejo.

Tienes que pensar en otra cosa.

Me concentro en el reflejo.

Voy vestida como una payasa. Me tiro del cuello de la camisa. He intentado vestirme como una profesional, pero debe de ser obvio para Jeff que estoy muy incómoda. Estoy ridícula.

Mi reflejo me devuelve una mirada de lástima para comunicarme que lo siento por mí.

—Míranos —me susurro—. ¿Qué hacemos aquí?

Tengo la cara rara. ¿Será el espejo? Es una especie de espejo deformado, como de otra época. A lo mejor me está distorsionando la cara. Tengo los ojos enormes y la boca pequeñísima. ¿Siempre he tenido la boca tan pequeña en comparación con los demás rasgos? ¿Es esta mi cara de verdad? ¿Estoy mirando un cuadro? ¿Quién es esa?

—Tienes que pensar en otra cosa —me dijo mi madre.

Estaba llorando a los pies de la cama de mis padres, en mitad de la noche. Tenía diez años.

—Piensa en otra cosa —repitió mi madre.

Había soñado que se morían. Fue un sueño muy vívido. Me desperté creyendo que era real y salí corriendo a su habitación para comprobar si seguían vivos, pero estaba tan oscuro que tuve que encender la luz.

—¡Pero qué coño haces! —gritó mi padre.

—¿Estás bien? —Mi madre se incorporó, muerta de pánico—. ¿Qué pasa?

—He soñado que os moríais —dije, hiperventilando.

He robado un paquete de galletas saladas de la iglesia. No sé cuándo me van a pagar, y lo único que tengo es un mazacote de queso. Me han entrado dudas mientras me guardaba las galletas en los bolsillos. Según el libro que me estoy leyendo, robar es una de las diez peores cosas que puede hacer una persona. Decido seguir con el robo, porque el infierno no existe, y si existe, voy a ir igualmente.

Mi vecina me acribilla a preguntas mientras intento entrar en casa.

—¿Has visto la noticia esa de la pareja que dirige una red de narcotráfico desde su piso?

La miro un momento antes de volver la vista a mis llaves. Va en zapatillas de andar por casa. Su pantalón de pijama rosa tiene un estampado de minúsculas copas de Martini.

—Es tremendo lo que puede llegar a hacer la gente en su casa —añade, mirándome la escayola—. Ponen en peligro a todos. —Me da un repaso de arriba abajo.

Resulta que las galletas que robé son el cuerpo de Cristo. Después de comerme más de la mitad de la bolsa, he googleado la marca y he descubierto que he maridado el mazacote de queso con el cuerpo transubstanciado de Dios. Las había buscado para poder dejar una reseña. Pensaba poner: *ABURRIDAS. El inventor de esto no tiene ningún tipo de imaginación. Las galletas están insípidas y blandurrias*.

—Eli está borracho —me dice una voz masculina.

Estaba dormida cuando ha sonado el teléfono. Se me nubla la vista.

—¿Qué…? —balbuceo. Por las grietas de las ventanas se oye un silbido constante. El viento invernal lucha por colarse en mi habitación.

—Tu hermano —repite el hombre—. Va fino.

—¿Dónde está?

Me encuentro a Eli sentado en un banco del centro comiéndose un pan de hamburguesa. No lleva abrigo y está

empezando a nevar.

—¿De dónde has sacado eso? —le pregunto, mirando el pan.

—Me lo he encontrado —contesta.

Me llevo a Eli en taxi a casa de papá y mamá.

Le dice al conductor que lo quiere mucho y añade:

—Eres el mejor taxista que he conocido en mi vida.

Le ordeno a Eli que se beba un vaso de agua.

Se niega.

—Te vas a arrepentir de no haber bebido agua —le explico mientras le intento colocar el vaso entre los dedos temblorosos.

Me dice que soy un coñazo y me da un manotazo. El agua me salpica las piernas y la alfombra.

Eli llora y vomita en el baño.

No deja de gritar que es muy feo.

—No eres feo —le aseguro mientras pota en el lavabo.

Eli vive con mis padres. Dejó la universidad hace dos años y volvió a casa. Estudiaba Bellas Artes, pero lo dejó en el último curso. Desde que volvió, no ha sido capaz de mantener ni un solo empleo. Un amigo de mi padre lo metió a trabajar en su tienda de maderas, pero no duró mucho. Dijo que lo odiaba.

Le empiezan a dar arcadas.

El baño está justo al lado de la habitación de papá y mamá. A pesar del ruido que está haciendo Eli, ninguno de los dos ha dado señales de vida.

Está claro que nos han oído. Solo fingen que están dormidos. Pero no son capaces de dormir con esta escandalera. Cuando yo vivía aquí, no podía ni sentarme en la cama sin que uno de los dos apareciera por arte de magia.

—¿Adónde vas? —La voz de mi padre resonaba en el oscuro pasillo cada vez que se me ocurría salir a hurtadillas.

—Tu hermana es una friki —le dijo Max Hardstark a Eli, y yo lo oí a través del conducto de ventilación. Acabábamos de volver de clase. Yo iba al instituto, y Eli aún al colegio, pero cogíamos el mismo autobús. Al llegar a casa había

subido directa a mi cuarto para no tener que hablar con Max.

—Es lesbiana y lleva unos pantalones megarraros —dijo Max con la boca llena de patatas de la despensa de mis padres.

No tenía ni idea de que mis pantalones fueran raros. Estaba acostumbrada a los insultos por ser lesbiana, pero el comentario de los pantalones me sentó como una patada en el estómago.

Justo cuando me acababa de quitar los pantalones y había empezado a revisar el resto que tenía en los cajones, intentando determinar cuáles eran raros y cuáles no, oí cómo Eli gritaba:

—¿Me estás vacilando, Max? ¡Pero mira los pantalones que llevas tú! ¡Más te gustaría que mi hermana no fuera lesbiana!

—¿Cuándo saliste del armario? —me preguntó Eleanor. Era nuestra segunda cita.

Nunca sabía cómo responder a esa pregunta, porque no tenía la impresión de haber salido nunca del armario. Más bien me parecía que siempre estaba saliendo, y que siempre estaré. Tengo que salir del armario cada vez que conozco a alguien.

Estábamos en un restaurante. La camarera nos había preguntado si éramos hermanas. Ninguna le había dicho la verdad, simplemente respondimos que no. Por tanto, técnicamente, en ese Applebee no he salido del armario.

Doy por hecho que cuando alguien me pregunta cuándo salí del armario, se refieren a cuándo le conté por primera vez a alguien que era lesbiana, así que dije:

—A los once años.

Se lo dije a Eli. Estábamos en mi cuarto, haciendo un test de una revista. Se supone que el test servía para averiguar la persona con la que nos íbamos a casar. A mí me salió el nombre de Kevin. Recuerdo que deseé para mis adentros que me tocara un nombre de género neutro, como Robin o Jordyn. Me dije que si me salía eso, me lo tomaría como una señal para contarle a Eli que era lesbiana.

Recuerdo que me quedé mirando la revista y pensé: *Prefiero morir que casarme con un Kevin*. Y entonces solté:

—Creo que soy lesbiana.

Casi no había terminado la frase cuando Eli dijo:

—Pues claro que eres lesbiana. Haz el test otra vez como si fueras un chico para que te salga bien el nombre.

—¿Y fue ahí cuando te diste cuenta de que eras lesbiana? —preguntó Eleanor.

—No —dije—. Siempre lo he sabido, creo. Cuando jugaba con las muñecas me inventaba historias románticas con dos Barbies. Antes de oír la palabra «lesbiana» ya sabía que lo era.

—¿Y cómo se lo tomaron tus padres? —preguntó.

—Normal —dije—. No me han desheredado ni nada.

Se rio.

—Tienes el listón bajo.

—¿Y los tuyos? —le pregunté.

—Más o menos igual —contestó.

Estaba de los nervios en esa cita. Llevaba un año sin salir con nadie ni socializar. Estaba incómoda y no paraba de morderme las uñas y el interior de las mejillas.

—¿Y tú cuándo saliste del armario? —le pregunté.

—A los veintidós —dijo—. Primero se lo dije a mi novio.

—¿Y cómo se lo tomó?

—No muy bien —respondió—. Se pensó que solo estaba buscando una excusa fácil para cortar con él. Me acusó de ponerle los cuernos. Dijo que seguro que en un mes ya estaba con otro. Básicamente invalidó lo que le dije, e insistió en que no era lesbiana.

Cuando llegó la camarera con la comida, pensé: *¿Cómo pudo salir con alguien así?*

—Qué buena pinta —dijo Eleanor mirando su salmón cajún.

—¿Cuánto tiempo estuviste con ese novio?

Le dio un bocado al pescado. Se tapó la boca con la mano y dijo:

—Tres años.

—¿Tres años? —repetí—. ¿Cómo pudiste estar tres años con ese idiota?

Se rio.

—No era tan idiota. Solo era inseguro y tenía problemas de masculinidad tóxica. Por lo demás, era muy divertido y listo. —Le dio un trago a la bebida—. ¿Alguna vez te has arrepentido de salir con alguien?

Me quedé pensando.

—Creo que soy yo de quien se arrepienten los demás —dije.

Soltó una carcajada.

—Seguro que no. Te puedo asegurar que eres un partidazo.

Estoy sentada en mitad de una multitud de personas mayores que se han reunido en los bancos de la iglesia. Barney se ha puesto a mi lado. Me rasco la escayola.

Me duelen las rodillas. Observo a la gente para ver si hay alguien más sufriendo con este incesante arrodillarse y levantarse.

—¿Te duelen las rodillas? —le pregunto a Barney.

—Pues claro que me duelen —contesta en un susurro —. Pero este dolor no es nada comparado con una crucifixión, ¿no?

—Pues no sé —mascullo, frotándomelas.

—Esta gente viene todos los días. Somos los parroquianos —me susurra entre dientes—. Ahora tú eres una más —añade, dándome una palmada en la pierna.

Nunca había asistido a una misa en una iglesia católica. Soy un lobo con piel de cordero, o un cordero con piel de lobo, según se mire.

Me sudan las manos. En la iglesia hay tantas estatuas de ángeles a tamaño natural, que me da la impresión de que me vigilan decenas de pares de ojos de piedra.

Empieza a sonar una música de órgano. Jeff echa a andar hacia el altar como una novia.

Al llegar, hace una reverencia. Miro a Barney y a la gente que me rodea en busca de alguna pista que me indique qué toca ahora.

Jeff se santigua y dice en voz alta:

—En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Para mi horror, la multitud replica al unísono:

—Amén.

Alarmada, me llevo la mano al pecho.

¿Hay que decir cosas?

Jeff grita:

—El señor esté con vosotros.

Pego otro bote cuando la multitud vuelve a contestar al unísono:

—¡Y con tu espíritu!

El corazón me late a mil por hora. ¿Va a ser todo el rato así?

—Hermanos, hermanas —prosigue Jeff—, antes de celebrar los sagrados misterios reconozcamos nuestros pecados. —Hace una pausa.

Yo digo «Amén», pero me quedo sola. Mierda.

Nos levantamos en silencio. Siento cómo el sudor me resbala por la frente.

De pronto la multitud empieza a recitar, sin venir a cuento:

—Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante vosotros, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a Santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a vosotros, hermanos, que intercedáis por mí ante Dios, nuestro Señor.

Me quedo muda. Muerta.

Se acabó la fiesta. Es alucinante lo bien que se sabe el guion toda esta gente. Barney tiene que haberse dado cuenta de que yo no.

Noto cómo se me sube la sangre a la cara y se me queda el cuerpo frío.

Necesito salir de aquí.

¿Cómo salgo de aquí?

Debería fingir que me he puesto mala.

Me vuelvo hacia Barney y le digo:

—Creo que voy a vomitar.

Se aparta del medio y salgo disparada al baño de mujeres.

Después de pasarme una hora y media sentada en el váter, me armo de valor para salir. Pongo un pie fuera y de pronto suena un órgano. Me llevo la mano al corazón, con un susto de muerte por el ruido inesperado.

—Dios santo —murmuro, mientras intento aplacar la taquicardia.

Pum.

Me gustaría saber quién tuvo la gran idea de instalar órganos en las llamadas «casas de Dios»; seguro que fue el mismísimo demonio. La música de órgano me recuerda más a Halloween y los diablos que al cielo y los querubines. Fijo que suena en todas las películas de Drácula. ¿Está hecha para asustarnos? ¿Debemos asustarnos?

Observo la iglesia. Miro los pilares altísimos y el techo abovedado. Me doy cuenta de que las vidrieras tiñen de rojo toda la luz del sol. A lo mejor es que este lugar está diseñado para asustar. Me siento muy pequeña en este espacio enorme lleno de ecos. Por no hablar de que hay una estatua de un hombre crucificado en la parte delantera. Entiendo que es un emblema, pero la verdad es que es bastante truculenta.

Vuelve a sonar el órgano a todo trapo.

Mientras camino por la iglesia, me imagino que soy un vampiro y que la inquietante melodía acompaña mis movimientos tenebrosos.

Soy una criatura de la noche, he venido a chuparte la sangre.

Duermo en un ataúd.

Me quema la luz del sol.

—¿Gilda?

Pum.

Miro a Jeff, sobresaltada.

—Acuérdate de la genuflexión en el tabernáculo. —Me guiña un ojo.

Sonrío.

—Claro.

¿Qué coño ha dicho?

Eleanor no para de escribirme. No me siento cómoda respondiendo en mitad del trabajo, porque me preocupa que Jeff y los feligreses se den cuenta de que estoy haciendo cosas lésbicas.

¿Hola?

¿Gilda?

¿Por qué no contestas?

En la bandeja de entrada salta, como una bomba de relojería, un nuevo correo de Rosemary. Miro el asunto como si fueran los ojos brillantes de un animal en medio del bosque. Si me muevo despacio, a lo mejor el correo se marcha y no tengo que enfrentarme a él.

El asunto dice: *Necesito tus oraciones*.

Me pregunto por qué necesita las oraciones de Grace.

Ay, Dios, ¿estará enferma?

A pesar de que no creo que las oraciones sirvan a nadie, me deprime imaginarme a una persona pidiendo oraciones a alguien que está demasiado muerto como para ponerse a rezar.

Abro el correo.

Querida Grace:

Con todo el dolor de mi corazón, tengo que decirte que mi querido Jim ha fallecido. Estamos haciendo lo que podemos para afrontarlo. Ha sido bastante inesperado, pero los chicos están bien. Cindy está muy triste, pero ya la conoces.

Es muy raro ser viuda después de cincuenta y dos años. Me cuesta dormir sola. Ojalá hubiera ocurrido después de Navidad.

Reza por nosotros si puedes, Grace. Espero que estés mejor que yo. Me encantaría tener noticias tuyas.

Un beso de tu amiga, Rosemary

Tengo la cara roja, no puedo respirar. Estoy llorando otra vez en el baño de la iglesia. No puedo parar de pensar en la pobre y triste Rosemary y el pobre y muerto Jim.

«¡Cálmate!», me grita mi fuerza vital desde el techo.

Apenas me llega el aire.

«¡Ni siquiera conoces a Rosemary ni a Jim!»

«¡Ya lo sé! ¡No sé qué me pasa!», le replico a mi conciencia, histérica.

Barney se acerca a mi mesa tapándose la boca y la nariz con una mano.

—¿Es contagioso? —pregunta, con la voz amortiguada por la zarpa.

—¿Qué? —Arrugo el gesto.

—El bicho ese —me dice—. Tu enfermedad. ¿Crees que es contagiosa?

—Ah. —Me acuerdo de pronto—. No, creo que me ha sentado mal algo. Antes me he comido un trozo de pan de aspecto dudoso —miento—. Creo que ha sido eso.

—¿No estarás embarazada o algo así, no?

—¿Qué? —Vuelvo a fruncir el ceño.

—Sería un escándalo que la nueva secretaria de la iglesia tuviera un hijo fuera del matrimonio. —Resopla.

Lo miro, divertida, y me doy cuenta, mientras resopla, de que se está burlando de mí descaradamente. Le parece muy gracioso insinuar que puedo estar embarazada.

Si lo estuviera, sería la inmaculada concepción.

Lo miro carcajearse mientras pienso en el verdadero escándalo que podría destaparse sobre la nueva secretaria de la iglesia.

—¿Te han atracado? —me pregunta la vecina desde el umbral de su puerta.

Estoy hecha un asco porque me he pasado los últimos cuarenta minutos persiguiendo a un animal que pensaba que era Mitón. Me he arrastrado por la nieve sucia. Se me ha roto la manga del abrigo con las ramas de una zarza. Me di cuenta de que no lo era cuando estaba a un centímetro de agarrar de la cola a un mapache. El mapache se dio la vuelta y me mostró su antifaz negro y su nariz puntiaguda; tenía cara de no entender qué hacía persiguiéndolo.

—He estado practicando jardinería —le digo a mi vecina, porque la verdad es demasiado complicada.

—¿Jardinería? —repite, entornando los ojos.

Es la una de la madrugada. Estaba investigando qué hay que decir en misa cuando me he distraído con un artículo que cuenta cómo antiguamente los sacerdotes se suicidaban para estar con Dios.

Una notificación me tapa el artículo en la pantalla del móvil.

Es Eleanor. Escribe: ¿Estás despierta?

Contesto: Sí, y vuelvo al artículo.

Supongo que por eso los católicos consideran que el suicidio es pecado. Se estaban quedando sin sacerdotes.

Me salta otra notificación que tapa el artículo. ¿Qué haces?, pregunta Eleanor.

Contesto: Investigar las partes de la misa.

Supongo que el cielo les sonaba tan bien a los pobres que pensaban: «bueno, ¿para qué esperar?».

Vuelve a escribir: ¿Cómo?

En la tele suena el informativo de la mañana. Me he vuelto a quedar dormida con la tele puesta porque el mando sigue roto. Me despierto y me duermo a cada rato, viendo pequeños fragmentos de noticias mezclados con mis propios sueños.

Una enfermera local ha confesado haber matado a cinco ancianos.

Sueño que soy muy alta.

Todas las víctimas eran pacientes suyos, pero no se le había atribuido ninguna de las muertes hasta ahora.

Miro las copas de los árboles.

Les inyectaba sobredosis de medicamentos. Si no hubiera confesado, nunca la habrían pillado.

Los pájaros se me enredan en el pelo sin parar.

—Esa mujer está loca —declara un hombre a pie de calle.

Estiro los brazos hacia el cielo, alcanzo la atmósfera de la Tierra con las yemas de los dedos y toco el espacio vacío.

Hoy van a bautizar a una niña. Su madre la sostiene en brazos delante de la iglesia. Yo observo desde un banco del fondo.

Me pasé todo el día de ayer decorando la iglesia para Navidad. Estamos a finales de noviembre. Tuve que sacar un montón de árboles de Navidad falsos, guirnaldas y velas del almacén del sótano. Absolutamente ninguna de las tiras de luces que conseguí desenredar funciona. He comprobado

todas las bombillas.

Observo las luces de la sala. Me pregunto si alguno de los invitados al bautizo se dará cuenta del esfuerzo que he hecho para mejorar la decoración de este espacio.

La bebé va emperifollada dentro de un vestidito blanco de volantes. No para de llorar y su madre le susurra:

—Tranquila, tranquila, tranquila.

Debe de ser difícil para un bebé. Imagino que todo será muy confuso.

—Tranquila, tranquila, tranquila.

Esa niña no tiene ni idea de por qué sus padres le han puesto ese vestidito tan incómodo. No sabe que un señor mayor con falda le va a remojar la cabeza en agua dentro de un rato.

Le miro la cara sonrosada mientras chilla. Me identifico con ella. Está incómoda y confusa, igual que yo. ¿Qué hago aquí? ¿Por qué me hacéis esto? ¿Por qué me vestís con esta ropa tan ridícula?

Apuesto a que esa niña fliparía en colores si entendiera por qué le hacen esto. Imagínate que alguien te obliga a llevar un vestido de novia en miniatura, te remoja en agua delante de toda tu familia y luego te explica que lo ha hecho porque así tu espíritu se irá volando al cielo cuando te mueras. Si yo fuera esta bebé, mis primeras palabras serían: «Tócate los cojones».

El bautizo termina. El alma de la niña está a salvo. Ahora, si se muere, Dios no lo quiera, no tendrá que sufrir en el fuego eterno del infierno, como muchos de nosotros. Gracias a Dios, ya no está condenada como yo, porque la tengo en brazos y me da miedo que se me caiga y la mate sin querer.

Estábamos a punto de pasar al sótano de la iglesia para la recepción cuando la madre me paró. Me tocó el brazo y me preguntó si podía sostener a la bebé un momento mientras buscaba no sé qué en el gigantesco bolso de pañales.

Debería haber dicho que no, pero me parecía de mala educación negarme a coger un bebé.

Todavía tengo la escayola y la niña está histérica. Me viene un pensamiento intrusivo que tiene que ver con la fragilidad de esta bebé y el suelo de mármol.

Deja de pensar eso.

No estoy segura de si la tengo bien agarrada, si es que quiere ir con su mamá, o si le está dando un brote psicótico. Se revuelve, levanta la cabeza y chilla.

Chilla.

Chilla.

Chilla.

—Se te da bien —me felicita su madre.

—¿Es irónico? —pregunto, aunque no me oye.

—¿Tienes hijos? —me pregunta por encima de los gritos desgarradores de la bebé.

—No —contesto, intentando devolverle a la niña histérica.

Me inquieta el instinto primario que no sabía que tenía, que responde a los bebés histéricos con una sensación de alerta y extrema ansiedad física. Es como si me metiera una raya a cada llanto. Cuanto más chilla la bebé, más se me dilatan las pupilas.

—¿Pero querrás tenerlos, no? —pregunta, cogiendo por fin a la niña. Empieza a sacudirla arriba y abajo.

—N... Sí.

Me sonríe mientras la bebé le vomita en el hombro. El vómito le resbala por la espalda.

—¿Estás casada? ¿O tienes novio?

Niego con la cabeza.

—¿Porque no has encontrado al chico adecuado todavía, o...?

—Sí, eso —le digo, esperando que no sea muy obvio que estoy mintiendo.

—Tengo que presentarte a mi cuñado —sugiere—. Es monísimo, la verdad. Es italiano. Tiene su propio negocio. De hecho, por eso no ha venido. Estaba con un cliente superimportante. Se lo están rifando. ¡Y sabe cocinar! Te encantaría. ¿Tienes Facebook?

Hago una pausa. Sí que tengo Facebook. Apenas lo uso,

pero estoy convencida de que mi perfil es rematadamente lésbico. Creo recordar que le di «me gusta» a las páginas de *The L Word* y *Ellen DeGeneres*. Fijo que he puesto reseñas positivas a bares de lesbianas. Todo eso es teóricamente explicable, pero es que también en mi bio salgo como «interesada en mujeres», y en la foto de perfil aparezco, si no recuerdo mal, de la mano con mi exnovia. No sé si recuerdo el pie de foto con exactitud, pero estoy bastante segura de que puse: «Mi novia y yo (somos lesbianas)».

—No, no tengo —miento, con las manos sudorosas.

—Ay, qué pena. ¿Pues me das tu número entonces? —me dice, mientras me entrega su móvil.

Hay una monja junto a mí. Estamos las dos de pie al lado de una mesa llena de café, fruta, medias noches y todo tipo de refrescos. Hay una flor de pascua en la mesa, y una tarta glaseada de color rosa en la que pone: DIOS BENDIGA A LUCY EN SU BAUTISMO.

No estoy segura de qué tengo que hacer. Me meto las manos en los bolsillos y me las saco compulsivamente.

¿Debería quedarme?

¿Puedo comer de la tarta?

Tengo la impresión de que debería darle conversación a la monja. La miro de reojo.

—Dicen que los pañales de bebé no se desintegran nunca —digo.

Es el primer tema que ha salido del charco de turbiedad que es mi cerebro, de donde siempre saco los temas de conversación.

Se vuelve hacia mí.

—¿De verdad? Señor, pues qué mala noticia. Los bebés gastan una barbaridad de pañales.

Asiento.

—Sí, y eso significa que los vertederos están repletos de pañales no reciclables de bebés que ya han crecido y han muerto.

—Vaya —contesta en voz baja—. Qué horror, ¿no?

Asiento.

—La basura dura más que la gente.

Se palpa la tensión.

Me acerco al café de la mesa. Cojo uno de los vasos de poliestireno.

—Me pregunto si este vaso durará en la tierra más que yo —pienso en voz alta mientras intento servirme un café que huele a quemado.

La monja mira el suyo propio.

—Bueno, yo acabo de cumplir ochenta y seis —dice—, ¡así que a mí me gana seguro! ¡Seguro que me ganan hasta los biodegradables! —Se parte.

Fuerzo una carcajada.

Busco en Google cuánto tarda en descomponerse la basura de mi cubo de basura. Lo he vaciado en el suelo de la cocina y estoy investigando cada uno de los restos.

Las latas tardan cincuenta años.

Las pilas tardan cien años.

Las botellas de plástico tardan cuatrocientos cincuenta años.

¿Tienes mascota?, me preguntó Eleanor.

Hicimos «match» en una aplicación de ligar. Llevábamos una hora escribiéndonos. Me dijo que trabajaba en una *startup* tecnológica y le dije que yo en una librería. Me dijo que le gustaba mi foto, y yo le dije que me gustaba la suya en el zoo. Salía al lado de una jirafa bebé.

No, contesté.

No puedo tener mascota porque algún día se morirá, y no creo que sea capaz de superarlo.

¿Y tú?, pregunté.

No, contestó. Ojalá. Nunca he tenido mascota.

No supe qué responder a eso, así que no dije nada.

Un rato después, volvió a escribirme.

¿Tú has tenido mascota alguna vez?

Sí.

¿Y cómo se llamaba?

Flop.

¿Y qué tipo de animal era Flop?

Una coneja.

Qué mona. ¿Eres de por aquí entonces?

Sí, ¿y tú?

También. ¿En qué calle te criaste?

En Maple Road. ¿Y tú?

En Fairview Ave.

Todas las conversaciones que tenía con chicas eran igual de estúpidas. No se me dan bien las charlas triviales, y todas las conversaciones eran siempre lo mismo. Nos contábamos en qué trabajábamos, decíamos que nos gustaban las fotos de la otra y nos hacíamos preguntas insípidas hasta que alguna dejaba de contestar. Estaba tirada en el suelo de la cocina, saltando de un perfil a otro, manteniendo la misma conversación en bucle.

¿Cuál es el apellido de soltera de tu madre?, me preguntó Eleanor.

Empecé a contestar, pero me detuve. Subí por los mensajes y revisé las preguntas que me había hecho hasta el momento. Pensé: *Un momento, ¿esta persona intenta robarme la identidad?* Me había hecho todas las preguntas necesarias para acceder a mi correo y a mi cuenta del banco.

Cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de que era una estafadora.

Le di un apellido falso: Kenny.

Siguió escribiéndome. Aunque sabía que estaba intentando acceder a mi cuenta bancaria, yo seguí respondiendo. Pensé que, de todos modos, no tenía ni un duro, y me entusiasmó liberarme de la presión de desarrollar cualquier tipo de relación romántica. Ya no me importaba decir nada estúpido ni raro. Si era una desconocida intentando estafarme, ¿quién mejor para comerse mi conversación con patatas?

¿Cuál crees que es el sentido de la vida?, le pregunté.

Aún estoy intentando descubrirlo, contestó.

¿Piensas en el espacio y los agujeros negros?, pregunté.

Sí, todo el rato, contestó.

Me envió vídeos sobre la materia oscura. Me habló de un libro que había leído, *Breve historia del tiempo*. Me habló de viajes en el tiempo y extraterrestres. Me contó que una

vez tomó LSD y le hizo estar en sintonía con la naturaleza y su propia vida. Me dijo que vio las plantas como si fuera la primera vez que las veía. Que todo le parecía más vivo.

Me habló de una droga llamada DMT. Dijo que casi todos los que la tomaban veían lo mismo. Unas criaturas llamadas Duendes de las máquinas. Resulta que cuando te metes DMT, los duendes te saludan y dicen: «¡Qué bien que hayas venido! ¡Casi nunca nos visitas! ¡Qué alegría verte por aquí!».

Me pareció interesante. Hablamos de si los Duendes de las máquinas serían criaturas reales que solo salen a la luz cuando te metes DMT, o si el DMT les provocaría la misma alucinación a todos los cerebros humanos.

Sugirió que nos metiéramos DMT juntas y dije: Ni de coña. Me preguntó por qué no, y le dije que porque sabía en lo más profundo de mi ser que si me metía DMT o LSD o cualquier otra droga alucinógena, sería lo último que haría, porque tenía ataques de pánico crónicos y seguramente acabaría con mi propia vida.

Me preguntó si iba a terapia. Le dije que me habían derivado a psiquiatras, pero que luego nunca me llamaban. Me dijo: Ya, suele tardar mucho. Me dijo que ella había ido a terapia porque tenía el síndrome del niño abandonado. Me contó que su padre las había abandonado cuando tenía diez años, y su madre pasaba de ella. Y que por eso tenía problemas de autoestima. Y miedo a estar sola.

Le pregunté si la terapia la había ayudado, y me dijo que sí, pero no del todo.

Me preguntó si había alguna razón para mi ansiedad, y le dije: Creo que es hereditaria.

Le dije que mi padre había sufrido una crisis nerviosa cuando yo era niña, después de que mi tío muriera. Se pasó meses sin apenas salir de casa. Tenía unos cambios de humor muy bruscos. No dejaba de acusar a mi madre de que lo iba a abandonar, y dejó de ducharse. Me acuerdo de que el vecino me preguntaba: «¿Qué tal está tu padre?» y yo le decía: «No muy bien». Creo que le mandó una tarjeta o algo así, porque mis padres descubrieron lo que le había

dicho y me echaron la bronca. Recuerdo estar sentada en lo alto de la escalera mientras mi madre me soltaba un sermón sobre la intimidad, y mi padre me gritaba a pleno pulmón en toda la cara: «¡Estoy bien!».

Le dije a Eleanor que creía que por parte de mi madre también había heredado problemas de salud mental. Le dije que una vez, en Acción de Gracias, después de pimplarse una botella de Pinot Grigio, mi tía Dorothy, hermana de mi madre, me dijo que creía que mi abuelo era bipolar. Tenía problemas de control de la ira, afirmó. Me dijo que todos los cuadros que tenían en casa de pequeñas estaban colocados en sitios raros para tapar los boquetes que él había hecho en la pared. Me imaginé que mi madre quitaba importancia a los arrebatos de mi padre porque su padre se había comportado igual.

¿Por qué crees que tu padre no reconocía que tenía problemas?, me preguntó Eleanor.

No sé, respondí. Creo que lo veía como una debilidad. A lo mejor sus padres le enseñaron a no hablar de ese tipo de cosas. Le preocupa mucho el qué dirán.

Le pregunté sobre la relación con sus padres. Me dijo que apenas hablaba con su padre. Casi siempre se olvida de su cumpleaños. Nunca la llama. Tiene que llamarlo ella. Pero su madre es distinta, dijo. Se había disculpado por no estar presente, y ahora se llevan mejor.

Nos seguimos mandando mensajes durante un par de días. Me dejó de parecer una estafadora.

¿Y por qué te metiste en esta aplicación?, me preguntó.

Me la descargué tirada en el suelo de mi cuarto, después de darme cuenta de que llevaba un año sin salir con nadie, y de que me había distanciado de las pocas amigas que tenía. Estaba intentando averiguar por qué estaba tan deprimida y pensaba que igual era porque no sentía ninguna conexión con nadie. En un arrebato, empecé a darle a la pantalla hasta que me la descargué. Me tuve que hacer un selfi.

Solo intento conectar con alguien, contesté. ¿Y tú?

Lo mismo, dijo.

—¿Sabes cuánto tarda en descomponerse una botella de vidrio? —le pregunto a Eleanor por teléfono.

—Gilda, son las dos de la mañana.

—Ay, perdona... —empiezo a decir. No me había dado cuenta de la hora.

—No pasa nada. —Bosteza—. Estaba soñando contigo. Estabas participando en un concurso de comer galletas. Te tocó comer Samoas.

—Interesante —contesto—. Pero ¿Samoas? Prefiero las Thin Mints. ¿Iba ganando?

—Sí —dice entre risas.

—Bien, bien.

Se queda callada.

—Perdona por despertarte —le digo.

—Tranquila. No me importa.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Examino el techo que está justo sobre mi cama, preguntándome cuánto tiempo tendrá mi bloque. Es un edificio de dos plantas sin ascensor. Antiguamente era una zapatería con apartamentos para el dueño en la planta de arriba. Miro las molduras que bordean la habitación y me pregunto quién más habrá vivido aquí. Pienso en cómo serían sus vidas. Me pregunto en qué pensarían cuando miraban este mismo techo. Me pregunto cuánto tiempo durará este edificio, y quién ocupará este mismo lugar en el futuro.

Me pregunto si alguien habrá muerto mirando este techo.

«Un día moriré», afirma mi conciencia. Esa certeza reverbera en mi cráneo como un grito en una cueva. Voy a experimentar lo que se siente cuando la fuerza vital se agota. Tengo que asumirlo. Lo que anima mi cuerpo se detendrá. Oscuridad. Nada. No es un simple miedo de película de terror; es verdad. Y los demás se ocuparán de mi cadáver.

Atravieso las puertas del hospital como un pájaro escapando de una estación de metro después de semanas

atrapado.

Necesito ayuda.

—¿Estás bien?

No.

—¿Es el corazón?

Quizá.

—¿Puedes hablar?

¿No estoy hablando?

Cuando era pequeña, me inclinaba hacia atrás en la silla del colegio. Recuerdo ser consciente de cuándo me había inclinado demasiado y cuándo estaba a punto de caerme de espaldas. Justo así me siento ahora, aunque no estoy en una silla y la sensación no desaparece. Cuando era pequeña, siempre me controlaba en el último momento. Era capaz de parar antes de caer del todo.

—¿Me he caído?

—No. Tranquila.

—No puedo.

—Cálmate.

—¡Ojalá pudiera! —grito.

Miro a través del cristal cómo la recepcionista coge el teléfono rojo que tiene detrás.

—¡Por favor, cálmate! —repite.

Creo que acabo de volcar una mesa.

—¿Estás bien? —me pregunta el hombre sentado a mi lado en la sala de espera.

Lo miro. Lleva un pañuelo ensangrentado en el ojo.

Asiento.

—No paras de darte golpecitos en el pecho —señala.

No me había dado cuenta. Tengo el pulso irregular.

Lo miro. Tiene la camiseta llena de sangre.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—¿Yo? —dice—. He tenido días mejores.

—¿Qué te ha pasado?

—Me he metido en una pelea —dice—. ¿Y a ti? ¿Qué te ha pasado?

Espero un momento.

—Me estoy muriendo.

Hace una mueca.

—¿Cómo que te estás muriendo?

Asiento.

Él suspira.

—Madre mía. ¿Y cuánto tiempo te queda?

Respondo con voz grave:

—No tengo ni idea.

A veces me obsesiono con lo asqueroso que es el ser humano. Pienso en que hacemos cosas como tirar basura o inventar bombas nucleares. Pienso en el racismo, la guerra, las violaciones, la pederastia y el cambio climático. Pienso en lo repugnante que es la gente. Pienso en los baños públicos, los sobacos y sobre todo en las manos sucias de todo el mundo. Pienso en cómo se extienden las infecciones y las enfermedades. Pienso en que todos los seres humanos tienen culo, y eso me parece asqueroso.

Otras veces me fijo en lo entrañable que es la gente. Dormimos en superficies blandas; nos gusta estar calentitos. Cuando veo a gatos acurrucados en cojines me da mucha ternura; también somos así. Nos gustan las galletitas y las flores. Nos ponemos mitones y gorros. Vamos a ver a nuestra familia aunque seamos muy viejos. Nos gusta tener perros. Nos reímos; hacemos sonidos involuntarios cuando algo nos hace gracia. La risa es adorable, si lo piensas.

Tenemos hospitales. Inventamos edificios enteros para arreglar a la gente. Los médicos y enfermeros estudian un montón de años para trabajar aquí. Vienen todos los días para curar a los demás. Si descubriéramos algún otro animal que creara una infraestructura por si alguno de sus compañeritos animales se pone enfermo, a todos nos fliparía y nos conmovería muchísimo.

Observo a una enfermera como si fuera un ciervo en mitad de un prado; una porción de vida salvaje en bata y con guantes de látex y zapatillas cómodas en las pezuñas. La observo mientras prepara una camilla como un pájaro que construye un nido.

—¿Seguro que estás bien? —me pregunta el hombre de al lado.

Me seco las lágrimas de la cara.

—Sí, gracias, estoy bien.

—Piensas demasiado —me dice Frank, el celador del hospital, mientras friega las baldosas del suelo a mis pies.

Ya he hablado alguna vez con Frank, en visitas anteriores. Hace alrededor de un mes, vomité en el suelo y él lo limpió. Me disculpé mil veces y le expliqué que tenía ansiedad y dolor en el pecho. Me dijo que no pasaba nada, lo entendió. Ahora cada vez que me ve, me saluda como si fuera mi amigo de toda la vida.

Me ha preguntado qué me traía hoy por allí, y he dicho:

—Otra vez la ansiedad.

Ya no queda nadie más en la sala de espera aparte de nosotros. Soy la última paciente.

—A lo mejor no tendrías tanta ansiedad si te distrajeras con algo. —Enjuaga la fregona en el cubo lleno de jabón—. Quizá solo estás demasiado metida en tu propia cabeza —añade—. Fijo que eso es lo que te pasa.

—Vale. —Asiento. Puede que tenga razón—. ¿Y cómo me distraigo?

—Yo me siento mejor cuando intento hacer felices a los que tengo alrededor —responde—. A lo mejor deberías intentar algo así.

La nieve cae y lo cubre todo. Toda la basura y la caca de perro de la carretera queda arropada por un manto blanco y resplandeciente. Tengo el abrigo, el gorro y el pelo llenos de nieve. Soy igual que la basura y la caca de perro; también me arropa el manto blanco.

Miro a las figuras tristes que tiritan a mi lado en la parada del autobús.

—Me encanta tu abrigo —le digo a una desconocida que está a mi lado.

Llevo diez minutos armándome de valor para decirlo.

Se vuelve:

—¿Me dices a mí?

Asiento, humillada.

—Sí. Decía que me encanta tu abrigo.

—Gracias... —contesta con recelo, agarrándose de las mangas como si se lo fuera a robar.

El autobusero no para de dar frenazos.

Le he cedido el asiento a una embarazada poco estable. A pesar de que he perdido el equilibrio y me he estampado de bruces contra la nuca de otro pasajero, antes de bajarme y salir huyendo del autobús le he dicho al conductor:

—Muchas gracias.

—De nada.

—Gracias por su trabajo —reitero.

—Bájate ya del autobús, por favor —contesta.

Barney lleva una pila enorme de cajas de cartón a la iglesia.

—¿Te ayudo? —pregunto, corriendo hacia él.

—Sí —farfulla, y me pasa toda su carga.

Barney siempre huele muy fuerte a sudor, y el olor se ha quedado adherido a las cajas. Es como llevar dos toneladas de basura y jamón putrefactos.

Cargo con las cajas con una sola mano, pero no me abre la puerta. Me adelanta, feliz de haberse liberado de su tarea. Meto un pie en la puerta antes de que se cierre y me abro paso hacia el interior del edificio como una mula de carga minusválida.

—¿Pero cómo se han enredado tanto? —le pregunto a la hermana Jude mientras desenredamos una caja entera de rosarios.

—Alguien debe de haberlos guardado sin ningún cuidado —suspira.

Se cree que he sido yo.

Por poco rompo el rosario que tengo entre las manos mientras deshago un nudo particularmente apretado.

—¡Cuidado! —grita, quitándome el rosario como quien le confisca un cuchillo a un bebé—. Romper un rosario trae mala suerte. Significa que alguien se va a enfadar contigo.

Me da la sensación de que si rompo un rosario, esa persona va a ser ella.

Me suena el teléfono.

Lo cojo.

—Hola —digo, lo más simpática que puedo.

—¡Hola! —dice la voz, más entusiasmada aún—. ¿Eres Gilda?

—Eso parece —contesto, intentando mantener el nivel de entusiasmo.

—Hola, Gilda, soy Giuseppe. Mi cuñada me dio tu teléfono...

Oh, no.

—¿No sé si te apetecerá que te invite a cenar?

Joder.

—¿Te gusta el sushi?

—S... Sí.

—¡Perfecto! —responde—. ¿Cuándo estás libre?

¿Cómo voy a hacer feliz a Giuseppe si lo rechazo? ¿Cómo voy a mantener este paripé de heterosexual católica si me niego a ir a cenar sushi con un soltero italiano?

—¿Hola? —dice Giuseppe.

—Hola. —Me atraganto.

Se ríe.

—¿Qué día te viene bien?

Me quedo un momento en silencio.

—¿Te lo puedo decir luego? —le pregunto, mientras el entusiasmo se va apagando en mi voz.

—¡Claro! —contesta—. Luego te escribo para fijar un día. ¿Te parece?

—Vale.

—¡Genial! Pues vamos hablando. Qué ganas de conocerte.

—¿Ah, sí? —pregunto, para asegurarme de que he hecho feliz a este desconocido.

Se ríe.

—¡Pues claro!

Hago café para Jeff y para mí. Llevo las dos tazas desde la cocina de la iglesia hasta nuestros despachos. Es difícil hacerlo con el brazo roto; una taza la sujeto a presión entre el pecho y la escayola. El café me salpica y me abrasa. Pero voy sonriendo a pesar de todo. Suelo mostrarme como una persona risueña porque la gente lo prefiere. No le voy a alegrar el día a nadie si voy por ahí haciendo muecas

mientras me quemo.

Llamo a la puerta de Jeff.

—Te he traído un café.

Le entrego la taza.

Tengo las manos en carne viva.

—Ay, eres un encanto. —Sonríe y acepta la taza—. Muchas gracias, maja.

—De nada —contesto, con otra sonrisa.

Inicio sesión en el ordenador de la iglesia. Abro el mensaje más reciente de Rosemary y lo miro durante un momento.

Entonces empiezo a teclear:

> Rosemary:
>
> Perdón por haber tardado tanto en contestar. He estado malita, pero ya estoy mejor.
>
> Siento muchísimo lo de Jim. No sé qué decir para que te sientas mejor, pero quiero que sepas que me gustaría poder decirte algo. Espero que hoy puedas sentir, al menos, una pizca infinitesimal de felicidad.
>
> Con afecto, Grace

Mientras le doy a «Enviar», algo se desata en mi pecho y me explota el corazón. Me levanto y sin querer tiro el café al suelo. Se derrama por toda la alfombra y en las cajas de Barney que le he cargado esta mañana.

No puedo respirar.

No puedo respirar.

No puedo respirar.

Me duele la piel. Si la sensibilidad fuera un color, la saturación de mi piel sería de un rojo intenso.

Me siento intensamente roja.

Alguien llama a la puerta del baño.

Estoy empapada en un sudor frío.

—¿Estás bien? —pregunta la hermana Jude.

—Estoy bien —miento. No lo estoy.

No creo que me esté funcionando el consejo de Frank. Dudo que concentrarme en la felicidad de los demás vaya a curarme la ansiedad. He intentado pasar la mañana haciendo feliz a todo el mundo y he obtenido como recompensa un chichón en la cabeza, las manos escaldadas, una cita no deseada con un tío y un ataque de pánico.

Me miro la boca en el espejo.

Sonríe, me digo.

Sonríe.

Una vez leí que una sonrisa falsa es capaz engañar a tu cerebro para que piense que estás contenta, y que eso es capaz de desatar una sensación de alegría real.

Me quedo embobada con mi reflejo sonriente. Me miro los ojos sin vida mientras sonrío como un chimpancé desquiciado.

Abro las cajas donde he tirado el café para comprobar si me he cargado lo que hay dentro. Arranco el celofán de una, rezando para encontrar algo fácil de limpiar. Me decepciona toparme con miles de folletos empapados. Saco uno de los papeles blandurrios.

En el folleto pone en letras grandes y rojas: PROTEGE A TUS HIJOS DE LA HOMOSEXUALIDAD.

—¿Qué cojones? —se me escapa en voz alta.

—¿Pero qué les ha pasado a los folletos? —grita Barney detrás de mí.

—¡No tengo ni idea! —miento.

¡Hola Gilda! Soy Giuseppe. ¿Estás libre el viernes para ir a cenar sushi?, me escribe un número desconocido.

Empiezo a teclear «no», pero enseguida lo borro.

Lo siento, escribo. Ya tengo planes.

¡No hay problema! ¿Pues el viernes siguiente? ¿O el sábado?

Busco a toda velocidad una excusa creíble para poder rechazar las otras dos fechas que me ha propuesto. A lo mejor debería decirle que tengo que cuidar a mi abuela y que no puedo salir ninguna noche.

No, eso no va a colar. ¿Y si me dice que quiere conocerla?

A lo mejor debería decirle que sufro una enfermedad horrible y que tengo médicos o análisis de sangre todas las tardes.

No, eso tampoco va a colar. Podría chivarse a Jeff. Ya es bastante complicado fingir ser una católica hetero, como para fingir ser una católica hetero enferma. Es demasiado.

Tecleo y borro, tecleo y borro, hasta que al final escribo: Por mí genial el sábado.

El viernes le escribo y le digo que he pillado la gripe.

¡Genial!, contesta.

—¿Cómo te has hecho el corte? —pregunta la enfermera mientras me cose unos puntos en los nudillos.

Me quedé dormida con la calefacción demasiado alta. Me desperté jadeando, con los pulmones llenos de aire caliente. Pensaba que la casa estaba ardiendo. Me daba vueltas la cabeza y no podía pensar. Empecé a gritar: «¿Dónde está el gato? ¡No quiero que se muera!» antes de acordarme de que yo no tengo gato. Cuando me di cuenta, también me puse a comprobar que no había llamas ni humo.

Bajé la calefacción. Entonces me metí en el baño, confundí mi propio reflejo con un ladrón y le di un puñetazo al espejo.

—¡Quién eres! —grité, mientras intentaba defenderme con el puño.

Mi reflejo roto y yo nos reímos al unísono cuando nos dimos cuenta del error.

—¿Cómo te has hecho el corte? —repite la enfermera.

—Pues... —balbuceo—. Estaba hurgando en la basura y no me di cuenta de que había un cristal roto.

La verdad es demasiado complicada.

Me cuesta mantener la mano quieta. Estoy temblando.

Ella hace una pausa y pregunta:

—¿Tienes ansiedad?

—Un poco, sí —respondo.

—Yo también tengo problemas de ansiedad. —Sonríe —. ¿Has probado el *mindfulness*?

—No. ¿Qué es?

—Es prestar atención a algo de una manera muy concreta —explica—. Con intención, en el momento presente. Igual te ayuda. ¿Quieres probarlo?

—Vale —contesto, aunque estar profundamente presente mientras me cosen puntos no suena muy apetecible—. ¿Cómo se hace?

—Concéntrate en tus sentidos. Pregúntate: ¿Qué veo? ¿Qué oigo? ¿Qué huelo? ¿Qué saboreo? ¿Qué siento? ¿Por

qué no miras alrededor y me dices lo que ves?

Echo un vistazo a la enfermería.

—Cosas de hospital —digo.

—¿Como qué? —pregunta.

Me fijo en la pared.

—Un cartel de la vacuna de la gripe.

—¿Qué más?

—Una silla negra.

—¿Qué más?

—A ti.

—¿A qué huele?

—A nada. A lejía, a lo mejor.

—¿Qué se oye?

—El ventilador del techo. Gente hablando fuera.

—¿Algún sabor?

—Mi chicle.

—¿Sientes algo?

—Me duelen los nudillos, creo. —Me miro las manos; una está en la escayola y la otra llena de puntos—. Me duele el brazo —añado, levantando la escayola.

Veo las estrellas desde la ventana de mi cuarto. Veo caer del cielo una nieve ligera. Veo mis cortinas meciéndose al viento. Veo las siluetas de mis muebles. Veo los platos apilados junto a la cama y por todo mi cuarto. Huelo mi pelo sucio y el burrito que me he comido en la cama. Oigo los coches en la carretera de enfrente de mi casa, pasando por encima del aguanieve. Oigo el rumor de la nevera. Oigo el aire penetrando en mi nariz y saliendo después. Siento las mantas en mi piel. Siento el dolor del brazo roto y los nudillos.

Me concentro en el dolor del brazo y los nudillos.

Me siento. ¿Dónde he metido los analgésicos?

Empiezo a rebuscar en los bolsillos de mi ropa. Miro en el armario del baño y en la encimera de la cocina y debajo de la cama.

El dolor se hace más intenso.

Vacío el contenido de la aspiradora, aunque llevo seis meses sin pasarla.

Sé que no los he tirado sin querer, porque llevo dos días examinando meticulosamente toda mi basura.

Saco toda la ropa de los cajones y la tiro sobre la cama deshecha. Busco por la cómoda vacía. Abro la mochila y hurgo en todos los bolsillos.

Me tumbo en el suelo de mi cuarto, con la respiración entrecortada, concentrada en el dolor pulsante que me sube por el brazo y los nudillos.

Miro al techo y después a mí misma.

Un momento. ¿Me estoy mirando a mí misma?

¿Cómo puedo estar mirándome a mí misma?

Esa es mi cara. Esos son mis ojos; ese es mi cuerpo, con mi camiseta, mis pantalones y mis calcetines.

—Piensa en el dolor —me digo, intentando conectar con mi cuerpo.

No siento nada. Es como si fuera un cadáver.

—Piensa en el dolor —me vuelvo a ordenar, mientras siento que mi fuerza vital gravita hacia el cielo.

—¡Piensa en el dolor! —repito, mientras me elevo sobre la ciudad, sobre el país, sobre el planeta, sobre el sistema solar, sobre la galaxia, sobre la oscuridad profunda y expansiva.

Me quedo mirando la mota que ocupa mi cuerpo en el cosmos.

Soy un ácaro; más pequeña que un punto.

—Algún día moriréis. —La voz atronadora de Jeff resuena por toda la iglesia—. Vamos a morir todos.

Me muerdo las uñas. Podría haber escogido otro tema.

—Mirad alrededor —manda. La gente se remueve en los bancos—. Algunos no estarán aquí el año que viene.

Un bebé empieza a llorar.

—Es importante recordar que cada día que pasa nos acerca un poco más al día de nuestra muerte.

Sigue divagando entre conceptos como «vida eterna», «misterio pascual» y «sacrificio». Miro de reojo a la gente, con la esperanza de cruzar la mirada con alguien que esté tan inquieto como yo con esta homilía. Todos tienen los ojos brillantes clavados en el púlpito donde está Jeff,

mientras absorben sus palabras con serenidad y asienten con la cabeza.

He logrado hacerme pasar por católica durante casi dos semanas. Aunque ha habido algún momento en que he estado a punto de cagarla. Ayer, por ejemplo, grité «¡Dios!» al darme un golpe en el pie justo delante de la Liga de Mujeres Católicas. Y en otra ocasión se me escapó una carcajada y dije: «Sí, claro», cuando Barney comentó la suerte que tendría mi futuro marido. Pero a pesar de todo, me han aceptado como lo que finjo ser.

Una chica católica de buenos modales.

Leo la Biblia.

Espero casarme algún día como Dios manda.

Cuando me muera iré al cielo.

—¿Gilda? —Jeff interrumpe mis pensamientos.

Lo miro.

—¿Vas a cogerlo? —pregunta, señalando el teléfono que está sonando en la mesa.

—Ah —balbuceo—. Sí, claro.

Esboza una sonrisa.

—¿Dígame? —Me pongo el teléfono en la oreja, esperando oír a la señora que llama cada dos por tres para preguntar a qué hora es la misa. Jeff se ha ido, así que fantaseo con la idea de decirle a la mujer que la Iglesia católica ha sido cancelada y que deberá pasar el resto de los domingos sin preocuparse por la misa.

—Buenos días, soy la subinspectora Parks, del departamento de investigaciones de la policía local —me dice una voz femenina grave—. La llamo en relación a Grace Moppet. ¿Entiendo que trabajaba con vosotros?

—S... Sí —contesto—. Bueno, eso me han dicho. Yo soy su sustituta. No la conocía.

—¿Hay alguien por ahí que la conociera?

Tengo el teléfono silenciado en la oreja. Estoy espiando a Jeff mientras habla con la policía.

—Grace estuvo varias veces en el hospital el invierno pasado —le cuenta la subinspectora—. Su historial indica que tuvo neumonía, una caída y fue a unas cuantas

revisiones. ¿Estaba bien en su trabajo? ¿Sana?

—Se cogió una baja de algunos días —responde Jeff—. Aunque tenía muy buena disposición. Parecía bastante contenta. Y sana.

—En enero le hicieron una resonancia magnética —continúa la policía—. Parece que tenía un principio de demencia. ¿Se lo mencionó a usted? ¿Mostró algún síntoma?

—Ay, no. —Jeff suaviza la voz—. No mencionó nada, no. Era olvidadiza, pero no debió de empeorar mucho mientras estaba con nosotros. Parecía bien. ¿Puedo preguntarle por qué han revisado el historial médico de Grace?

La policía se aclara la garganta.

—No sé si ha visto las noticias, señor, pero una enfermera local llamada Laurie Damon ha confesado recientemente haber inyectado sobredosis de medicamentos a varios pacientes mayores para acabar con su vida. Nos han encargado la investigación de todos sus pacientes para evaluar si podrían haber sido víctimas. Lamento decirle que le llamo porque el informe médico indica que Grace era una de las pacientes de Laurie Damon.

Jeff se queda callado.

—Comprendo —dice después de unos segundos—. Es difícil de asimilar.

—Lo siento —contesta la agente en un tono suave—. Pero puede que no fuera una de las víctimas. Solo estamos investigando todos los posibles casos para asegurarnos de que se haga la debida justicia.

Jeff se aclara la garganta.

—Dios la bendiga por su trabajo.

Busco en Google «Laurie Damon» y leo todos los artículos que encuentro.

Fue a la policía y confesó haber matado a sus pacientes.

Llevaba veinte años trabajando de enfermera.

Sus pacientes vivos se quedaron de piedra al enterarse.

«Se me da fatal calar a las personas», declara una tal

Mae Ross. «Creía que Laurie era una buena persona».

Paso los dedos por la tela del cojín de mi asiento. Me concentro en el movimiento de las yemas de mis dedos sobre los hilos trenzados. Me inquieta el hecho de estar sentada en la silla en la que hasta hace poco se sentaba una mujer que ahora está muerta y que puede que fuera asesinada.

Me pregunto si ocupo a menudo espacios de gente muerta.

Me pregunto quién ocupará los espacios que he ocupado yo, cuando me muera.

Si me entierran, mi ataúd será mi último espacio. Nadie más que yo ocupará ese lugar. Es un consuelo tener un sitio reservado solo para mí, para siempre.

Aunque puede que reciba visitas de insectos.

Roedores.

Empiezo a pensar en gusanos.

Lombrices.

Basta.

Abro la Biblia de golpe, sacudiendo la cabeza como si fuera un Telesketch. Las imágenes de cuencas de ojos y gusanos se desmoronan como un puzle deshecho en mi cabeza. Lucho por evitar que la imagen se recomponga tarareando una canción y obligándome a leer algo para distraerme.

Escojo una página al azar, como si sacara una carta del tarot. Me convenzo de que la página en la que caiga será el designio de un poder cósmico superior.

Bajo la mirada hacia el pasaje predestinado y leo una historia sobre una mujer llamada Jezabel que es empujada por una ventana, pisoteada por caballos y devorada por perros.

En el ordenador salta la notificación de un nuevo correo electrónico. Es de Rosemary.

> Grace:
>
> ¡No te imaginas la alegría al ver por fin tu nombre en la bandeja de entrada!
>
> ¿Has estado malita? Vaya por Dios. ¿Qué te ha pasado?
>
> Por aquí bien, a pesar de todo. La misa de Jim fue muy bonita y mis

hijos son un gran apoyo. Tengo mucha suerte.

También sé que mi Jim querría que estuviera bien, así que me he centrado en mi arte y en la gata. Estoy intentando ser mejor «madre», así que he puesto a Lou a dieta estricta. Ya ha perdido medio kilo, pero no deja de husmear en la despensa. El otro día me la encontré en la basura. Se había comido media cáscara de plátano, palabrita del Niño Jesús.

Mejórate pronto, Grace.

Un beso,

Rose

El corazón me da un vuelco. Empiezo a escribir: «Es posible que Grace haya sido asesinada...» cuando Jeff entra. Me ve tecleando y sonríe.

—¡Estás hecha una hormiguita muy trabajadora!

Asiento. Efectivamente, así soy yo.

—No te interrumpo —dice mientras se mete en su despacho.

Me quedo inmóvil durante un rato, pensando en lo triste que parecía Jeff cuando la policía le habló de Grace. Pienso en lo horrible que debe ser enterarte no solo de que tu amiga ha muerto, sino de que puede que haya sido asesinada. Me imagino a esta viuda en duelo poniéndose tan contenta al recibir un mensaje de Grace en su bandeja de entrada. La imagino abriendo el correo, feliz de tener noticias de su amiga, y después leyendo que ha muerto, y después sufriendo un infarto.

Borro lo que estaba redactando y escribo:

Rose:

Me alegro de que estés mejor. También de que Lou esté adelgazando y esté como una rosa. En mi barrio se ha perdido un gatito. Si Lou se perdiera, ¿adónde crees que iría?

Un beso, Grace

¿Sigue en pie la cena del sábado?, me escribe Giuseppe.

Mierda. Se me había olvidado.

Perdona, no me había dado cuenta de que ya había quedado, miento. ¿Lo podemos dejar para otro día?

¡Claro! ¿El fin de semana que viene?

Vale, escribo.

A la mañana siguiente llego al trabajo y me encuentro otro correo de Rosemary.

Grace:

Creo que Lou se metería debajo del porche trasero y se quedaría ahí hasta que alguien la encontrara. Mi Lou es muy tímida.

Pues hace bastante frío. Espero que encuentren al gatito pronto y no se congele por ahí. Es increíble que ya sea diciembre, ¿a que sí? Qué rápido pasa el tiempo.

¿Estás lista para Navidad?

Un beso,

Rosemary

Con la linterna del móvil voy buscando debajo de los porches de los vecinos, gritando:

—¿Mitón...? ¡Mitón...!

Tengo las manos heladas, me duelen los pies y estoy empezando a afrontar la oscura realidad de que Mitón ha muerto. Ha fallecido. Continúo gritando su nombre por si me ve algún vecino y se piensa que voy a robar alguna casa. Chasqueo la lengua y grito: «¡Mitón...! ¡Mitón...! ¡Mitón...!» una y otra vez, sin éxito.

Por la noche, en invierno, siempre busco ventanas iluminadas con las cortinas abiertas. Me gusta ver las casas de la gente por dentro. Miro qué hay puesto en la tele. Miro los muebles. Incluso cuando tienen puesto un canal aburrido o cuando la casa está llena de muebles feos y viejos, siempre me dan muchas ganas de meterme ahí dentro.

Al otro lado de la calle hay una casa con un árbol de Navidad. Las luces del árbol son todas blancas. Hay un gato sentado en el alféizar. Una mujer toca el piano.

Me tapo la cara con la bufanda y sigo mirando la ventana. Pienso en lo acogedora que parece la casa y lo calentito que está el gato.

Vuelvo a pensar en Mitón. Pienso en su familia, que debe de echarlo de menos. Imagino la estampa tristísima de todos los que pasan la Navidad sin su mascota. Imagino una camita de gato vacía junto a un árbol de Navidad, al lado de un ovillo intacto.

Mi mente vaga hasta Rosemary, hasta la imagen de una mujer sin su marido en Nochebuena. Pienso en que ha pasado casi toda su vida con él. Imagino su silla vacía en la mesa de la cena. Imagino a Rosemary haciendo esfuerzos

por cortar el asado porque siempre era su marido el que lo hacía. Pienso en los días de antes de Navidad; imagino que intenta consolarse pensando en lo mucho que le gusta la Navidad, pero cuando llega se da cuenta de que no está mejor. Está incluso peor.

Abro el correo de la iglesia, le doy a «Responder» y escribo:

> Querida Rose:
>
> Tengo la misma sensación respecto al tiempo. Al final del día siempre pienso: ¡Pero si me acabo de despertar! Y cada vez que empieza un año nuevo pienso: ¡Pero si acaba de empezar el anterior!
>
> Rose, quiero que sepas que voy a pensar en ti estas Navidades. No me puedo ni imaginar lo difícil que será para ti esta época del año después de perder a Jim. Por favor, dime si puedo hacer algo para ayudarte.
>
> Un besito a Lou.
>
> Feliz Navidad. Tu amiga,
>
> Grace

—Esta es mi novia Gilda —Eleanor me presenta a varios de sus compañeros. Es la fiesta de Navidad de su oficina y llevo una copa en la mano.

Estamos en la sala de fiestas de un restaurante. De fondo suena bajito «All I want for Christmas is you», de Mariah Carey. En las mesas hay manteles rojos y la sala está iluminada con velas por todas partes.

—Encantado de conocerte, Gilda. —Uno de sus compañeros me estrecha la mano escayolada con demasiada agresividad. Mi vino se tambalea en la copa y se me derrama por la mano.

He cogido la copa a propósito para tener algo que hacer con las manos. No me gusta estar en un entorno social sin saber qué hacer con las manos.

—¿Cómo os conocisteis? —nos pregunta el que me ha tirado la copa.

—Por una aplicación de ligar —responde Eleanor.

—¿Y cuánto lleváis saliendo? —pregunta otro.

—Pues como dos meses, ¿no, Gilda? —Eleanor se vuelve hacia mí.

No tengo ni idea de cuánto llevamos saliendo.

—Aquí adoramos a Eleanor —me dice el que me ha tirado la copa mientras me estrujo el cerebro intentando aportar algo a la conversación.

—¿Y tú a qué te dedicas, Gilda?

Le doy un traguito al vino para ganar tiempo mientras pienso una respuesta.

—Soy auxiliar administrativa —contesto.

—Anda, ¿y te gusta? —vuelve a preguntar.

Doy otro sorbo.

—¿Vamos a buscar nuestros sitios? —me pregunta Eleanor.

La miro a los ojos y asiento, sin tener claro si me lo está pidiendo porque de verdad quiere ir a buscar nuestros sitios, o porque ha adivinado que necesito escapar de esta conversación.

—Disculpad. —Eleanor sonríe a sus compañeros.

Creo que lo ha adivinado.

Nuestra mesa está en una esquina. Mi asiento está de espaldas a la pared, lo cual me da una perspectiva de toda la sala. Observo a la multitud y oigo sus voces mezcladas con el tintineo de los platos.

Estoy dentro de un ecosistema al que no pertenezco. Todas estas personas conviven juntas durante un tiempo bastante significativo de sus vidas. Van a reuniones, toman café, van a comer. Forman parte de una comunidad interrelacionada con objetivos comunes. No pinto nada aquí. Me siento como un objeto extraño dentro de un cuerpo, esperando a ser rechazado.

—¿Qué tal el brazo? —me pregunta Eleanor.

—¿El brazo? —repito, confusa.

Se ríe.

—Tienes el brazo roto. ¿Ya se te ha olvidado o qué?

—Ah. —Me miro la escayola—. Pues sí. A veces me duele y a veces ni me acuerdo de que está ahí.

—Supongo que ahora es de esas veces en que ni te acuerdas de que está ahí.

Suspiro.

—Sí.

—¿Crees que en tu trabajo nuevo harán alguna fiesta de Navidad? —pregunta.

No le he dado detalles a Eleanor sobre mi nuevo

empleo. Solo le he dicho que trabajo de secretaria en una oficina, lo cual técnicamente es verdad.

—Lo dudo —respondo.

Decido no mencionar que aunque haya una fiesta, ni se me ocurriría llevarla de acompañante.

—¿Cómo se llama la empresa? —pregunta.

—¿La empresa?

—Donde trabajas —añade—. Tu nuevo curro. ¿Dónde es?

Delante de mí hay un plato de hojaldres. Me meto dos en la boca en lugar de responder.

—Te encantan, ¿eh? —Sonríe.

Asiento con la cabeza.

—Gracias por venir. —Me da un toquecito con la pierna por debajo de la mesa—. Sé que no te van mucho estas cosas.

Nos miramos a los ojos un segundo antes de que se le escape una carcajada.

—Sí que debo de gustarte para haber venido —me pica.

Quiere que le diga que me gusta.

—Me gustas, y mucho —le digo.

—¿Cómo te imaginas tu vida de más mayor? —me preguntó Eleanor.

Acabábamos de empezar a salir. Era la primera noche que me quedaba en su casa. Estábamos tiradas en la cama con la luz apagada.

—Me cuesta imaginarme de mayor —repuse.

Cuando era pequeña, solía imaginarme múltiples vidas posibles. Quería ser veterinaria o trabajar en un refugio de animales. Pensaba que iría a la universidad, que viajaría o que me iría a vivir lejos. Otras veces pensaba en comprarme una furgoneta, reformarla y viajar por toda Norteamérica. Me gustaba fantasear con lo que haría, adónde iría y las cosas que me ocurrirían. Ya no lo hago. No me imagino de mayor.

—¿Tú qué quieres hacer? —le pregunté.

—Me gustaría vivir en una casita en el campo —dijo—.

Con un jardín de árboles perennes y frutales. Quiero aprender a hacer pan y cerámica. Y tener un gato.

Me vino a la mente una imagen difusa de ese jardín, lleno de malvarrosas y lavandas. Me imaginé a un gato naranja dormido bajo un árbol frutal.

—Suena guay —dije—. ¿Cómo llamarías al gato?

—Como tú quieras —se rio.

—Parece ser que una de las vecinas tiene agorafobia —susurra mi padre.

Mi madre nos sirve pequeñas cucharadas de guisantes de lata en los platos.

—Creo que Joe, que vive en la casa de al lado, le intentó limpiar la nieve de la entrada del garaje, ¿y sabéis lo que dijo?

Antes de que podamos responder nada, mi padre prosigue:

—Le gritó desde la ventana que se largara de su propiedad.

—Madre mía —murmura mi madre.

—¿Tú te crees? —dice mi padre después de llevarse a la boca una cucharada de guisantes—. Al parecer la señora esa no sale de casa. —Mastica—. No quiere que se le acerque nadie.

Me mira.

—¿Te imaginas pasarte días sin salir de casa, Gil?

Le devuelvo la mirada.

—¿No es una locura? —insiste.

Miro a Eli. Se está sirviendo vino tinto. Lleva tres copas en media hora.

—En fin, que está cucú —suspira mi padre—. Me temo que en este barrio hay gente bastante majareta, chicos.

Eli desliza un Edding azul por mi escayola. La punta de fieltro chirría contra el yeso. Tiene un ojo cerrado y el otro abierto. Intenta tapar el perro-pene dibujando un bosque. Ya ha dibujado un montón de pinos y montañas, y ahora está haciendo un río; el agua refleja el cielo azul y la silueta de los árboles.

Yo no sé dibujar. El año pasado mi amiga Ingrid me

obligó a jugar al Pictionary con sus compañeros de trabajo. Me tocó dibujar «un elefante en una cacharrería». Todo el mundo creyó que había dibujado un sapo.

«¿Eso es un sapo en una caja?», preguntó Ingrid a voces.

—No se parecía para nada a un sapo —le digo a Eli mientras le cuento la historia.

Ahora ha cogido un típex para dibujar ondas en el río.

—¿Me puedes hacer algún animal silvestre? —pregunto.

Me dibuja unos pájaros, un pato en el agua y un ciervo debajo de un árbol.

—Una vez intenté hacer un dibujo de Flop —le digo.

—¿La coneja?

Asiento.

—¿Y qué tal te salió?

—Fatal.

Delante de Jeff hay una mujer corpulenta, con coleta baja y un traje monocromático. Por detrás es igualita que una chica con la que salí que se llamaba Ruth. Salimos unos seis meses cuando yo tenía veintiún años y luego rompió conmigo. Me dijo que era rara y no tenía ambición.

—¿Ruth? —Me acerco a la mujer, con miedo de que Ruth haya reaparecido para descubrirme la tapadera.

Ruth me odiaba.

La mujer se da la vuelta y me alivia descubrir que no es ella. Es una policía que se le parece bastante.

—Gilda, te presento a la agente Parks —dice Jeff.

Me extiende la mano y yo le extiendo la escayola.

—Un placer —dice, dudosa, mientras me estrecha los deditos que asoman por debajo del yeso—. Espero que no le duela.

—No, no —respondo, aunque sí que me duele un poco —. Encantada. Disculpe, la he confundido con una conocida.

—Oh, ¿con quién?

Trago saliva. No puedo contestar a eso.

—Pues… —balbuceo—. Con una chica que se llama

Ruth. Era solo una amiga.

¿Por qué he dicho *solo*?

—Era *una* amiga, mejor dicho —rectifico.

Vuelvo a tragar saliva. La rectificación queda peor aún.

—¿Qué le ha pasado en el brazo? —Gracias a Dios, cambia de tema.

—Tuve un accidente de tráfico sin importancia.

—Vaya, qué faena.

—Gracias.

—Le estaba diciendo al padre Jeff que estoy investigando un caso relacionado con Grace Moppet —añade para encauzar la conversación—. ¿Le parece bien si echo un vistazo por aquí? —le pregunta a Jeff.

—Faltaría más. —Jeff asiente—. Díganos si necesita cualquier cosa.

Ella sonríe.

—Muchas gracias.

¿Mañana sigue en pie lo del sushi?, me escribe Giuseppe.

Mierda.

Sueño con el sashimi, añade junto a dos emojis de sushi.

No, contesto, lo siento. No me encuentro bien.

Añado dos emojis potando para adaptarme a su manera de comunicarse.

¡Ay, no!, contesta con una cara triste. ¿Quieres que te lleve sopa?

Escribo «no» otra vez, pero lo borro. En lugar de eso escribo: Es muy amable por tu parte. Pero no, muchas gracias. No me entra nada.

Vaya, contesta. No pasa nada. Vamos otro día. Y añade una carita sonriente.

Con el ceño fruncido, le mando otra carita sonriente.

La iglesia me ha pagado por fin. He ido a tomarme un café para celebrarlo; pero me acabo de dar cuenta de que ha desaparecido el dinero que he metido antes en la cartera. Empiezo a dudar de mi ateísmo, porque tal vez esta sea la prueba definitiva de que Dios existe y me odia.

Sostengo el café con la mano buena y la cartera con la de la escayola. La camarera está esperando a que le pague

el café.

—Dos con veinticinco dólares —dice.

El calor del café se traspasa a mi mano y viaja a través de mi cuerpo. Estoy sudando a chorros.

A menudo saco el dinero antes incluso de entrar en cualquier tienda. Lo hago porque me da mucha ansiedad hacer esperar a la gente mientras saco la cartera y busco las monedas. Justo hoy me he venido arriba y no he sentido la necesidad de seguir esa rutina de neurótica. La ley de Murphy.

—No tengo dinero —le confieso en un susurro al darme cuenta de la terrible situación.

Su sonrisa se transforma en inquietud.

—Ah, pues lo siento, no te puedo dar el café gratis...

—No te lo iba a pedir —balbuceo.

Me quita el café.

—Mejor lo tiro.

—Me casé con veinticinco añitos recién cumplidos —me dice Barney con orgullo. Se ha sentado al borde de mi escritorio.

El espacio que ocupa su cuerpo tan cerca del mío me hace sentir incómoda. Me echo hacia un lado poco a poco.

Me está hablando de su matrimonio porque acabamos de ver a una pareja joven entrando en el despacho de Jeff. Han quedado con él para hacer el curso prematrimonial. Al parecer es obligatorio para casarse por la iglesia. Las parejas católicas deben hablar del matrimonio con su sacerdote antes de la boda, a pesar de que los curas no se pueden casar y se supone que tienen poca o ninguna experiencia en relaciones románticas.

Me pregunto de qué hablarán.

—Conocí a mi mujer en la iglesia. —Barney continúa la cháchara.

Llevo un rato sin contestarle a nada de lo que dice, pero no se ha dado cuenta. Es capaz de pasarse horas hablando solo. No estoy aportando absolutamente nada a la conversación.

La agente Parks llama al vano de la puerta. Viene con

otra agente.

—Buenos días —saluda Barney—. El padre Jeff está reunido. ¿Quieren que vaya a buscarlo?

—No, tranquilo —dice la agente Parks—. Esperamos.

Se sientan en las sillas que hay en la puerta de su despacho.

—Y eso. —Barney se vuelve hacia mí—. Nuestra boda fue preciosa. Fue realmente bonita. Nos casamos en abril, así que nos preocupaba la lluvia, pero al final hizo un día buenísimo. Fue muy, muy bonita.

Ojalá no se hubiera sentado en mi mesa.

—Ella iba con un vestido de encaje y yo con esmoquin.

Miro a las policías, que están hablando tranquilamente.

—Su hermana fue dama de honor. Darla. Un bellezón.

Me pregunto de qué hablan.

—Era de buena familia, mi mujer.

Me fijo en los uniformes de las agentes. Llevan chapas en los hombros y corbatas. ¿Para qué incluye corbata el uniforme?

—Una familia estupenda. Irlandeses.

El calzado no parece muy práctico. Parecen zapatos de vestir de hombre. ¿Podrán correr bien con eso?

—Bueno, y mi suegro era una buenísima persona. Así como te lo digo.

La agente Parks me mira. Retiro la mirada al instante.

—¡Y su madre! Nos invitaba a cenar todos los domingos. ¿Tú te crees?

Odio cuando alguien me pilla mirando.

—Cocinaba que te morías. Solomillo de ternera y col rellena. Era un encanto de mujer, la verdad. También hacía espaguetis. Y solomillo Wellington.

Me miro las manos mientras Barney sigue divagando. Su voz entra y sale de mi conciencia mientras pienso en cómo se forman las arrugas. Me pregunto cuántas veces tiene que doblarse la piel para que se cree una arruga. Cierro el puño. Me miro las líneas de la palma de la mano.

—¿Qué edad tienes tú? —me pregunta Barney.

No proceso la pregunta. Estoy empanada mirándome

las manos.

—¿Gilda? ¿Hay alguien en casa?

Levanto la vista.

—¿Qué?

—Que qué edad tienes.

—Veintidós —contesto—. No, perdón —me corrijo—. Tengo veintisiete.

Resopla.

—Pues hay que espabilar.

Todos los platos están en el suelo de mi cuarto. La simple idea de tener que recogerlos y encima fregarlos me desmoraliza hasta el tuétano. Solo de imaginarme recogiendo una taza, me canso. Antes me he agachado a coger una y me he sentido como si acabara de correr una maratón. Acto seguido me he quedado dormida.

Tengo las botas llenas de hielo, los calcetines empapados y los dedos de los pies congelados. Voy caminando al trabajo. Las calles están llenas de montañas de nieve sucia y basura. El aire helado me quema la garganta y tengo los labios cortados. Levanto la vista y me doy cuenta de que la nieve es casi del mismo color que el cielo. Es como si el mundo entero fuera blanquecino y grisáceo.

Los postes de la luz están decorados con lacitos rojos. Debajo de las farolas cuelga alguna que otra guirnalda reseca. La ciudad reutiliza los adornos todas las navidades. Los lazos están arrugados y deshilachados. Las guirnaldas se caen a pedazos.

Alguien ha muerto. En el altar de la iglesia hay un ataúd con un ramo de peonías blancas. A la derecha han colocado una foto enmarcada de una adolescente muy guapa con el pelo largo y oscuro. Un montón de personas están sentadas mirando al féretro. La iglesia está en completo silencio, tan solo roto por algún sollozo.

Hay unas velas de adviento en el altar. Tres moradas y una rosa. Jeff empezó a encenderlas la semana pasada. Cada semana enciende una nueva. La semana pasada encendió una morada, esta semana encenderá otra morada, la que viene encenderá la rosa y la última semana, la otra

morada. Yo creía que la rosa se encendería la última, ya que solo hay una, pero por alguna razón que desconozco, se enciende la tercera.

La primera, según Jeff, significa esperanza. La segunda representa la fe. La tercera, la vela rosa, simboliza la alegría, y la cuarta, la paz.

Echo un vistazo a la sala y me doy cuenta de que aquí no hay ni esperanza, ni fe, ni alegría, ni paz. Solo desolación. Y desgracia.

—Concédele, señor, el descanso eterno —proclama Jeff —. Llévala a la luz eterna.

La chica del ataúd ha muerto en un accidente de tráfico. Había hielo en la carretera y no tenía puestos los neumáticos de invierno. Se estrelló contra un árbol.

El pecho se me infla y se me desinfla.

Creo que estoy respirando demasiado fuerte.

Me quedo mirando el féretro inmóvil, pensando en que el pecho de la chica de dentro también está inmóvil.

Tiene los mismos órganos y extremidades que yo.

Tiene pulmones.

Corazón.

Cerebro.

Miro a las personas repartidas por los bancos. Les miro las bocas. Me quedo mirando las bocas de los que están delante. La que parece la madre está impávida. No mueve los labios. Debe de estar en estado de shock. El que parece el padre se tapa la cara con las manos. No le veo la boca. De entre las palmas le brotan lágrimas que le resbalan por el cuello y le mojan la camisa. Sigo mirándolo hasta que se descubre la cara y le veo la expresión rota de dolor.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

Vuelvo la mirada hacia el resto de la gente. Me pregunto de qué la conocerían.

Examino las caras de los que están sentados en las últimas filas. Me pregunto quiénes son. Puede que antiguos vecinos, o desconocidos que trabajan con su padre.

Jeff pasa a toda velocidad por delante de mi mesa con la cara entre las manos. No sabe que estoy ahí. Me he

escabullido antes de que terminara el funeral para evitar a la multitud. No me ve porque mi ordenador es tan grande que me oculta de su campo de visión.

Le tiemblan tanto las manos que le cuesta abrir la puerta de su despacho.

Tiene la cara bañada en lágrimas.

Me quedo quieta como un conejo delante de un coche, rezando para que no me vea.

Al fin abre la puerta y se mete dentro.

Oigo el clic de la puerta tras de sí.

Me miro las manos intentando distraerme de la imagen mental de Jeff llorando en el despacho de al lado. Miro el dibujo que Eli me pintó en la escayola. Los patos flotan en el agua.

Jeff es mayor. Le tiemblan las manos cuando agarra las cosas. Tiene la voz cansada y el cuerpo algo retorcido. Lleva los pantalones por los sobacos.

Se me empañan los ojos. No soporto pensar en un hombre mayor llorando.

Jeff ha debido de oficiar miles de funerales. No entiendo por qué este le afecta tanto.

Le oigo sollozar a través de la pared.

¿Debería acercarme a consolarlo? ¿Pero y si la cago? Acabaría diciendo algo tipo: *No te preocupes, Jeff, la vida no tiene sentido. Para empezar, es extraño e inexplicable que existamos. Básicamente ya estamos muertos en la inmensidad del universo y la tristeza no tiene sentido, no es más que la forma que tienen nuestras carcasas de carne de reaccionar a los químicos del cuerpo*.

Otro sollozo.

Joder.

Llamo a la puerta.

Oigo un crujido y la voz de Jeff:

—¡Un segundo!

Se suena la nariz antes de abrir con una sonrisa.

—Hola, maja —saluda—. Pasa.

Tiene los ojos rojos con un velo gris. Por encima tiene las cejas hundidas y alrededor, bolsas, arrugas y manchas

de la edad.

—¿Qué necesitas, Gilda? —pregunta. Se peina con las manos los lacios mechones de pelo blanco que le quedan en la cabeza casi calva.

—¿Estás bien?

Presiona los labios y sonríe. La luz se le refleja en la humedad de los ojos.

—Estoy bien, muchas gracias, maja. Solo un poquito tristón.

No sé qué decir.

—¿Por el funeral? —pregunto.

Asiente.

—Sí, por el funeral. —Se aclara la garganta y se toca el anillo que lleva en el dedo—. También me ha hecho acordarme de mi amiga Grace. El de hoy ha sido el primer funeral desde el suyo. No he podido evitar pensar en su vida y en su muerte.

—¿Ya se sabe si la mató la enfermera aquella?

Justo al terminar de pronunciar la frase me doy cuenta de que podría haber sido un poco más considerada.

—¿Te lo ha contado Barney? —pregunta Jeff.

Abro la boca, la cierro y asiento.

—No han dicho nada aún —dice—. Pero me angustia bastante, sí. Por eso no estoy en mi mejor momento, si te soy sincero. Me preocupa mucho. —Me mira a la cara y sonríe—. Eres muy lista, ¿verdad, Gilda? Se te da bien percibir lo que les ocurre a los demás. Tienes talento. Es una suerte tener por aquí a una persona tan perspicaz y atenta.

No sé qué decir.

Empiezo a notar el inicio de un silencio muy incómodo.

—Se me ha ocurrido una cosa —suelto, para evitar que el silencio se expanda—. Podríamos hacer una página web de la iglesia.

—¿Una página web? —repite.

—Sí —digo, esperando su aprobación.

Él sonríe.

—¿Quieres hacer una página web de la iglesia?

Diseño una página web estática en HTML con una foto de la iglesia, su dirección y una frase que dice: «Ven a misa cualquier día de la semana», y me miran como si acabara de multiplicar los panes y los peces. Barney y Jeff se han vuelto locos y no pierden oportunidad de enseñarle la nueva página a todo el que entra por la puerta. La agente Parks ha vuelto esta mañana y Jeff le ha dicho:

—¡Gilda es un genio de la informática! ¡Lo ha hecho ella sola!

Y Barney añade:

—Y solo ha tardado un día, ¿a que es increíble?

Mi ego, alimentado por los halagos que todos los feligreses mayores me han dedicado por hacer una página web, me pide ahora que dé un pasito más. En un esfuerzo por contribuir a la modernización de la iglesia, y para calmar la culpa que siento por haber mentido a Jeff, he tomado la iniciativa de crear también un perfil de Twitter de la iglesia. De momento solo le he dado «me gusta» a dos tuits inapropiados desde la cuenta de la iglesia, sin darme cuenta de que no estaba en la mía. Los dos tuits inapropiados contenían culos de mujeres.

—Eres de gran ayuda aquí —me dice Jeff, dejándome una taza de café en la mesa.

—Gracias —contesto, inquieta por si mira la pantalla.

Es el cumpleaños de mi amiga Ingrid. Estoy en la puerta de su piso con una botella de vino y un pato amarillo de peluche.

Ingrid y yo somos amigas desde pequeñas. Todos los años nos regalamos un peluche por nuestro cumpleaños. No sé si se acordará o no de la tradición.

Abre la puerta. Lleva un pintalabios rojo intenso.

—¡Gilda! —Me abraza.

Huele a alcohol.

—¡Pasa! —Me conduce adentro.

Hay un grupito de gente sentada en el suelo, alrededor de la mesa.

No conozco a nadie.

—Hola —saludo.

Todos me miran.

—¿Qué es eso? —me pregunta un chico de bigote rizado, señalando el pato que llevo en la mano.

—Es un pato.

Cuando Ingrid cumplió ocho años, le regalé un panda de peluche. Lo llamó «Gil» en mi honor. Ese año, ella me regaló una tortuga marina. Yo la llamé «Ing» en su honor. Jugábamos a que Gil e Ing eran mejores amigas, como nosotras. Jugábamos a que eran las hermanas adoptadas y que luchaban contra los malos. Por alguna razón, los malos eran un muñeco de Bob Esponja y un oso desteñido llamado Doctor Memo.

Ingrid nació un año antes que yo. Repitió segundo y le hicieron bullying. A mí también me hicieron bullying, aunque por razones más complicadas. Supongo que no era la más sociable del lugar. Nos conocimos cuando yo tenía siete años, en un rincón del patio donde nos metíamos para evitar a los demás. Desde entonces, nos sentábamos juntas en clase. Teníamos un sentido del humor parecido, unos gustos de películas y series parecidos y nos unía el trauma del bullying. En el instituto organizamos los horarios para coincidir en clase. Fue mi pareja en todos los trabajos grupales desde los siete a los dieciocho años.

Cuando Ingrid cumplió diecisiete celebró una fiesta de pijamas. Me invitó a mí y a otras dos chicas llamadas Kylie y Fatima. Yo no las conocía muy bien.

Ese año le regalé un oso polar de peluche. Cuando abrió el paquete se puso a chillar de emoción.

Kylie y Fatima se rieron de mi regalo. Kylie le susurró algo al oído a Fatima. No pude oír lo que dijo, pero estoy segura de que nada bueno.

La ventana del cuarto de Ingrid estaba abierta y nos apiñamos alrededor para fumar cigarrillos de clavo y echar el humo fuera.

—¿Tienes novio? —me preguntó Kylie.

Hacía poco que me había puesto una pulsera arcoíris, y eso que no me gustaba vestir de colores, solo para evitar

tener que salir del armario con toda la gente con la que interactuaba.

Levanté la muñeca y le mostré la pulsera para comunicarle que era lesbiana.

—Dios mío, entonces no deberías estar en una fiesta de pijamas de chicas.

Antes de que pudiera procesar el insulto, Ingrid salió en mi defensa. Le aseguró a Ingrid que no era ninguna depredadora sexual y que se callara la boca.

—Pero vamos a ver, ¿no es como si se apuntara un chico a dormir? —dijo Kylie.

Me vine arriba y dije:

—Kylie, no me atraes lo más mínimo, así que no te preocupes.

El comentario debió de despertarle alguna inseguridad, porque cambió la actitud. Se pasó el resto de la noche hablándome, interesada en mí. Cuando las demás se quedaron dormidas, intentó liarse conmigo. Yo la rechacé.

Después extendió el rumor de que la acosaba. Un profesor llamó a mi casa para decirles a mis padres que me prohibía volver a dirigirle la palabra a Kylie. Cuando ni siquiera le había dicho nunca nada. Mi padre me dijo que me quitara la pulsera y que me estuviera quietecita. Ingrid dejó de ser amiga de Kylie, pero mucha gente se pensó que yo era una perturbada.

Me vibra el teléfono.

Leo un mensaje de Giuseppe. Dice: ¡Hola, Gilda! Es un poco precipitado, pero ¿estás libre hoy?

Miro la hora. Son las nueve de la noche. ¿Significará lo mismo una cita a las nueve de la noche para un católico hetero que para una lesbiana atea? Espero que no, porque, uno: este hombre me conoce como la secretaria de una iglesia católica, y sería un insulto para el personaje que estoy interpretando; y dos: preferiría arrancarme un brazo.

Si le digo otra vez que no puedo, va a empezar a sospechar.

Miro el piso de Ingrid. Le hago una foto a Ingrid desde lejos.

Le mando la foto, orgullosa de tener una coartada real, y debajo le pongo: No puedo, lo siento. Estoy en el cumpleaños de una amiga.

Tranquila. Felicítala de mi parte, contesta. ¿Pues el sábado que viene?

Tengo que trabajar, lo siento, contesto.

Pero te puedo ir a buscar a la salida, escribe.

Intento pensar en otra excusa y al final digo:

Vale, genial.

El sábado que viene tendré que fingir que me he roto la pierna o algo así.

—No me puedo creer que tenga veintiocho años —se lamenta Ingrid en el balcón—. Me siento como si tuviera quince, ¿tú no?

Asiento. *Hay que espabilar*.

—Te lo juro, si mañana me despertara en casa de mis padres, en mi antigua cama de noventa, y me dijeran que todo lo que ha ocurrido entre ese momento y ahora ha sido un sueño, y que me tengo que ir al instituto, me lo creería —dice—. Me lo creería totalmente.

—Y yo —contesto.

Si mañana me despertara y me dijeran que toda mi vida es una simulación, me lo creería.

—¿Crees que el resto de nuestra vida también pasará así de rápido? —pregunta.

Ingrid está borracha. Se ha puesto a bailar en la cocina con el pato de peluche que le he regalado.

Sus amigas hablan de gente que no conozco. Es difícil aportar algo a la conversación. Así que para matar el tiempo, bebo.

«Molly es anoréxica», dice una chica con el flequillo desfilado.

«Tommy se ha hecho una mierda de tatuaje.»

«¿Habéis visto la foto de perfil de Isla? Por poco le hago *unfollow*.»

He pensado en no venir. No me apetecía salir de casa. Ya casi no me llevo con Ingrid, y no me gusta estar con gente a la que no conozco.

Le doy un trago a la copa.

Miro a Ingrid dar vueltas por la cocina con el pato.

Doy otro trago y me doy cuenta de que ya no me queda más vino.

Ingrid y yo ya no somos tan amigas. Ya no es la misma persona. Se ha hecho adulta. Ya no la conozco; conocía a su versión adolescente. He venido a la fiesta porque me siento en deuda con la sombra de la niña que era. Pero es muy raro. Me pregunto cuánto tiempo tardan en renovarse las células del cuerpo. Me pregunto si soy, literalmente, la misma persona que era cuando era amiga de Ingrid.

Beber es una movida. Me estoy envenenando.

—¿Alguien quiere una copa de mi vino? —pregunto en voz alta cuando decido ventilar de una vez la botella que he traído.

La del flequillo me acerca su copa.

—Gracias. —Sonríe mientras le sirvo—. Perdona por estar hablando de gente que no conoces.

—No pasa nada.

Me enseña la pantalla del móvil, donde hay una foto de una chica con el pelo castaño y los ojos azules.

—Esta es la chica de la que hablamos. Tiene una pinta rara, ¿a que sí?

Me acerco a la pantalla.

—¿Tú qué crees? ¿Te parece que tiene pinta rara?

—Eh... —Examino la foto.

—Con sinceridad.

—Vale.

—Dime lo que opinas de verdad.

No sé qué decir.

Ella asiente, incitándome a que responda.

Responde.

—Creo que la apariencia física es lo de menos —suelto —. Solo somos esqueletos con piel.

La chica se me queda mirando.

Me va a dar algo.

Ella resopla y dice:

—No, en serio, ¿qué opinas?

Estoy en un bar con Ingrid y sus amigas, aunque no me apetece una mierda. Intento escapar del ambiente enfrascándome en el móvil. No hay mucha cobertura en el bar, así que me he puesto a leer las conversaciones recientes. Me acabo de dar cuenta de que Eleanor me ha escrito ocho veces y se me ha olvidado responder. Hay mucho ruido y la gente no para de darme codazos. Estoy borracha e incómoda.

Me abro paso entre la masa y levanto el teléfono por encima de la cabeza.

Hola, le escribo a Eleanor.

Error al enviar.

Hola, vuelvo a escribir.

Error al enviar.

Hola.

Hola.

Hola.

El mensaje se pone azul. Debajo salta un aviso: Leído a la 1:23. Una burbuja me indica que está escribiendo.

Llevas todo el día ignorándome.

En la espalda me salpica una bebida. Detrás tengo a un tío dando saltos, restregándose contra mí. Me invade el impulso primario de ponerme a gritar. A lo mejor si me vuelvo loca, asusto a todo el mundo. A lo mejor si me pongo a gritar, me dejarán el espacio vital que necesito para respirar el poco aire que sobre.

Estoy casi tan borracha como para hacerlo, pero me frena la educación que me han impuesto para mantener la compostura incluso mientras me hierve la sangre. Mantengo la calma.

Estoy en un bar, escribo a Eleanor, decidida a no hacer caso a su comentario. No quería ignorarla, así que si finjo que no ha ocurrido, será como si no hubiera pasado nada.

No contesta.

No quiero estar aquí, escribo.

No contesta.

¿Puedes venir a buscarme?

Eleanor me lleva a casa en coche. Me ha ayudado a

abrocharme el cinturón porque mi destreza no está en su mejor momento.

—Te has pasado con el vino —dice.

Siento como si mi cerebro fuera demasiado pequeño para mi cráneo. Como si estuviera chapoteando en medio de mi cabeza.

—¿Se lo ha pasado bien tu amiga? —me pregunta mientras ajusta la calefacción.

—Dice que siente que tiene quince años —le cuento.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Tú te lo has pasado bien?

Me da hipo.

—No.

Por la ventanilla veo montañas de nieve amontonada en las aceras. Pienso en lo calentita que estoy en este coche, y en el frío que hace fuera.

Me pongo a pensar en qué hará la gente sin techo en invierno. Pienso en cómo será dormir en la nieve. O tener sed y no tener agua potable. Empiezo a sentirme culpable por tener agua, una cama y un techo. Bajo la ventanilla. El frío me corta la cara.

—¿Por qué la bajas? —pregunta Eleanor—. Súbela. Hace un frío que pela.

—Perdona —le digo, y mientras busco el botón para subirla me doy cuenta de que estoy encerrada en mí misma como una imbécil. He decidido que no me merezco la comodidad y he arrastrado a Eleanor conmigo porque sí. No logro averiguar cómo se sube la ventanilla. Le estoy dando al botón de bloqueo todo el rato.

Eleanor utiliza el seguro infantil para subirla.

—Perdona —repito.

Ella resopla.

—Tranquila.

Jeff tira la taza de café en el fregadero con demasiada violencia. La taza estalla contra el resto de los platos sucios y el café salpica el suelo y la encimera. Se da la vuelta, sin saber que yo estoy detrás. Nos miramos y me quedo

paralizada, inquieta por haber presenciado el arrebato de ira de Jeff.

Enseguida gano el duelo de miradas cuando Jeff se rompe, se tapa la cara con las manos y se echa a llorar.

Solo he venido a la cocina a aliviar la resaca con el cuarto café del día. No estoy preparada para esto.

—¿Estás bien? —balbuceo, incapaz de ocultar lo alarmada que estoy por la intensidad de las emociones cambiantes de Jeff.

—Es por Grace —llora, todavía con la cabeza entre las manos—. Me acaba de llamar la agente Parks. El análisis de toxicología ha revelado que su muerte es sospechosa.

—Ay, Dios —respondo en voz baja.

Mierda. No debería haber pronunciado el nombre de Dios en vano.

—Lo siento —añado corriendo—. Por lo de Grace y por decir «Dios»...

—No me lo puedo creer. —Sigue llorando. Le tiemblan los hombros.

¿Debería abrazarlo?

—Tranquilo —digo, poniéndole la mano en el hombro tembloroso.

Me abraza con fuerza. El contacto inesperado hace que me dé un vuelco el corazón. Desde el techo miro cómo le doy palmaditas en la espalda a Jeff mientras llora en mi camisa.

¿Por qué iba alguien a asesinar a una anciana?

Contemplo el rostro de la enfermera asesina. Tengo abierta una noticia en el ordenador. Examino su foto. Tiene el pelo corto y castaño, y lleva gafas. Entre las cejas tiene alguna arruga de expresión y la piel morena y curtida.

Podría atropellarme un autobús al dar un paso en falso en un bordillo. Podría atragantarme con un trozo de pan. Quizá las arterias que me salen del corazón estén obstruidas. O a lo mejor tengo cáncer. Puede que a algún vecino se le queme una pizza en el horno y el fuego llegue hasta mí y me abrase mientras duermo. Podría picarme un mosquito y transmitirme la malaria. No sé distinguir entre

el aire normal y el monóxido de carbono. Podría caerme un rayo. Podría sufrir un aneurisma. Podría morirme de hambre. O a lo mejor un tornado me arranca de la silla y me lanza por los aires. Podría darme un infarto. Podría morir en un tsunami o en un terremoto. Podría coger la rabia. O ahogarme en el mar. O pillar la peste. A lo mejor se abre un agujero en la tierra y me traga. Podría pillar la fiebre tifoidea... O a lo mejor me asesina un psicópata. Me cuesta entender el hecho de que una persona pueda acabar deliberadamente con la vida de otra. Teniendo en cuenta la cantidad de formas de morir que ya me acechan, ¿también me tengo que preocupar de los psicópatas?

Me miro fijamente las manos. Estoy sentada en un banco, examinándome las arrugas de los nudillos y las venas que tengo por debajo de la piel. Pienso en que siempre he tenido estas manos. Nací con ellas. He cogido botellas, Legos, lápices de colores. Toda la comida que he comido. Todos los libros que he leído. Todo lo que he tocado ha sido con estas manos.

Nunca tendré otras manos que no sean estas.

—La paz del Señor esté con vosotros. —La voz de Jeff retumba por toda la iglesia.

—Y con tu espíritu —repito al unísono con la multitud.

—Démonos fraternalmente la paz.

Todas las personas que me rodean se dan la vuelta para extenderme sus manos arrugadas.

—La paz sea contigo —me dicen, mientras me estrechan la mano, que está fría y húmeda.

Miro las suyas fijamente. Tienen la piel arrugada, translúcida y llena de manchas. Pienso en que hace años esas manos eran manos de bebé. Pienso en cómo los bebés se agarran de los dedos de los adultos. Pienso en que todas estas personas debieron de haber tenido sus propios bebés hace años y los debieron de coger con esas mismas manos.

—Tengo que darle la mano a los demás también, cielo —me dice un señor mayor, intentando zafarse de mí.

—Disculpe —balbuceo. Lo suelto.

Pienso en las manos de los cadáveres. Pienso en

esqueletos. Me miro los huesos de las manos e intento contar cuántos hay. Al menos tres en cada dedo. ¿Los nudillos son huesos?

—El cuerpo de Cristo —anuncia Jeff desde el altar mientras levanta un cáliz y un pequeño recipiente de oro con lo que se supone que es el cuerpo del mismísimo Jesucristo.

Miro alrededor para ver si a alguien más le inquieta el tufillo caníbal del asunto.

La multitud murmura: «Amén» y me doy cuenta de que soy la única desconcertada.

Jeff se mete un trozo de Dios en la boca y mastica.

Espero que el perfume que me he puesto disimule que no me he duchado. Sinceramente, no me acuerdo de cuándo fue la última vez que me duché. Para hacerlo, tengo que envolver la escayola en una bolsa de plástico y sacar el brazo por fuera de la cortina. Me cuesta bastante encontrar la motivación para llevar a cabo semejante tarea.

Y para ser más sincera aún, antes de romperme el brazo apenas me duchaba. Lo único bueno de rompérmelo es que ahora tengo una excusa para justificar que sea una vaga asquerosa.

Todos se ponen de pie para hacer fila y llevarse a la boca su trocito del Señor.

Tengo náuseas y sed. En la parte de atrás de la iglesia hay una fuente de agua bendita. Fantaseo con darle un buen trago. Bautizar las paredes de mi estómago. Limpiar los pecados de mis tripas.

—¿Vas? —me pregunta el hombre sentado a mi lado.

—Perdón —digo mientras me salgo del banco. Extiendo las manos, imitando a los demás.

—El cuerpo de Cristo —me dice la señora que aguarda al inicio de la fila, sosteniendo una pieza redonda y blanca del cuerpo material de Dios.

Asiento, y me la coloca entre las manos.

Mordisqueo de mala gana el cuerpo insípido y plasticoso del Señor, mientras los ojos compungidos de Jesús me observan desde lo alto de la cruz.

—Siento mucho lo de Grace. —Una anciana consuela a Jeff.

Estamos en el sótano de la iglesia tomando té con tarta de limón.

—Gracias, Mabel. —Jeff le hace un gesto.

—¿Han condenado ya a la enfermera? —pregunta ella.

—Aún no —interviene Barney. Tiene la boca llena de tarta de limón—. El sistema está podrido. La enfermera ha confesado y la prueba toxicológica lo ha demostrado, pero por alguna razón la policía se niega a confirmar que Grace fue una de sus víctimas.

—Disculpad —dice Jeff, dejando el té y escabulléndose del grupo. Llega al otro extremo de la sala y se sienta al lado de un señor en silla de ruedas.

—¿Te has enterado de que también mató a Geraldine Axford? —le dice Barney a Mabel.

Mabel se atraganta con el té.

—¡Madre del amor hermoso! Si yo conocía a Geraldine.

—Lo siento mucho. —Barney mastica—. La han pillado gracias a las cámaras de seguridad.

—Dios mío. —Mabel se lleva la mano al pecho.

—Dicen que también a Alfred Wilkins. —Barney se lleva otro trozo de tarta de limón a la boca—. ¿Lo conocías? Se casó con una protestante.

—No. —Mabel niega con la cabeza—. Qué horror.

Barney le da un codazo.

—Sí, qué horror que se casara con una protestante.

Se ríen.

—Ja, ja. —Fuerzo una risa para encajar.

La montaña de platos sucios de mi cuarto desprende un olor agrio. Dentro del vaso de batido ha crecido un pequeño ecosistema de moho verde y esponjoso. Cuando tengo sed, bebo del grifo directamente para no tener que lavar ninguno de estos vasos. La estabilidad integral de la pila depende de los vasos. Si muevo uno, podría venirse todo abajo.

Eleanor me escribe.

¿Todo bien?

Leo su mensaje dos veces, confusa. ¿Por qué me lo

pregunta? ¿Ha habido un tiroteo al lado de mi casa o algo así? ¿Han dado aviso de tormenta?

Abro la aplicación de noticias para ver si ha pasado algo. El primer artículo va sobre una tortuga de doscientos años llamada Joan.

Estoy bien, contesto. ¿Por? ¿Tú estás bien?

Nada, es que estás muy callada.

Suspiro de alivio al saber que no hay ningún asteroide a punto de chocar contra la Tierra, ni un loco armado por la calle.

En lugar de responder a su comentario, le envío el artículo de la tortuga.

¿A que es una monada?

—Pues Sharon tiene Diógenes desde que Cliff la dejó —dice mi padre mientras corta un trozo de solomillo.

Sharon y Cliff eran una pareja que antes venía mucho a casa a jugar al Trivial con mis padres.

—Me han dicho que no puedes dar un paso en su casa sin chocarte con un periódico viejo, un táper o un cacharro roto.

Mi madre le abre un botellín de cerveza a mi padre.

—Gracias, cariño —dice él antes de continuar—. Pues al parecer también tiene problemas de control de la ira. Cliff me ha dicho que uno de sus nietos le preguntó si podía usar algún periódico del suelo para una manualidad y se puso como una hidra. No es capaz de desprenderse de la basura. —Resopla—. Esa mujer está loca de atar.

—¿Me das uno? —le pregunta Eli a mi madre, señalando el botellín de mi padre.

Voy por el tercer libro de la Biblia. Se llama Levítico. Vuelvo la página y leo:

Si alguien maldice a su padre o a su madre, será condenado a muerte.

Aquí se han pasado tres pueblos. ¿Se refiere a maldecir en el sentido de insultar con alguna palabrota, o maldecir en el sentido de contratar a una bruja para que pronuncie un conjuro solemne que invoque un poder sobrenatural para hacerles daño?

No puedo evitar fijarme en que la frase está en masculino. Me pregunto si esa norma se aplica a mí también. ¿Estoy sujeta a algún vacío legal femenino? Fuera quien fuera el autor de este libro, priorizaba tanto a los hombres que se olvidó de la otra mitad de la humanidad. Por lo que parece, yo puedo maldecir a mis padres sin ningún tipo de repercusión.

Si alguien se acuesta con otro hombre como quien se acuesta con una mujer, comete un acto abominable y los dos serán condenados a muerte.

Ostras. Gracias a Dios que este tampoco se aplica a las mujeres. Es un poco decepcionante que Dios sea tan homófobo que se olvide de las lesbianas, pero supongo que prefiero que me ignoren a que me condenen a muerte.

Bueno. No sé.

No os hagáis heridas en el cuerpo por causa de los muertos, ni tatuajes en la piel. Yo soy el SEÑOR.

Me tiro de la manga hasta la muñeca, donde tengo tatuado un pequeño signo de interrogación. Por fin, un pecado que me apela directamente.

No uséis ropa tejida con dos clases distintas de hilo.

¿Qué? ¿Por qué no?

No degradéis a vuestra hija haciendo de ella una prostituta.

Esta tiene buena intención, al menos. El uso de la palabra «degradar» es un poco despectivo porque no creo que el trabajo sexual sea necesariamente degradante; sin embargo, estoy de acuerdo con que ningún padre o madre debe obligar a su hija a ejercer la prostitución.

No mintáis. No engañéis a vuestro prójimo.

—Ups —suelto en voz alta. Esto sí que me apela.

—¿Ups qué? —dice Jeff.

Levanto la vista. No me había dado cuenta de que estaba ahí.

—Eh, nada.

—¿Qué lees?

—El Levítico. —Levanto la Biblia.

—¡Anda, el Levítico! —Sonríe—. ¿Algo interesante por

ahí?

—Aún no —admito sin querer.

Barney asoma la cabeza por la puerta.

—Ha venido un muchacho a buscarte —me dice.

—¿Qué?

Detrás de Barney entra un hombre bajito con el pelo oscuro.

—¿Gilda? —pregunta.

—¿Qué?

—Soy Giuseppe. —Me extiende la mano.

Ay, Dios. Me había olvidado de Giuseppe. Le estrecho la mano. Lleva el pelo lleno de gomina y una camisa demasiado ceñida. A través de la tela color salmón se le notan los bíceps tensos. En las axilas tiene cercos de sudor.

—¿Lista para el sushi? —dice con una sonrisa.

Estoy en el coche de Giuseppe con las manos en el regazo.

Tiene la radio puesta. Suena dance electrónico. Ha combinado colonia, champú perfumado, gel de ducha, ambientador, desodorante y *aftershave* hasta crear un cóctel nauseabundo. Me grita por encima de la música que lleva todo el día sin comer nada a excepción de un batido de proteínas. Antes ha ido al gimnasio. Estaba hasta arriba, pero ha podido «escaparse al *gym*». Me dice que ha tenido unas cuantas reuniones con clientes. A voces, me cuenta que tiene veintinueve años y es géminis y *coach* motivacional.

—Vamos a ver, si de verdad deseas algo y vas a por ello, sin limitarte, el universo conspirará para que se haga realidad —dice Giuseppe después de comerse más de la mitad del salmón picante crujiente que hemos pedido—. Como siempre les digo a mis clientes, lo único que te impide vivir la vida que quieres eres tú mismo.

Le doy un sorbo a mi vaso de agua y miro alrededor. Imagino que Eleanor entra al restaurante. Imagino que me pilla en una cita con este tío.

Me encojo en la silla.

—Si quieres escribir un libro, o ganar un millón de dólares, o cumplir cualquier meta que tengas, lo único que

tienes que hacer es visualizar que ya lo has hecho, y entonces se hará realidad. Así es como funciona la energía.

Le doy otro sorbo al agua.

En mi primera cita con Eleanor, fuimos al Museo de Historia Natural. Los jueves era gratis. Había huesos de dinosaurios. Me fliparon bastante. No callé ni debajo del agua. Al final de la cita me di cuenta de que había monopolizado la conversación, y que me había comportado como una imbécil. La ansiedad me puso extremadamente habladora. Tenía miedo de que hubiera algún silencio incómodo. También me preocupaba que sacara algún tema del que ya hubiéramos hablado por mensaje antes de conocernos en persona. Llevábamos días escribiéndonos. Antes de conocerla, ya le había contado cosas que no solía decir en voz alta, como historias de mi familia y lo rara que me sentía últimamente. Al final de la cita me cohibí y me callé.

Estábamos delante de los huesos de un megalosaurio. Yo estaba dándole vueltas a que me había saboteado a mí misma y que seguro que Eleanor no querría volver a hablarme nunca.

—Qué raro es conocer en persona a alguien a quien ya conoces tanto, ¿no? —dijo.

—Perdona por hablar tanto —contesté—. Estoy nerviosa.

Me dijo que no pasaba nada, y que ya lo había notado.

Le pregunté si era la peor cita que había tenido en su vida y me dijo que no.

Luego me contó alguna que otra anécdota de citas horrorosas que sí había tenido. Una vez le robaron. Y otra vez, la chica la llevó a ver osos a un vertedero.

Le dije que la segunda opción no me parecía tan mala, así que me llevó al vertedero. Miramos a los osos hurgando en la basura. Me cogió de la mano.

—Por ejemplo, mírame a mí —prosigue Giuseppe—. Dirijo una empresa de éxito, y todo porque no me limito. Solo tienes que comportarte como la persona que quieres ser, y entonces te convertirás en esa persona. Así de simple.

—¿Y si te comportas como alguien que no quieres ser? —pregunto.

Hace una pausa.

—¿Qué?

—Si te comportas como alguien que no quieres ser, ¿también te conviertes en ese alguien?

Arruga el gesto.

—¿Y qué sentido tiene eso?

—Me lo he pasado genial contigo —me dice Giuseppe mientras para el coche delante de mi casa.

—Y yo —miento.

—Deberíamos repetirlo —propone.

No contesto. Miro al infinito por la ventana.

Me pregunto si Eleanor querrá venir ahora.

Noto que Giuseppe me está mirando fijamente. Empiezo a notar que se inclina. Finjo un ataque de tos.

—Perdón —digo, carraspeando con toda la fuerza que puedo.

—¿Estás bien? —pregunta, dándome golpecitos en la espalda.

Me dan arcadas.

—¡Estoy bien! Lo siento. Necesito un vaso de agua.

Salgo del coche sin dejar de toser.

—¡Hasta luego! —le grito mientras me tapo la boca con la mano hasta que escapo de su campo de visión.

Busco en Google el nombre de Giuseppe y echo un vistazo a los resultados. Hago clic, esperando encontrar antecedentes penales, una orden de arresto o alguna prueba que me dé una razón para no volver a quedar con él nunca más.

No encuentro nada legalmente incriminatorio; pero sí que descubro su canal de YouTube. Miro los títulos de sus vlogs, con la esperanza de descubrir algún motivo irrefutable por el que yo, como perfecta soltera católica, lo rechazaría.

«Conviértete en tu mejor versión.»

«El secreto de la vida.»

«Cómo ser un triunfador.»

Pincho en los vídeos y escucho fragmentos de Giuseppe

predicando cosas como: «Las personas que han conseguido lo que tú quieres no tienen nada que tú no tengas. Tan solo creen en sí mismos».

Hago una pausa. Eso no es verdad. ¿Y si un parapléjico quiere ser gimnasta?

«¡Sé auténtico y todos se sentirán atraídos por ti!»

Hago otra pausa. ¿Y qué pasa si mi yo auténtico es desagradable y hace sentir incómoda a la gente? ¿Y si soy una psicópata?

«¡Todos somos capaces de convertirnos en lo que queremos ser! ¡Ya tienes todas las herramientas que necesitas para hacer lo que tú quieras!»

¿Y qué pasa con los pobres? ¿O la gente que sufre discriminación? ¿Y los que no son cognitivamente capaces de hacer lo que quieren? ¿Y las mujeres que quieren ser curas, o los hombres que quieren ser monjas?

«¡Tu vida tiene un propósito!»

«¡Tú existes por un motivo!»

«¡Tú importas!»

Frunzo el ceño.

Coloco con cuidado una botella de agua en lo alto de la pila de platos al lado de la cama y me pregunto si a las mujeres heteros les parecerán atractivos los hombres perjudiciales para el razonamiento lógico. Me paro a pensar un momento en si podría rechazarlo alegando que es perturbador e irracional.

En primaria me negué a ser la novia de Paul Nguyen con la excusa de que tenía una forma muy rara de usar el tenedor, como si fuera una pala. Me dijeron que esa no era una razón de peso para no salir con alguien tan guay como Paul Nguyen. Rápidamente se extendió el rumor de que era lesbiana.

Me acaban de escribir a la vez Giuseppe y Eleanor.

Abro el mensaje de Eleanor.

¿Quieres ver una peli?

Por favor, sí, contesto.

Giuseppe vuelve a escribir. Leo sus mensajes a regañadientes.

El primero dice: Hola, Gilda.

El segundo dice: ¿Qué tal?

Echo un ojo a la conversación y sobrevuelo el botón de «Eliminar». Dudo. Si le hago *ghosting*, se lo dirá a su cuñada y ella se lo contará a todo el mundo. Y se preguntarán por qué. Les parecerá sospechoso.

Me debato un momento.

Pienso en lo mal que me sentaría que Eleanor saliera en secreto con Giuseppe.

Me da un escalofrío.

Aunque no estoy saliendo con él de verdad, me digo. *Solo es un paripé. Estoy actuando*.

A lo mejor, en lugar de ignorarlo, debería aburrirlo. Puede que así pierda interés.

Escribo: Vale.

¡Genial!, contesta con una carita sonriente. Acabo de comer con mi amigo Brandon. Ahora estoy en el currele. ¿Hoy trabajas?

Contesto: Sí.

Él responde con otra carita sonriente.

Estoy viendo una peli con Eleanor. Es una comedia de dos mujeres que tienen un negocio de máquinas expendedoras. Intento prestar atención al argumento, pero me distrae la risa de Eleanor. Cada vez que algo le hace gracia, suelta una especie de graznido. Parece un pato.

Estoy embelesada viendo cómo disfruta de la película. Se piensa que me río por algún chiste, pero no, me río porque me tiene loca. Me quedo embobada con su sonrisa blanda y sus graznidos. Me parece tan adorable que me cuesta respirar. Se me nubla la vista, se me saltan las lágrimas y no puedo ni hablar.

—Sabes que puedes comprar otro en cualquier sitio, ¿no? —dice Eleanor, señalando mi mando a distancia aplastado —. Valen como cinco dólares —explica—. ¿Por qué no te compras uno nuevo?

He metido todos los platos sucios en el armario para que Eleanor no los vea. Pero no se me ha ocurrido esconder las cosas rotas.

Me suena el teléfono.

—Ya, debería —respondo mientras me saco el teléfono del bolsillo.

Es Giuseppe.

—¿Quién es? —pregunta Eleanor.

—Nadie. —Rechazo la llamada.

Eleanor ronca. La primera vez que se quedó a dormir, me avisó antes de meterse en la cama. Dijo: «¿Estás segura de que quieres que me quede? Ronco un montón. Vas a arrepentirte de haberme invitado».

Me dijo que en el instituto nunca iba a fiestas de pijamas porque roncaba. Siempre le había hecho sentir insegura.

Pensé que *quizá* me molestaría, pero mentí y le dije que no para que no se sintiera mal. Le dije: «Yo me duermo de cualquier manera», aunque la verdad era que siempre me costaba conciliar el sueño.

A Eleanor no le cuesta nada dormirse. Nada más rozar la almohada, su cerebro se puso solo en modo avión.

Estamos tumbadas cara a cara. Yo estaba de espaldas, pero me ha empezado a doler la cadera y me he dado la vuelta.

Me ha pedido un vaso de agua antes de irnos a la cama. Teniendo en cuenta que tengo todos los vasos escondidos en el armario, me he quedado paralizada. Al final he enjuagado una botella de Gatorade vieja y la he llenado de agua del grifo. Se la he dado y me ha dicho: «¿No tienes vasos?». He intentado explicarle que yo prefiero beber agua en botellas de Gatorade y que he pensado que quizás ella también. Ha tenido la amabilidad de no insistir, pero ahora me siento como el culo.

La luz que entra por la ventana tiñe todo mi cuarto de azul. Miro la cara azul de Eleanor mientras duerme. Me fijo en que tiene una cicatriz en la barbilla y unas líneas de expresión muy débiles alrededor de los ojos. La miro hasta que me doy cuenta de que igual no debería mirarla fijamente mientras duerme. Igual es raro.

Ronca muy fuerte.

Rrrrrr.

Me pesan los párpados.

Rrrrrr.

Cierro los ojos.

Rrrrrr.

La presencia de Eleanor me calma de una manera extraña. El calor de su cuerpo calienta la cama. Su respiración y sus ronquidos me adormecen.

Rrrrrr.

Mi propia respiración se hace cada vez más profunda. Me pesa todo el cuerpo.

Rrrrrr.

Me duermo.

—¿Cuál es tu animal espiritual? —me pregunta Giuseppe por teléfono.

Estoy sentada en la cocina de la iglesia. Es la hora de comer. Me estoy tomando los restos de unos sándwiches de ensaladilla que sobraron de un funeral. No están buenos. Puede incluso que se hayan puesto malos.

—¿Mi qué? —respondo.

No deja de llamarme. Hoy he ignorado sus llamadas tres veces, pero él, dale que te pego.

—Tu animal espiritual —repite.

—No sé qué es eso.

—Es un tótem que representa los rasgos y habilidades con los que te alineas y de los que debes aprender —explica —. Es un componente de la creencia neochamánica de que hay un espíritu que nos guía, nos ayuda y nos protege.

—Ah. Pues ni idea. ¿El tuyo cuál es?

—El león —contesta inmediatamente.

—¿El león? —repito.

—¿También te lo parece, a que sí? El león representa valor, liderazgo y fuerza para afrontar las dificultades.

—¿Y qué dificultades has tenido que afrontar?

—Pues la creación de mi negocio, por ejemplo. Es muy difícil ser emprendedor. ¿Qué animal crees que puede ser tu guía espiritual? —insiste.

Intento pensar en el animal que a Giuseppe le pueda

gustar menos.

—A lo mejor el cerdo —respondo.

—Mmm, interesante. El jabalí. Representa abundancia y fertilidad.

Le mando a Ingrid una foto de Giuseppe y escribo: ¿Qué te parece este tío?

Ingrid es muy hetero. Quiero que me confirme que Giuseppe es un espanto.

Está «escribiendo».

Es mono, contesta.

Mierda.

—Tengo que decirte una cosa —suelta Eleanor.

La miro. Se me acelera el pulso. ¿Qué?

Me mira a la cara e intento anticiparme a lo que va a decir.

A lo mejor quiere romper.

A lo mejor me ha visto con Giuseppe.

—Ya vi esta peli la semana pasada. —Señala la tele—. Pensé que te gustaría y por eso quería verla otra vez contigo.

—Ah. —Recupero el aliento.

—Perdón por mentirte y decirte que no la había visto —añade mientras nos arropa con la manta.

—No pasa nada.

Cada vez que la película me hace reír, me doy cuenta de que Eleanor me sonríe. Intento contener la risa para que no me mire, pero es que la peli tiene bastante gracia.

En una escena aparece una mujer potando. A continuación llega su amiga y limpia el vómito.

Eleanor hace un ruido de asco.

—¡Yo no sería capaz de limpiar el vómito de otra persona! Ni de coña.

—Ni yo —respondo—. No tengo estómago.

—Bueno, a lo mejor lo haría si la quiero mucho. Pero mucho —añade.

Asiento.

Limpio el vómito de Eli.

He venido a casa de mis padres a ayudar a mi madre a

hacer galletas. He abierto la puerta, he aspirado el aire para ver si mi madre ya había empezado a hornear y he percibido instantáneamente que alguien había vomitado. Por poco vomito yo también. He seguido el rastro del olor hasta que he descubierto a Eli acurrucado en una sábana en el suelo del baño, en medio de un charco de su propio vómito.

Mi madre aún no ha vuelto a casa, y Eli sigue con arcadas.

—¿Y esta resaca a qué viene? —le pregunto, con la voz amortiguada por la toalla que he cogido para taparme la boca.

—No te lo vas a creer, pero creo que puede que anoche bebiera demasiado —bromea.

Resoplo.

—Eres idiota.

Eli se recupera en el salón viendo *Cuento de Navidad*, con una taza de té entre las manos.

—Creo que Eli ha comido algo en mal estado —murmura mi madre mientras remueve la masa en un bol grande.

Aprieto los labios, dejando que su comentario flote por la cocina durante un momento.

Miro a Eli para comprobar que está medio dormido y susurro:

—Yo diría que tiene problemas psicológicos. Creo que debería ir a ver a un profesional...

Mi madre sacude la mano en el aire, como si quisiera espantar esa idea de la cocina.

—¿Sabes que tu padre no para de hacer horas extra últimamente? —dice para cambiar de tema—. Su sueldo del mes que viene va a ser el doble de lo normal.

Coge un tenedor y pincha las pequeñas bolas de masa marrón.

—Es adicto al trabajo, tu padre —musita—. Lleva toda la semana saliendo de trabajar a las tantas. Cuando me casé con él, quería que heredarais su ética de trabajo. Que tuvierais mi pelo, pero su ética de trabajo...

Yo no había heredado su pelo.

—Pues he trabajado todos los días este mes —anuncio.

—¿Ah sí? ¿De verdad? —Se limpia las manos en el delantal—. ¡No sabía que tuvieras trabajo! ¿Dónde?

Dudo antes de contestar. No puedo contarle que trabajo en una iglesia. Me haría un interrogatorio.

—En una oficina. —Es una verdad a medias.

—¡Anda! —Sonríe—. ¡Qué bien! ¿Qué tipo de oficina?

Miro la cocina.

Oigo la voz de Bob Cratchit a lo lejos.

—Una oficina de contabilidad —miento.

Me tumbo en el suelo de la cocina, con el teléfono apoyado en la oreja.

Giuseppe habla sin parar de sí mismo.

Su perro se llama Ernie.

Su padre tiene un restaurante.

Tiene tres hermanos.

—¿Eres introvertida o extrovertida? —me pregunta.

—Introvertida —respondo sin pensar.

—Yo, extrovertido —dice, como si no me hubiera dado cuenta—. ¿Cuál es tu mayor miedo?

—No sé, morirme.

—A mí me da miedo no vivir la vida al máximo —replica, haciendo que mi respuesta parezca poco original—. ¿Creciste en una familia rica o pobre?

—De clase media, supongo.

—Yo también. ¿Crees en el destino?

—No.

—Yo sí. ¿Y en la suerte? —añade.

—Sí.

—Yo también.

Hoy se casa una pareja muy alta. La iglesia está hasta arriba de rosas rosas. Todos los invitados llevan algo de color pastel; tacones pastel, corbatas pastel. Yo no he recibido la circular, así que voy de gris. Parezco una nube de tormenta en un campo lleno de florecillas.

No tengo claro cuál es mi labor de hoy, pero me han pedido que me quede en la entrada de la iglesia y, por

tanto, sospecho cuál podría ser mi papel: la gárgola.

Me apoyo en una columna de piedra y observo a los novios a través de la puerta abierta. Están a punto de pronunciar los votos. En el altar de la iglesia hay unos micrófonos, para que cuando la novia abra la boca buzón, su voz resuene por todo el edificio como si estuviera narrando el tráiler de una película.

Su voz estruendosa nos dice que ese hombre que clarea en la coronilla es su mejor amigo. Todo el mundo se echa a llorar. Brama que nada la hace más feliz que sentarse con él en el sofá raído de su casa. La multitud se enternece. Ella sigue gritando que le gustaría convertirse en una viejecita de pelo blanco al lado de él, mientras él también se convierte en un viejecito de pelo blanco al lado de ella.

Miro su vestido y luego me fijo en la cantidad de flores que hay en la iglesia. Pienso en la cantidad de dinero que esta gente ha invertido en vociferarse el uno al otro.

—¿Cuál es tu comida favorita? —me pregunta Giuseppe por teléfono.

—La pizza —contesto, aburrida—. ¿Y la tuya?

—El kale —responde *ipso facto*.

—¿El kale? —repito, incrédula.

—Sep. El kale es un superalimento. No me canso nunca. No me digas que no te gusta el kale.

—No me gusta el kale.

Se ríe.

—Tu cuerpo es un templo, Gilda. La nutrición y la desintoxicación regular es lo que a mí me ayudó a sacar mi cuerpo de la zona roja y desencadenó un cambio enorme en mi salud y mi bienestar. Tienes que alimentarte bien. Lo que comes afecta a todo. Afecta a tu nivel energético, a tu humor, a tus hormonas, a tu aura. Es muy importante.

—Está bien saberlo.

Un trozo de pepperoni a medio digerir se estampa en la taza del váter mientras me meto los dedos corazón e índice hasta el fondo de la garganta. Me he comido yo sola dos pizzas familiares y ahora me siento tan mal que he decidido que la única opción que me queda es provocarme el vómito.

¿Cuál es tu comida favorita?, le pregunto a Eleanor.

Los gofres, contesta. ¿Por? ¿Y la tuya?

—Encontrar tu pasión no solo tiene que ver con el dinero o el trabajo. Es más bien encontrarte a ti misma —me explica Giuseppe en otra llamada—. La gente que realmente sabe quién es, es la que triunfa. Yo soy un estratega de la realidad hecho a sí mismo, y prefiero ser yo que, por ejemplo, un político de éxito. ¿Tú sabes quién eres, Gilda?

Un gato me mira a través de la ventana. Está sentado en el respaldo de un sofá con tapizado de flores. Voy de camino a la iglesia. Me he parado un momento para verlo mejor.

Es un gato precioso. Tiene los ojos verdes y del labio superior le sobresalen las puntas de los dientecitos. Tiene un poco de sobrepeso, pero buen aspecto.

Es raro pensar en lo pequeña que soy, y luego pensar en que los gatos son aún más pequeños. En la inmensidad del universo, yo importo exactamente lo mismo que este gato. Y lo que es peor, todo el mundo importa exactamente lo mismo que este gato. Y aún diría más, creo que este gato debería importar. Creo que este gato debería considerarse alguien muy importante.

Me intenta dar un zarpazo a través del cristal. Le miro las almohadillas de las patitas. Los pelitos que envuelven sus dedos rosados.

Me miro las palmas de las manos.

—¿Qué querías ser de mayor?

Estoy dentro de la bañera, aunque sin agua.

—¿Te refieres a qué quería ser cuando era pequeña?

—Sí —dice Giuseppe—. ¿Siempre has querido trabajar en la iglesia?

—No. Quería ser veterinaria.

—¿Cuál era tu asignatura favorita en el colegio?

—Física —respondo sin más. Me gustaba aprender cosas como por qué el cielo es azul o cuánto pesaría en Marte.

—A mí me gustaba Teatro —prosigue—. ¿Prefieres el invierno o el verano?

—Me da igual.

—A mí me encanta el verano, la verdad. ¿Qué es lo que te hace levantarte por las mañanas?

—Eh... —balbuceo. ¿Qué clase de pregunta es esa? Me cuesta responder—. Pues... —empiezo—. No sé... A ver...

Se ríe.

—Lo siento, Gilda. Sé que es un poco tarde. Igual deberíamos colgar ya.

Mi familia tiene un vídeo casero donde salimos Eli y yo hablando de qué queremos ser de mayores. Yo tengo ocho años y voy toda de morado. Pantalones morados, camiseta morada y calcetines morados.

Respondo con confianza:

—Médica de animales.

Eli responde:

—La abuela.

Mis padres se parten con la ocurrencia de Eli. En el vídeo solo se oye su risa histérica.

Mi padre le dice a mi madre:

—¡Hay que decírselo a tu madre!

—¡Cómo quiere a su abuelita! —se ríe ella.

El vídeo salta a otra escena mía con Eli. Somos un poco más mayores y estamos en el jardín, con los aspersores encendidos. No sabemos que nuestros padres nos están mirando, ni que nos están grabando. Llevamos bañadores y gafas de sol de plástico. Eli tiene una mano en la cadera, y con la otra se está bebiendo un zumo de tetrabrik.

Yo doy brincos entre los chorros de los aspersores. Sobre la hierba se ha formado un arcoíris. Hago una voltereta por encima.

—¿Por qué hay un arcoíris? —pregunta Eli. Cecea un poco.

Yo debo de haber estudiado los arcoíris en el colegio, porque contesto de carrerilla:

—Cuando la luz del sol atraviesa algo como el agua —explico—, va más lenta. Si pasa de lado, se curva, y entonces se forma un arcoíris.

Eli ha dejado de escucharme. Coge una piedra.

—La luz del sol —prosigo la lección a pesar de haber

perdido a mi alumno— parece que no tiene color, pero en realidad tiene todos los colores. El blanco es una mezcla de todos los colores. Por eso la luz del sol se convierte en arcoíris. La luz contiene todos los colores. Se refracta.

Es medianoche y estoy en misa. Es una costumbre peculiar de los católicos en Nochebuena. Incluso los ancianos renuncian al sueño para ir. La iglesia está en penumbra y todo el mundo lleva una vela. Huele a incienso y el coro canta «Noche de paz».

—¿Dónde te vas a sentar? —Alguien me toca en el hombro. Es Giuseppe.

Me doy la vuelta y lo miro. Está de pie, agarrado del brazo de una mujer bajita de mediana edad.

—Hola —le saludo, desconcertada al verlo ahí.

—Nos encantaría que te sentaras con nosotros —dice con una sonrisa—. ¿Vienes ahora?

La mujer me dedica una amplia sonrisa.

Asiento.

—Vale. Sí, claro. Ahora voy.

Se vuelve hacia la mujer.

—Mamá, esta es Gilda, la chica de la que te he hablado.

A ella se le agranda la sonrisa aún más.

—Un placer conocerte, cielo —dice, extendiéndome la mano.

—Hola —susurro.

—Eres tan mona como me habían dicho. —Está exultante.

El coro deja de cantar.

—Vamos a sentarnos —dice Giuseppe, siguiendo a su madre. Antes de irse, se inclina y me da un beso en la mejilla. Entonces, con la voz tibia y húmeda susurra: «Feliz Navidad, Gilda» justo en mi oreja, y me entra un escalofrío por todo el cuerpo.

—Por todos aquellos que nos han sido arrebatados en la muerte —brama Jeff desde el púlpito—. Especialmente por aquellos que han muerto desde la última Navidad, entre ellos Jim Andrew, Gloria Faith y Grace Moppet. Que la paz

del Señor esté con ellos siempre.

—Señor, escucha nuestras plegarias.

Es Navidad. La casa huele a pájaro muerto y a salsa de carne.

—A ver si te cortas el pelo —le suelta mi padre a Eli.

Eli tiene el pelo largo.

—No —intervengo—. Le queda bien así.

Eli está borracho. No para de echarse ron de especias en una taza con forma de cabeza de Papá Noel.

Mis padres no se han dado cuenta. Mi madre canturrea «Dulce Navidad». Mi padre le da tragos a su copa, no sé de qué.

—No cojas el coche. —Tiro del brazo a Eli mientras intenta ponerse los zapatos. Entre los dientes le cuelgan las llaves del coche.

—Estoy bien para conducir —se defiende—. Voy a casa de un colega.

Mis padres están en el salón viendo *Qué bello es vivir*.

Aprieto los labios. Tiene otra cara cuando va borracho. Está hinchado y sonrojado.

—No, ni de coña. —Le doy otro tirón.

Él se aparta y sale a trompicones por la puerta principal hacia el coche. Le sigo.

—¡Para, Eli! —grito mientras se mete en el asiento del conductor y arranca.

Corro detrás del coche, pero se va.

Me quedo mirando la entrada vacía durante unos segundos. No llevo abrigo ni zapatos, y está nevando. Las huellas del coche de Eli se llenan enseguida de nieve fresca.

Me cruzo de brazos y me quedo ahí. En mi mente aparece un pensamiento intrusivo de Eli cayéndose por un puente. Imagino su coche precipitándose por el borde y hundiéndose en el agua oscura. Me lo imagino intentando bajar la ventanilla, atrapado en el cinturón de seguridad, ahogándose. Pienso en su pecho inmóvil.

—¿Has visto mi cartera? —pregunta mi madre.

Echo un vistazo a la habitación.

—No.

—¿Para qué quieres la cartera? —pregunta mi padre—. Es Navidad. Está todo cerrado.

—Para saber dónde está —responde ella, agotada.

Después de diez minutos revolviendo toda la casa, me vuelve a preguntar:

—¿No me habrás cogido la cartera, Gilda?

—¿Qué? —le digo, flipando por la acusación.

—No te estoy acusando de nada —recula—. Solo por comprobar.

Hago una pausa y digo:

—¿Qué coño estás diciendo?

—¡Oye! —grita mi padre desde el salón.

—¿Crees que te he robado la cartera?

—¡No he dicho eso!

—Mamá, si tuviera que acusar a alguien de haberte cogido la cartera, sería a Eli. Ahora mismo está borracho. Acaba de irse con el coche y ninguno de los dos habéis dicho ni mu. Y por cierto, creo que también ha robado dinero de mi cartera. El otro día me quedé colgada en una cafetería sin un duro, probablemente porque me lo quitó él. Tu hijo se está convirtiendo en un mierda.

—¡No digas eso! —Mi madre sacude la cabeza, descolocada al darse de bruces con la realidad.

—Tiene un problema —continúo—. ¿Podemos admitir de una vez que Eli tiene un problema con el alcohol?

—¡Es Navidad! —grita mi padre, quitándole importancia.

—Y tampoco encuentro los analgésicos —señalo—. Tengo el puto brazo roto y no tengo analgésicos. Creo que también se los ha llevado él.

—¡Gilda, ya está bien! ¡Es Navidad! —repite mi padre.

—Sí, feliz Navidad, papá; creo que tu hijo es alcohólico. Debería ir a Alcohólicos Anónimos. No es capaz de mantener ni un trabajo. Ha dejado los estudios. Necesita ayuda. Necesita terapia. Necesita atención psiquiátrica...

—*¿Terapia?* —repite mi padre, como si hubiera pronunciado la peor blasfemia posible—. No necesita terapia. ¡Mi hijo no es un desequilibrado!

—Necesita ir a terapia —repito con especial énfasis.

—¡Fuera de aquí! —grita mi madre.

—¿Fuera? ¿Me echas porque Eli es alcohólico?

—¡Cállate, Gilda! —Mi madre sacude la cabeza—. ¡Te estás pasando!

—¿Que yo me estoy pasando? ¡Me acabas de acusar de robarte la cartera! La persona que te la ha robado probablemente está ahora mismo conduciendo por la carretera en sentido contrario, mamá. ¡Totalmente ciego! ¿Y soy yo la que se está pasando? ¿Qué pasa si se mata?

—¿¡Ciego!? —exclama mi padre—. ¿Por qué dices eso para describir...?

—¡No entiendo por qué lo único que te interesa es mi elección de vocabulario! Aunque a lo mejor eso es parte del problema, que no os fijáis en lo que hay que fijarse.

—¿Qué coño quieres decir? —ruge mi padre.

—No es el momento de hablar de esto —interviene mi madre.

—Vale, ¿os parece que dejemos la conversación para cuando esté Eli, entonces? ¿O mejor esperamos a su funeral?

—¡Fuera! —grita mi madre.

Tercera parte
Tiempo ordinario

—Me he peleado con mis padres —admito a través de la celosía que nos separa en el confesionario.

Jeff me ha pedido que me confiese. Consiste en sentarse en un armario con un sacerdote y reconocer todo lo que has hecho mal. He tenido que meterme detrás de una cortina roja. La cabina está llena de adornos. El exterior está cubierto de estrellitas y cruces talladas. Está tan oscuro que no veo si dentro también hay. Paso la mano por la madera para comprobarlo.

No me he sentido especialmente obligada a compartir mis depravaciones con mi jefe; pero me he dado cuenta de que Jeff quería que lo hiciera, y rechazarlo habría sido una grosería. Además, me siento muy culpable por haber discutido con mis padres por Eli, así que he pensado que podría probar el confesionario como un alivio a mi culpa.

De momento no ayuda.

Evidentemente, he decidido omitir muchos pecados. Para poder mantener mi estatus de católica y de empleada de esta iglesia, no he confesado, por ejemplo, que soy lesbiana, atea, vaga, mentirosa y tragaldabas.

—También me he peleado con mi hermano.

Estamos sentados en silencio mientras intento pensar en algún otro pecado que se pueda confesar.

—He comido cerdo. ¿Eso es pecado?

—No —aclara Jeff—. Para nosotros, no.

Jeff me ha dicho que mi penitencia es rezar cinco avemarías, tres padrenuestros y llamar a mis padres. No me sé ninguna de esas oraciones, y no he llamado a mis padres. Normalmente, cuando nos peleamos en mi familia, nos distanciamos hasta que el conflicto se disuelve en un recuerdo que podemos fingir que no existe. Pero aún es demasiado pronto. Quiero llamar para saber si Eli está bien, pero me da miedo. No paro de sacar el teléfono para llamarlos, pero lo guardo enseguida.

Yo tenía cuatro años cuando nació Eli. No sabíamos si sería niño o niña. Yo quería que fuera una niña. Me parecía que los niños y las niñas estaban en bandos opuestos, y si era niño significaría que tendría que poner series de niños en la

tele. Me daban escalofríos de solo pensarlo cada vez que ponían *Las Tortugas Ninja* o *Dragon Ball*.

Recuerdo cuando mi padre fue a recogerme al colegio y me llevó al hospital el día que nació Eli. Me acuerdo de su carita arrugada aplastada junto a la axila de mi madre, y recuerdo preguntar:

—¿Es niño o niña?

Y mi madre contestó:

—Es un niño y se llama Elijah.

Eli nunca quiso ver series de niños. Le gustaban los mismos dibujos que a mí.

Eli lleva desde Navidad sin responderme a los mensajes.

Por favor, dime algo, vuelvo a escribirle.

Por favor, dime algo.

Por favor, dime algo.

Por favor, dime algo.

—¿Te llevas bien con tu hermano? —le pregunto a Eleanor.

Estamos tumbadas en su cama.

Eleanor también tiene un hermano. Es mayor que ella. Me contó que vive a dos horas y que es bibliotecario.

—Sí. Nos llevamos guay —responde—. ¿Y tú con Eli?

—Más o menos —digo—. Aunque tiene problemas.

—Bueno, eso viene de familia, ¿no? —Está de broma, aunque percibo algo de verdad.

—¿Cómo te atreves? —contesto en el mismo tono.

Se ríe.

—Oye, casi se me olvida. Te he comprado una cosa. —Se levanta de un salto y sale de la habitación.

Espero tumbada en la cama a que vuelva. Miro alrededor. Las paredes son blancas, y tiene un montón de plantas. Frente a la ventana hay un escritorio todo desordenado. En la mesilla de noche hay varios libros apilados: *El color púrpura, Carol*...

—¡Aquí esta! —Vuelve con un paquete de Thin Mints en los brazos—. Me dijiste que te gustaban, ¿no? La hija de una compañera de la oficina las vendía, así que te compré un paquete.

Me entrega las galletas.

Miro el paquete, luego su sonrisa, y el tiempo se para.

El gesto me conmueve de una forma extraña. La imagen de Eleanor memorizando algo que dije de pasada, gastándose el dinero y regalándome esto, por alguna razón, me rompe el corazón.

Intento pronunciar «gracias» con una sonrisa, a pesar de la extraña y abrumadora tristeza que me atraviesa en este momento.

Sostengo el paquete entre las manos, con el pulso disparado.

—Qué bonito que te acuerdes de lo que digo —alcanzo a pronunciar, mientras noto cómo un calor me sube por las mejillas e intento disimular que por dentro me hierve una bilis negra.

Me parece tan raro ocupar espacio, que los demás me vean. Me siento como si estuviera cayendo al vacío y Eleanor me lanzara una rosa. Es un detalle dulce e inútil. Sería menos devastador caer al vacío sola, sin arrastrar a nadie. Cuando alguien tiene un gesto bonito conmigo, tomo una insoportable conciencia de lo raro y lo triste que es conocer a otra persona.

Sonríe.

—Cómo no me voy a acordar de lo que dices.

Meto el paquete de galletas en el armario de la cocina, detrás de la cajita de hostias consagradas, para quitarlo de mi vista. Lo escondo y cierro con un portazo tan fuerte que uno de los herrajes se rompe. El que queda aún aguanta para sujetar a duras penas el armario a la pared. Se queda colgado como un diente suelto.

Miro al cielo a través de la ventana de mi cuarto. Veo nubes blancas flotando por el azul. Un haz de luz atraviesa la ventana hasta mi armario. Millones de motas de polvo se retuercen en el haz de luz. Mi jersey huele a desodorante. El viento se cuela por las grietas de la ventana. Oigo el zumbido del frigorífico. El sonido del aire entrando y saliendo de mis fosas nasales. El latido de mi corazón.

He sacado los platos del armario y los he llevado al fregadero. Han hecho falta cinco viajes. Una taza se ha

caído de la pila y se ha hecho añicos contra el suelo. Ahora estoy delante del fregadero con unos guantes de látex rosa. El jabón forma espuma en el agua. Agarro un plato y un estropajo. Intento rascar una salsa roja pegada en un bol. Al fondo de un vaso de cristal hay restos de leche putrefacta. Friego como una posesa y acabo sudando a chorros.
Eli no me ha contestado todavía.

Saco el móvil. Deslizo el pulgar por el cristal rayado. Le doy al nombre de Eli y escribo: ¿Estás vivo?

¿Hola?

¿Estás vivo?

Me he puesto a seguir a un hombre que se parecía a Eli y he acabado en una tienda de mascotas. Iba de camino al trabajo cuando lo he visto. Me he quedado detrás de él junto a la sección de chuches para perros y cuando se ha vuelto, me he dado cuenta de que no era Eli. Solo era un tío que se le parecía un poco.

Ahora estoy delante de una jaula donde hay tres gatitos grises. Cuando estaba a punto de salir de la tienda, he oído sus maullidos lejanos como cantos de sirena. He seguido el sonido y ahora estoy aquí, con los dedos entre los barrotes. Dos gatitos amontonados uno encima del otro juegan a pelearse. El tercero restriega la cara contra mis dedos. Son de un refugio. Al lado de la jaula hay un folleto con sus nombres, edades y demás datos. Se llaman Jane, Garrett y Lorraine. Tienen doce semanas. Están vacunados. Jane es muy sociable y parlanchina. Garrett es un poco más tímido y reservado. Lorraine, la que se está frotando contra mis dedos, es cariñosa y tranquila.

—¿Estás pensando en adoptar? —me pregunta un empleado. Miro los ojos verdes y la naricita rosada de Lorraine.

Quiero decirle que sí, pero en cambio digo:

—No, gracias. —Y salgo de la tienda.

—¡La policía es inútil! —grita Barney, estampando un periódico doblado sobre la mesa, delante de mí y de Jeff.

—¿Qué pasa? —pregunta Jeff, cogiendo el periódico.

—¡Lee esto! —vuelve a gritar Barney—. ¡Qué

barbaridad! —Antes de que ninguno pueda leer nada, exclama—: ¡Dicen que no incluyen a Grace en el caso de Laurie Damon!

—¿Qué? —dice Jeff, leyendo a toda velocidad—. ¿Cómo no van a incluirla? No tiene sentido...

—Dicen que no hay suficientes pruebas para incluir a Grace en el caso —Barney tiene la cara roja.

—Qué barbaridad —dice Jeff, tapándose la boca.
—Le llamo en nombre de la iglesia de St. Rigobert —dice Barney al teléfono.

Lo ha puesto en altavoz. Jeff y yo estamos detrás.

—Queremos saber... No, exigimos saber por qué no se va a hacer justicia con Grace Moppet. ¡Obviamente la mató la enfermera asesina! Nos dijeron que tenía en sangre una cantidad de medicación a la que era imposible que tuviera acceso. ¿Cómo explican eso? ¿Cómo explican que una anciana tuviera esa cantidad de drogas en sangre? ¡La enfermera ha confesado! ¡Ha dicho que la mató ella! ¿Qué les pasa? ¿No pueden condenar a alguien con una confesión? Qué poca vergüenza...

—Señor, cálmese, por favor.

—¡Por ustedes, como si nos asesinan a todos a sangre fría mañana mismo! —continúa—. ¡Exigimos justicia!

—Entiendo su frustración, señor, pero a Grace no la mató Laurie Damon —explica la agente.

—¡Vaya que no! —grita Barney.

—La muerte de Grace es extraña, y seguimos investigándola. Pero Laurie Damon no es una sospechosa probable. Creemos que Laurie está intentando adjudicarse muertes de las que no es responsable. A veces los asesinos lo hacen; quieren batir los récords de los asesinos en serie para que los tomen en serio. Dice que mató a Grace, pero no tiene sentido. El análisis toxicológico muestra una gran cantidad de secobarbital en la sangre de Grace, pero no cuadra con los tiempos. Grace murió un sábado por la noche. Pasaron a verla esa tarde y a la mañana siguiente la encontraron muerta. Tenemos imágenes de las cámaras de seguridad que muestran a Laurie en el Hospital Elgin

durante todo ese tiempo. Está todo grabado. Según los vídeos, no salió del hospital hasta bien entrada la mañana siguiente. Es imposible que fuera ella. Nosotros también queremos que se haga justicia, señor —explica la agente—. Y por eso no podemos atribuirle a Laurie la muerte de Grace.

Barney respira profundamente mientras procesa toda la información.

—¿Me está diciendo que puede haber otro asesino suelto? —pregunta.

—Estamos investigándolo.

Abro el correo de la iglesia:

> Querida Grace:
>
> ¿Qué tal las Navidades? Espero que hayas podido pasar tiempo con tu familia y disfrutar de las vacaciones.
>
> Los niños vinieron a casa. Cindy me ayudó en la cocina. Hicimos tu hojaldre de albaricoque. Éxito total, como siempre.
>
> Tampoco puedo decir que estuviera como unas castañuelas. Se notaba mucho la ausencia de Jim. El día de Navidad siempre se ponía un gorro de Papá Noel, no se lo quitaba hasta la hora de acostarse. En la cena pusimos el gorro en su silla.
>
> Intento estar agradecida por lo que todavía tengo. Salud, por ejemplo.
>
> ¿Cómo estás, Grace? ¿Te encuentras bien? Ya no somos ningunas pollitas, ¿verdad?
>
> Feliz Año Nuevo.
>
> Un beso,
>
> Rosemary

—Ahora me gustaría dedicar una oración a mi amiga Grace Moppet —dice Jeff desde el púlpito. A través de las vidrieras entra una luz roja que crea extrañas sombras en las baldosas del suelo—. Hace poco que Grace nos dejó para partir a su hogar celestial y he estado pensando mucho en ella. Me gustaría pediros a todos que rezarais conmigo una oración por su alma.

La multitud murmura y todos bajan la cabeza.

Jeff recita:

—Dios te salve, María, llena eres de gracia; el Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de

nuestra muerte. Amén.

En la iglesia reina el silencio. Los bancos crujen.

Levanto la vista de mis manos entrelazadas y observo la sala. Todo el mundo tiene los ojos cerrados. La cabeza gacha. Me fijo en sus bocas arrugadas, moviéndose mientras rezan.

Toda esta gente ha logrado llegar a la vejez a pesar de lo fácil que es morirse. Todos han superado la infancia a pesar de la tuberculosis, la polio y quién sabe qué otras enfermedades habituales de cuando eran pequeños. Iban sin cinturón de seguridad en coches llenos de humo de tabaco. Han sobrevivido a guerras de verdad. A todas estas personas les han pasado cosas horribles y aun así, siguen aquí.

Y yo sigo aquí.

Cierro los ojos y me concentro en la oscuridad debajo de mis párpados.

Todo está negro.

Es tétrico imaginar a una anciana que llega hasta el final de su vida solo para acabar extinguiéndose sin ningún tipo de lógica.

Aprieto los ojos.

Es muy raro que un cuerpo pueda estar vivito y coleando, y al segundo siguiente quedarse inerte para siempre.

Oscuro.

Cuando morimos, nuestros cuerpos son basura. Nos pudrimos.

Oscuro.

No me creo que esté viva.

Oscuro.

No me creo que me pueda creer cualquier cosa.

Una vez mi padre estampó una muñeca de porcelana contra mi cómoda. Se hizo añicos. Los pedazos de la cara rebotaron por la cama y por la alfombra. Irrumpió en mi cuarto de pronto, cogió los juguetes que tenía esparcidos por el suelo y los tiró al pasillo. Cuando se dio cuenta de que le faltaba la muñeca, la agarró y la lanzó contra la

cómoda.

Según él, lo hizo porque estaba enfadado por que yo no hubiera recogido mi habitación; pero yo tenía diez años y ya era bastante lista, y sabía que eso no era del todo verdad. Tenía una crisis nerviosa.

Su hermano había muerto la semana anterior de forma repentina. Llevaba años sin hablar con él. Yo nunca lo conocí.

Antes de que mi tío muriera, a veces mi padre gritaba y se ponía furioso, pero era muy raro que rompiera cosas o que tuviera arrebatos de violencia. La situación nunca se había puesto así de fea. El día anterior, había chillado a Eli por no guardar los zapatos. Lo agarró del brazo con fuerza mientras Eli lloraba y gritaba, pidiéndole que lo soltara.

Recuerdo sentarme con Eli en mi habitación, con la muñeca de porcelana decapitada entre los brazos, mientras mi madre nos decía:

—No está de humor, chicos.

Luego me enteré, por un primo segundo que encontré en Facebook, que mi tío tenía problemas con las drogas. Vivía en la indigencia. Murió de sobredosis.

Escribo a Eleanor. Le digo: Mi hermano no me responde. Cogió el coche borracho en Navidad y no he vuelto a saber nada de él. No puedo llamar a casa de mis padres porque me he peleado con ellos, y no sé qué hacer.

Leo el mensaje dos veces y lo borro.

—Flop ha muerto —anuncié a mis padres al descubrir el cadáver inerte de mi coneja. Lo que antes era un cuerpo saltarín se había convertido en una bola de pelo blanco e inmóvil.

—Señor —dijo mi padre mientras se levantaba de la butaca.

—Ay, cariño, ¿quieres que te traiga algo para que se te olvide? —sugirió mi madre a toda prisa—. ¿Te hago un chocolate? ¿Quieres una galleta?

Me quedé con los ojos como platos, igual que Flop.

—¿Qué pasa cuando te mueres? —me preguntó Eli.

Estábamos en la cama, mirando cómo brillaban en la

oscuridad las pegatinas del techo de mi cuarto. Tenían formas del sistema solar, como lunitas y Saturnos.

Yo tenía diez años y Eli, seis.

—No sé —admití, sintiéndome pequeñísima debajo de los planetas del techo.

—¿Nada? —preguntó en voz baja.

—Puede ser —susurré.

Un cielo azul celeste ilumina una playa de arena blanca. Tengo la nariz untada en protector solar y un libro bajo el brazo. *El color púrpura*. Me pongo la mano de visera para protegerme la vista y veo unos pterodáctilos a lo lejos picoteando de un cadáver como buitres del tamaño de jirafas.

—¡Eh! ¡Fuera! —les grito, agitando las manos—. ¡Dejadlo! —Intento espantarlos como si fueran una bandada de gaviotas alrededor de un perrito caliente—. ¡Dejadlo!

El cuerpo de mi hermano yace en la arena.

Grito, pero no sale ningún sonido de mi garganta. He alcanzado un tono inaudible para mis propios sentidos. Tengo la cara resbaladiza y roja, repleta de venas, y arena en los puños. Me entran arcadas.

Me despierto.

Miro el teléfono para ver si Eli me ha contestado ya.

Escribo: ¿Te acuerdas de cuando se murió Flop, Eli?

¿Te acuerdas de cómo la encontré?

No paro de pensarlo.

¿Sabes a qué me refiero?

¿Me puedes contestar?

Me preocupa que estés muerto.

En mi mente brota la imagen de mi cuerpo arrollado por un tren.

Voy en un autobús que pasa por encima de las vías del ferrocarril. Estoy de camino a la iglesia. Aparto la vista de las vías y miro la pantalla del teléfono que se ilumina. Se me acelera el pulso cuando veo la notificación de un mensaje nuevo. Lo abro, con la esperanza de que sea de Eli y me confirme que está vivo. Llevo ocho días sin saber nada de él.

Deslizo el dedo para leerlo. Es de Eleanor.

¿En qué piensas?

Aparto la vista del teléfono y miro por la ventana al otro lado del autobús. Me fijo en un terraplén muy escarpado e imagino que empiezo a hacer volteretas hacia el borde, me caigo y me hundo en espiral en el agua oscura que hay debajo.

¿Estás bien?, vuelve a escribir.

Hola, Grace.

Solo te escribo para mandarte la esquela de Jim. Te adjunto la imagen.

Un abrazo,

Rosemary

Abro la imagen adjunta. Es un recorte de periódico escaneado de un anciano sonriente con niqui y boina. Leo:

Jim nació en Newfoundland. Allí vivió con sus padres y su hermana mayor hasta 1955. Le encantaban los animales y tocaba muy bien el piano...

Se me empañan los ojos.

Su mujer, Rosemary, sus hijos, sus nietos y su hermana lo echarán de menos.

Se me nubla la vista con las lágrimas.

Amado hijo, marido, padre y abuelo.

Estoy en el baño de la iglesia gritando al teléfono:

—¿Está Eli ahí?

—Dios mío, ¿qué pasa? —contesta mi madre, hecha un manojo de nervios.

—¡Que si está Eli con vosotros! —repito más fuerte.

No paro de pensar en la cara fría y pálida de mi hermano descomponiéndose en el barro.

—No. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

Imagino su foto en el periódico.

—¿Sabéis algo de él? —Me agarro del pecho como si se me fuera a salir el corazón, mientras pienso en el cadáver inerte de Eli.

—¡No! ¿Por qué? ¿Está bien? Me estás asustando...

Empiezo a redactar la esquela mentalmente. *Basta.*

—¿Habéis tenido noticias suyas desde Navidad?

Amado hermano e hijo. Basta.

—Sí, claro que sí. Le he visto esta mañana. ¿Por qué? ¿Está bien?

Respiro. La imagen del cadáver de Eli se disuelve mientras se me aligera el pecho.

—No me contesta a los mensajes —explico entre jadeos —. Me preocupaba que se hubiera muerto.

—¡Válgame Dios, Gilda! —grita mi madre—. Qué horror. ¿Pero qué te pasa?

La gente sale de la iglesia. Barney y yo miramos a la multitud desde la entrada trasera mientras salen lentamente al exterior.

—¿Se sabe algo más de lo de Grace? —le pregunto a Barney.

—No. —Se cruza de brazos y observa las caras arrugadas de los frágiles parroquianos, como si buscara a un sospechoso entre ellos.

—¿Qué crees que le pasó?

—Pues que alguien la mató —dice, cortante.

Asiento.

—Sí, la cuestión es quién.

—No. —Niega con la cabeza—. La cuestión es por qué. Si entiendes el motivo, entiendes quién lo hizo.

—Ah. —Asiento—. ¿Alguna idea de cuál pudo ser el motivo?

—Supongo que el motivo suele ser el dinero —señala.

—¿Sabes si era rica?

—No lo sé.

—Normalmente el culpable es algún conocido —continúa—. Rara vez se asesina al azar.

—¿Estaba casada?

—No creo —dice—. No sé, igual fue al azar. Últimamente se ve cada cosa en las noticias... No me sorprendería que hubiera algún loco atacando a ancianas.

La agente Parks está en el despacho de Jeff.

Llevan una hora ahí metidos.

Estoy tentada de pegar la oreja a la puerta.

Busco en Google «Grace Moppet» para ver su esquela. Bajo por los resultados hasta encontrar su nombre. Abro el enlace y me detengo a examinar su foto. Tiene el pelo color marfil, con unos rizos bien peinados. Lleva los labios

pintados de rosa y unas gafas grandes y doradas. Parece un encanto de mujer, alguien que siempre tiene a mano un bol de caramelos y que habla con los cajeros del supermercado.

Hacemos contacto visual.

Hola, le digo, y espero a ver si me responde.

Siento alivio y decepción cuando veo que no.

Bajo un poco más y leo:

> MOPPET, Grace de St. Thomas, falleció el jueves 11 de octubre de 2019 a los 86 años. Apreciada esposa del difunto Richard «Dick» Moppet y amada hija de Matthew y Christina Smyth. Grace nació el 1 de octubre de 1933. Era miembro de la iglesia católica de St. Rigobert y trabajó allí durante diez años como secretaria. Antes trabajó muchos años de cajera en Elgin Corner Store. Los padres de Grace, Matthew y Christina, fallecieron cuando ella era adolescente, y sus hermanas menores, Mary, Faith y Elizabeth, la echarán de menos como hermana y figura materna. La familia recibirá a sus amigos en el tanatorio de Sunny, 60 Elgin St., St. Thomas, el domingo de 13:00 a 15:00.

Vuelvo a examinar la esquela en busca de alguna pista sobre la muerte de Grace.

Releo la frase de su marido. Murió. Antes que ella, así que no ha podido ser él.

Trabajó aquí y como cajera en una tienda. Era una «figura materna» para sus hermanas. Así que dudo mucho que fuera rica. Las probabilidades de que la hayan matado por la herencia son muy bajas.

Según Barney, eso solo deja una opción: que la matara un psicópata.

¿La mató un psicópata?

—¿Gilda? —La voz de Barney interrumpe mi hilo de pensamiento.

Levanto la vista.

—¿Te puedo pedir un favor?

Dudo.

—Claro.

Se inclina hacia mí, mirando en todas direcciones por si acaso hay alguien espiando.

—¿Sabes comprar por internet?

Hago una pausa.

—Sí. Eh... ¿Por?

—Necesito un libro —explica en voz baja—. Se llama *Cómo atrapar a un asesino*.

Estoy en la cama con las luces apagadas. Oigo sirenas en la calle. Me pregunto si he cerrado la puerta con llave.

Me imagino que hay un asesino merodeando por los alrededores. Imagino la silueta de su mano agarrando el pomo de la puerta. Me tapo con el edredón hasta la barbilla, con la esperanza de que sirva de escudo mullido ante un posible ataque de un criminal.

Un ruido en el pasillo hace que se me pongan de punta todos los pelos de los brazos, como soldaditos inútiles. Cierro los ojos e imagino explosiones. Disparos. Bombas. Imagino manos estrangulando gargantas y almohadas asfixiando caras. Imagino veneno en vasos, y coches que se salen de la calzada y acaban en aceras llenas de gente. Pienso en sogas rodeando cuellos y en gasolina, cerillas y...

Basta.

Piensa en otra cosa.

Pienso en Grace y en su cuerpo descompuesto.

Basta.

Piensa en otra cosa.

—¿Cuál es tu mantra? —me pregunta Giuseppe.

—¿Mi qué?

—Tu mantra —repite—. El mío es: «Me quiero, creo en mí, me apoyo».

No respondo.

—Vamos a pensar en uno para ti —prosigue—. ¿Qué te parece: «Soy capaz y digna»?

Arrugo el gesto.

—¿A qué te refieres con capaz y digna? ¿Capaz y digna de qué?

Se ríe.

—Bueno, a lo mejor ese no te va mucho. ¿Y qué te parece...?

—¿Conoces a alguien que haya sido asesinado? —lo interrumpo, en un intento de dirigir la conversación hacia algo un poco más estimulante.

—¿Qué? No —dice—. ¿Por qué?

—¿No te parece muy fuerte que existan los asesinatos? —pregunto—. Me refiero, el concepto de asesinato. ¿Es de locos, no?

—Pues sí —balbucea—. Es un tema un poco macabro, ¿no? No deberías dejar entrar ese tipo de energía en tu espacio vital. Mejor piensa en cosas vivas y alegres.

—Vale —contesto, mientras me sumerjo en pensamientos sobre la muerte y el letargo.

—¿Conocéis a alguien que haya sido asesinado? —les pregunto a mis padres mientras vierto una lata de gaseosa en un vaso con hielo. El sonido efervescente y el tintineo de los cubitos amortiguan la respuesta de mi madre.

Eli está en su cuarto y no ha bajado.

—¿Qué? No —responde mi madre.

—Uf, yo sí —dice mi padre—. Un hombre al que contratamos para una cosa del jardín asesinó a tres mujeres del pueblo. Estaba loco. ¿Cómo se llamaba, cielo? ¿Arthur?

—¡Ay, no hables de Arthur! —Mi madre sacude una mano en el aire.

El cartel del gato perdido de mi calle se ha desintegrado a medias. Ya no se lee el nombre de Mitón. Me paro a mirar el folio desgastado y gris.

Se está poniendo el sol y el cielo está de color rosa.

Me pregunto si la familia de Mitón habrá adoptado un gato nuevo.

—Desde pequeño me obsesiona la felicidad. Quería saber el secreto de la gente feliz. Quería saber qué distinguía a la gente feliz de la infeliz.

Giuseppe me llama todas las noches. No sé qué hacer para que pare.

—¿Qué los distingue? —digo en tono monocorde, a ver si se da cuenta de que no me interesa lo más mínimo.

Me pregunto qué estará haciendo Eleanor.

—La gente feliz cultiva gratitud; son miembros activos de su comunidad, se sienten más conectados con la naturaleza y con las personas que los rodean. A menudo son espirituales.

La línea se queda en silencio un momento y Giuseppe me pregunta:

—¿Tú eres feliz, Gilda?

Estoy tirada en el suelo del baño mirando cómo crece el moho alrededor del ventilador del techo.

—No suelo —respondo de manera automática.

—¿Qué?

—Eh... —reculo al darme cuenta de que se me ha ido el personaje—. Quiero decir, sí. Soy feliz. Superfeliz. Todos los días doy gracias a Dios por bendecirme con esta felicidad.

—Los asesinos se camuflan a plena vista —dice Barney.

Está apoyado en mi mesa con la nariz metida en el libro que me ha hecho comprarle.

—Los peores delincuentes parecen gente normal —continúa.

Miro fijamente la pantalla del ordenador.

—¿Alguna vez has oído la frase: «el asesino siempre vuelve a la escena del crimen»?

Asiento con la cabeza.

—Que te apuestas a que el asesino de Grace viene a menudo a la iglesia.

—Pero si no murió aquí, ¿no? —pregunto.

—No lo sé —responde con desprecio—. ¿Sabes que muchos asesinos mojan la cama de pequeños? —prosigue—. Y también suelen hacerse heridas en la cabeza. Ah, y ¿sabes lo que es un trofeo? Son los recuerdos que los asesinos se llevan de la gente a la que matan.

Jeff me da una pila de papeles. Su anillo emite un destello mientras los cojo. Me da un vuelco el corazón.

—¿Puedes archivarlos, por favor? —pregunta.

—¿Ese anillo es de Grace, no? —Le señalo la mano. Lo mira.

—Sí, lo llevo para recordarla.

—¿Te lo regaló?

—Bueno, se lo dejó en la mesa —explica—. Pero no te preocupes, es de bisutería. Si tuviera algún valor se lo habría dado a sus hermanas. Solo es un recuerdo.

Busco en Google la palabra «sacerdote» y miro los

resultados.

Madre de Dios, murmuro al leer un artículo que explica que los depredadores suelen meterse a curas porque los coloca en una posición de poder sobre personas vulnerables. Levanto la vista del artículo y miro la puerta del despacho de Jeff. Me invade un mal presentimiento.

—¿Por qué te hiciste sacerdote? —le pregunto a Jeff en voz baja, en un intento de interrogatorio sutil.

—Pues tuve la vocación —murmura—. Supongo que es como quien siente que ha nacido para ser padre, o médico, o artista. ¿Tiene sentido?

Está al lado de la tetera, con una taza de cerámica en la mano. Miro fijamente la taza y pienso en que los objetos cotidianos se pueden utilizar como armas. Por ejemplo, con una taza de cerámica le puedes partir la crisma a alguien.

Pienso en cómo se puso cuando se enteró de que había cosas poco claras en la muerte de Grace. Me acuerdo de cómo lloró cuando se lo dijeron. Me pregunto si un asesino llora. Quizás sea muy buen actor.

—¿Nunca quisiste casarte o tener hijos? —continúo, consciente de que mis preguntas deben ser sutiles.

La tetera silba. Jeff se sirve agua caliente en la taza.

—La verdad es que no, pero aunque hubiera querido, tengo la sensación de que Dios me ha elegido para llevar esta vida. ¿Quieres té, maja?

—No. —Niego con la cabeza—. Gracias.

Leo detenidamente un foro donde dicen que los sacerdotes son más proclives a la perversión porque no quieren casarse ni tener hijos. Cientos de comentarios están de acuerdo con esa tesis; los curas son raritos porque no sucumben al impulso primario que todos tenemos de emparejarnos y procrear.

Que Jeff no quiera casarse o tener hijos no me extraña, porque yo tampoco quiero. No me cuesta empatizar con una persona que no se somete a los papeles tradicionales que le impone su género.

Con ese pensamiento, decido aportar mi propio

comentario al foro:

> A mí me parece más normal que los curas no sientan el deseo de casarse o ser padres que que sientan el deseo de cualquier otra cosa.

Casi al momento alguien responde: ¿Qué coño dices?

Borro el comentario

Un haz de luz se cuela por una rasgadura de las cortinas y centellea, como un puntero láser, justo en mi ojo.

Me incorporo, cegada.

—¿Dónde estoy? —pregunto a la oscuridad.

Nadie me responde, pero empiezo a recuperar la visión. Distingo las siluetas de unos sofás y unas mesas. Me doy cuenta de que estoy en el sofá del salón de mis padres.

Alguien está lavando los platos en la cocina.

—¿Cómo he llegado aquí?

—¿Qué? —grita mi madre por encima del sonido del grifo.

—Que cómo he llegado aquí —repito.

—¿A qué te refieres? No sé. Habrás venido en autobús. ¿Qué dices?

Estoy sentada en un banco enfrente del súper. Observo a la gente dando tumbos por el aparcamiento. A una mujer se le rompe la bolsa y un bote de tomate frito revienta contra el cemento. Le miro la boca. Hace un gesto incómodo.

Parpadeo.

Un carrito de la compra a la deriva se desliza directo hacia un coche.

Se choca.

Necesito coger fuerzas para entrar en el supermercado.

Levántate.

Levántate.

Levántate.

La gente me roza con los brazos mientras hace la compra. El supermercado está hasta arriba. Una mujer con un bebé amarrado al pecho me adelanta a toda velocidad para coger el último paquete de macarrones precocinados.

La luz de los fluorescentes me hace daño a la vista.

—¿Gilda?

Me vuelvo y me topo con una compañera de instituto de cuyo nombre no puedo acordarme.

—Ah, hola —digo, intentando hacer memoria.

¿Katelyn?

¿Kirsten?

—¿Qué tal todo? —chilla.

—¡Genial! —digo, intentando amoldarme a su entusiasmo, aunque sigo sin acordarme de su nombre—. ¿Y tú?

¿Tara?

¿Sarah?

¿Michelle?

—Oh, yo estupendamente. —Me sonríe mientras me enseña un anillo de compromiso que lleva en el dedo—. ¿Te acuerdas de Devon Cunnings?

Asiento, aunque no tengo ni idea de quién es.

Ni siquiera me acuerdo de ti, tengo ganas de decirle.

—Empezamos a salir en la uni. —Sonríe al mirarse la mano—. Nunca nos habíamos hecho mucho caso en el instituto. Yo salía con Paul, ¿te acuerdas? El caso es que nos hemos comprado una casa en Cherry Street. Tiene un montón de habitaciones, así que genial porque ya estamos pensando en tener hijos. —Se ríe—. ¿Qué te ha pasado? —añade, mirándome el brazo.

—Ah, una niña me quiso firmar la escayola y dibujó un pene, así que mi hermano lo pintó por encima para que...

Se ríe otra vez.

—No, me refiero al brazo, ¿cómo te lo has roto?

—Ah, tuve un accidente de tráfico sin importancia.

—¡Madre mía!

—Pero estoy bien.

No creo que le importe un pimiento si estoy bien o no. Solo quiere hablarme de su marido, de su casa y de sus planes. Quiere sentirse validada, a gusto consigo misma. Quiere demostrarme que su existencia es importante. Me pregunto cómo puedo hacerle ver que lo ha conseguido.

Es extraño que yo sea capaz de darle a esta persona algún tipo de validación. ¿Quién soy yo para ella? ¿Por qué le importa lo que piense? Ni siquiera me acuerdo de cómo se llama. No se me ocurre nada que ella pudiera decir para

validarme a mí. Podría decirme que soy la persona más interesante, importante, guapa y exitosa que ha conocido en su vida y solo me parecería alguien intentando atraerme a su estafa piramidal.

¿Jane?

¿Clara?

—Pues parece que te va genial —le digo. Se le iluminan los ojos. Añado—: Me alegro mucho por ti. Estás guapísima, por cierto.

Sonríe.

La leche caduca en dos días y todos los tetrabriks están roñosos. Cojo uno del fondo de la balda, aunque tiene la misma mala pinta, con la esperanza de que lo haya tocado menos gente.

—¡Pero si esta leche caduca en dos días! —dice mi madre, indignada, cuando llego a casa.

El recado era para ella.

—Lo siento —me disculpo.

—¿Por qué no has cogido una con más caducidad?

—No me he dado cuenta —miento.

Un olor a sudor y alcohol inunda el salón. Me tapo la nariz y arrugo el gesto al ver el origen del olor.

Eli acaba de entrar por la puerta.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta desde el vano.

—Estoy de visita —contesto, mientras él se quita las zapatillas con dificultad. Papá y mamá están viento la tele en la salita.

Eli se lleva un calcetín sin querer con la zapatilla.

—No sé si sabes que llevas desde Navidad sin responderme a los mensajes —le suelto.

Pone los ojos en blanco mientras intenta quitarse la otra zapatilla.

—Ya te daba por muerto —añado.

Resopla.

—Ojalá estar muerto.

Me empieza a hervir la sangre. Me levanto.

—Retira eso —digo. Siento como si me atravesara una descarga eléctrica.

Se ríe.

—Ojalá estar muerto —repite.

Le doy un puñetazo en el hombro y se cae para atrás.

Vuelve a reírse y repite:

—Ojalá estar muerto. Ojalá estar muerto. Ojalá estar muerto.

Lo acorralo en un rincón mientras él repite: «Ojalá estar muerto».

Sigo pegándole.

—¡Basta! ¡Deja de decir eso!

—¿Qué coño pasa? —ruge mi padre.

Vuelvo a pegarle. Eli no se defiende.

—¡Ya está bien! —grita mi padre.

Cuando intenta apartarme de Eli, le doy una patada y le rompo las gafas. Mi madre chilla. La mesa baja se ha volcado. Los platos de porcelana se han hecho trizas contra el suelo.

—¿Se puede saber qué te pasa, Gilda? —grita mi madre. Una col de Bruselas congelada se cae de la bolsa que me he puesto en el ojo morado. Dejo que ruede bajo la cama de mi infancia. Imagino que se queda ahí para siempre. Que se llena de moho y se pudre.

Por la rejilla de la ventilación se cuela el sonido de otras habitaciones. Oigo los murmullos de mis padres.

—No sé qué le pasa a esta chica —dice mi madre.

«Ya es mayorcita.»

«¿Cómo se le ocurre ponerse a pegar a su hermano pequeño?»

«Tiene que reflexionar sobre lo que ha hecho.»

En este cuarto es donde tuve prácticamente todas las crisis de ansiedad de antes de los dieciocho. Recuerdo hiperventilar aquí.

Me cuesta procesar mis pensamientos. Apenas puedo empezar a examinar algo sin detenerme y preguntarme: *¿Por qué? ¿Por qué me importa sentirme así? ¿Por qué me importa, por ejemplo, que mi hermano pequeño sea alcohólico? ¿Por qué me importa que diga «ojalá estar muerto»? ¿Por qué me importa tanto esto?*

Nada puede aliviarme porque cada pensamiento que logro procesar se frustra cuando mi conciencia sale de mi cuerpo para observarme a mí misma.

Ahí estoy.

Mírame, pensando que no quiero que Eli sea un alcohólico.

Mírame, llorando.

Qué ridiculez.

¡Eh! Deja de llorar.

Da igual.

¡Piensa en la inmensidad del universo!

Recuerdo cómo Eli gritaba:

—¡Puedo subir lo que quiera a internet! ¡Es arte, idiota!

Mi padre le había castigado por subir unos dibujos a la red. Tenía quince años y había pintado una serie de primeros planos de genitales humanos en ángulos raros.

La interpretación artística que hicieron mis padres de la obra fue que Eli intentaba llamar la atención, y que solo lo había hecho para avergonzar a la familia. A mí me parecían cuadros muy buenos. Los habría colgado en casa.

—¡No mientras vivas bajo mi techo! —gritó mi padre.

—No estaba bajo tu techo cuando los subí. Los subí desde el instituto —replicó Eli.

—¿Pero qué te pasa? —dijo mi padre. La tetera de la cocina empezó a silbar.

—Bueno, tengamos la fiesta en paz. Que los quite de internet y ya está —intervino mi madre.

—No los voy a quitar. Iros a la mierda —dijo Eli.

Mi padre lo agarró del brazo.

—¡Esa boca!

Eli se revolvió.

—¿Vas a pelearte conmigo como con el tío Teddy?

Una noche Eli y yo habíamos oído hablar a mis padres por la rejilla de ventilación. Mi padre le confesó a mi madre que cuando era joven se peleaba mucho con su hermano. Se lo contó llorando. Dijo que le preocupaba que esa fuera la razón que llevó a Teddy a convertirse en el adulto que fue después. Yo estaba convencida de que esa no era la razón, y

seguro que Eli pensaba igual. Mi padre le dio una bofetada. Cada vez que discutía con mi familia, mi reacción inicial era fantasear con mudarme muy lejos y no volver a hablarles nunca más. Empecé a pensar en iniciar una nueva vida en otro continente. Cuando me iba a la cama e intentaba conciliar el sueño, me sentía culpable.

Por la mañana, cuando nos levantábamos, nos evitábamos unos a otros. Y pasados unos días, fingíamos que no había pasado nada. Alguien contaba un chiste que no tenía nada que ver, mi madre hacía té y mi padre hablaba del tiempo o de los vecinos.

Los árboles del jardín de mis padres son más grandes de lo que creía. Estoy sentada en el bordillo de fuera, observando el barrio.

Me acuerdo mejor de cosas de mi infancia que de lo que comí ayer. Por ejemplo, cuando una noche estaba jugando al escondite con un grupo de niños del barrio. Me acuerdo de todos los niños. Estaba atardeciendo y el asfalto negro de la calle reflejaba el brillo naranja de las farolas. Nuestras sombras se estiraban a lo largo de la carretera y bailaban y corrían bajo nuestros pies. Nos subimos a las vallas de los vecinos y corrimos por los jardines de aquellos desconocidos, nos metimos en sus piscinas y acariciamos a sus perros. Había un pomerania y un golden retriever. Nos sentamos en este bordillo a beber granizados de sabores. El mío era rojo y azul. Me acuerdo perfectamente del sabor y la textura.

¿Sigo siendo la misma persona?

Cuando era todavía más pequeña, jugaba a que la carretera de delante de mi casa era un océano. Dibujaba con tiza estrellas de mar, ballenas y una balsa. Llevaba tiritas enrolladas en los dedos y la parte pegajosa se me llenaba de polvo blanco. Me tumbaba con los ojos cerrados en la balsa de tiza en mitad de la calzada. Pensaba en tiburones, y en cómo debía de ser que una aleta de tiburón empezara a dar vueltas a tu alrededor.

Estaba tirada en la calle, pensando en que me podrían atropellar, y no me levanté. Mis padres me vieron, salieron

corriendo de casa y me echaron la bronca por ponerme ahí. Me mandaron a mi cuarto. Mi padre gritó:

—¡Podrías haber muerto! ¿Y luego qué?

¿Y luego qué?

Me pasé el resto del día mirando por la ventana al océanocalle, preguntándome qué habría pasado si me hubiera muerto. ¿Y luego qué? ¿Y luego qué? ¿Y luego qué? En el cristal de la ventana había una araña atrapada conmigo. La miré de cerca: las patitas finas y arqueadas, la carita de monstruo.

Otra noche cogí sin permiso el coche de mis padres y lo estampé contra una farola al final de la calle. Tenía dieciséis años. Recuerdo que la farola estaba suave y fría, y el coche, abollado y desconchado. Conduje hasta la playa y pensé en suicidarme allí (no solo por el coche, sino porque llevaba años deprimida), pero en lugar de eso decidí ir al McDonald's y pedir una ración de patatas fritas. El empleado del McDonald's me pidió que le repitiera el pedido y yo repetí: «Una ración de patatas fritas, por favor».

Cuando volví a casa, le di las patatas a Eli sin más explicación.

—Ah... Gracias —balbuceó, bastante confuso por el detalle.

Las había comprado para comérmelas yo. Me pregunté: «¿Qué es lo que más me apetece ahora mismo?» y me contesté: «Unas patatas fritas». Así que decidí ir a por ellas en lugar de suicidarme porque me pareció lógico. No deberías suicidarte con hambre.

Después me permití reflexionar sobre el robo del coche, el accidente con la farola y los pensamientos suicidas. *¿Y luego qué? ¿Y luego qué? ¿Y luego qué?* Y entonces pensé: *A lo mejor a Eli le apetece una ración de patatas fritas*.

Oigo el llanto de Eli a través de la pared que separa nuestros dormitorios.

Me distraigo del ruido mirando el teléfono. Navego por Instagram. Mi perfil tiene dos fotos. Una es de un cubo de basura donde pone YO, y la otra es una foto de un gato que vi una vez. Llevo cuatro años sin subir nada.

No suelo mirar lo que sube la gente, pero hoy me ha dado por ahí. Miro las caras envejecidas de algunos conocidos que me acosaban en el colegio. Miro a sus bebés al lado de cartelitos donde cuentan su edad en meses. Los niños llevan tirantes y las niñas, enormes diademas con lazos. Son cabezas calvas con ojos que miran a cámara como diciendo: *¿Qué coño pasa? ¿Por qué me pones al lado de este cartel? ¿Por qué no me coges en brazos?*

Los hombres de mi edad ya están empezando a perder pelo y bajo las camisetas les asoman barrigas cerveceras. Casi todas las fotos que veo son de hileras de mujeres con vestidos de flores en una *baby shower* o en una despedida de soltera. De vez en cuando aparecen fotos de fiestas llenas de decoración y comida con formas fálicas. Intentos de espolvorear unas miguitas de picardía entre las fotos deprimentes, aburridísimas y artificiosas de gente ansiosa por una ración de caso.

Durante un momento, este ejercicio me hace sentirme superior a ellos. De alguna forma, la imagen del cubo de basura me hace pensar que estas personas deberían envidiarme. Estoy por encima de todo esto; tengo una conciencia superior. Todos ellos van perdiendo a un juego al que yo ni siquiera me he molestado en jugar. Entonces oigo a Eli sollozando al otro lado de la pared y me doy cuenta de que ojalá todas y cada una de esas personas se sintieran validadas de verdad. Ojalá todas esas fotos reflejaran algún tipo de señal de que su existencia tiene sentido.

Tengo el pelo morado, la piel gris y estoy flotando en un estanque.

«Ya eres mayorcita.» La voz de mi madre se infiltra en mi subconsciente.

Del cielo llueven coles de Bruselas congeladas.

«¿Cómo se te ocurre ponerte a pegar a tu hermano pequeño?»

Me doy impulso en el agua con las piernas.

«¡Tienes que reflexionar sobre lo que has hecho!»

Me miro en un espejo de aumento. Me miro los poros y los

pelitos rubios de las mejillas. Me miro los pliegues de los párpados. Las extrañas formas de las arrugas debajo de los ojos. Mis pestañas cambian de color al crecer; las raíces son negras y las puntas, blancas. Tengo los ojos llenos de venitas finas y rojas, y una aureola amarilla alrededor de las pupilas.

Parpadeo.

Estoy tumbada en una bañera de agua helada con la ropa puesta. Manipulo el grifo con los pies. Abro el grifo y dejo correr el agua fría, luego lo cierro y lo vuelvo a abrir.

Lo abro.

Lo cierro.

Estaba en el baño cuando sentí en el estómago el inicio de un ataque de ansiedad. Como no estaba dispuesta a aceptar un ataque así porque sí, por decirlo de alguna forma, decidí intentar evitarlo. Y no se me ocurrió otra cosa que sumergirme en agua fría. Así que aquí estoy. Completamente vestida, metida en una bañera helada.

Dejo un plato sucio y una taza vacía en la mesilla de noche.

Una adolescente se ha sentado a mi lado en el autobús. Va hablando por teléfono en voz baja. Debe de tener unos trece años. Tiene mucho acné y las uñas pintadas de un azul desconchado.

No para de reírse y de decir «literal» al teléfono.

Le miro la boca.

Parece nerviosa.

«Literal.»

«Jaja, literal.»

«¡Literal!»

Cuelga.

La oigo suspirar.

Se revuelve y marca otro número.

«¿Mamá? ¿A que no sabes qué? Me ha llamado Lara», susurra, entusiasmada.

Me da un vuelco al corazón.

«Ya lo sé, espero que no me esté vacilando o algo así», continúa.

El corazón me da tantos vuelcos que empiezo a

imaginar que se me escapa del pecho y se me cae al suelo del autobús.

La chica se tira de la camiseta. Le queda un poco pequeña y se le sube, dejando al aire su vientre carnoso.

Cierro los ojos e intento ignorar su conversación.

«Ya, ya, no me voy a hacer ilusiones.» Su vocecita se cuela en mis pensamientos.

—¿Estás bien? —me pregunta un desconocido mientras bajo corriendo del autobús.

—Eh, sí, gracias... Estoy bien —digo con los ojos llenos de lágrimas—. Me ha dado una reacción alérgica.

—Me siento rara —le digo a la médica de Urgencias.

—¿Qué te pasa? —pregunta.

—Va a sonar muy ridículo —admito—. Pero es que no me puedo creer que tenga un esqueleto dentro.

—¿A qué te refieres con que no te puedes creer que tengas un esqueleto dentro?

—Pues que no me lo creo —repito en voz baja.

Me agarro del brazo bajo el abrigo. Me he hecho un corte en el antebrazo de manera intencionada. No se lo he confesado a la doctora. He venido a que me dieran puntos, pero mientras esperaba he pensado que a lo mejor me ingresan o me encierran.

Igual debería decir que ha sido un accidente.

—Ha sido un accidente —suelto.

—¿El qué? —me pregunta, confusa.

—Perdón, nada —murmuro—. Es que no me encuentro muy bien.

—¿Estás deprimida?

—Sí. —Noto cómo la sangre del brazo me resbala hasta la mano.

—¿Cuándo empezaste a sentirte así?

Hago una pausa.

—Creo que a los once.

—¿A los once años? Es mucho tiempo para estar deprimida. ¿Te pasó algo con once años?

—No, la verdad es que no —respondo, limpiándome disimuladamente la sangre de los vaqueros oscuros.

Tengo un recuerdo muy vívido de cuando tenía once años. Era verano y estaba tumbada en un campo de hierba alta y amarilla. Había mariquitas por todas partes y nubes blancas moviéndose en el cielo a toda velocidad. Recuerdo que entonces me obligué a acordarme de ese instante como una especie de experimento. No tenía nada especialmente memorable. Simplemente estaba a solas con mis pensamientos y decidí recordar algo a propósito.

Los recuerdos de cuando tenía menos de once años empezaban a desvanecerse. No sentía que tuviera once años; cuando la gente me preguntaba mi edad, decía «diez» sin querer. Sentía que el tiempo iba muy rápido. Sentía nostalgia de la niñez, y no me gustaba que se me olvidaran las cosas. ¿Quién era mi profesora en primero? ¿De qué color era el salón antes de que mis padres lo pintaran? ¿Quién era mi mejor amiga en la guardería? Sentía que nunca vivía el momento presente. Siempre estaba mirando hacia atrás, o preocupada por el futuro. Me acuerdo de que hacía viento y la hierba se mecía; unas mariquitas se aferraban a las hojas, otras salían volando. Me puse increíblemente triste y fui consciente de lo raro que era estar tan triste en un lugar tan luminoso y apacible.

Me di cuenta de que cada momento existe en la perpetuidad, al margen de si lo recordamos o no. Lo que ha pasado, ha pasado; y siempre ocupará su espacio en el tiempo. Yo era una niña de once años tumbada en la hierba en verano. Supe en aquel instante que eso era real y reconocí que durante el resto de mi vida pasaría por momentos, me olvidaría de las cosas y me haría muy, muy vieja, hasta que se me olvidara todo; así que mi consuelo fue obligarme a recordar ese instante concreto.

Por fin me han concedido los inhibidores selectivos de la recaptación de serotonina por mi labor realizada como persona deprimida. Estoy esperando a que la farmacéutica acepte la receta y me entregue la medalla. Gracias a la doctora Chan por nominarme para este honor, y a mi cerebro por atormentarme.

La farmacéutica me hace señas para que entre a una

zona privada de la farmacia. Los clientes me observan mientras me adentro en el área restringida.

La farmacéutica me explica, mientras yo asiento, que esta medicación puede provocarme náuseas, dolor de estómago, problemas sexuales, fatiga, mareos, insomnio, cambios de peso y dolores de cabeza. Si tengo pensamientos suicidas debo ir al médico.

—¿Hola, es el doctor?

—No soy doctor, esto es Telesalud. Le sugerimos que acuda a un médico, dependiendo de su problema. ¿Qué problema tiene hoy?

—No se preocupe.

Llevo dos días sin ir al trabajo. Se me han vuelto a acumular los platos en el cuarto.

Eleanor me envía la foto de un pájaro.

Estoy leyendo un libro sobre aves, escribe. Esta se llama carraca lila.

Qué bonita, le digo.

Hago zoom en la imagen. Es un pájaro de plumas moradas y azules y pico negro.

Estás muy callada, escribe. Si no estuvieras bien me lo dirías, ¿no?

Sí, miento. Mándame más fotos de pájaros.

Por debajo de la pasarela los coches pasan a toda velocidad. Nadie cumple el límite establecido. Pasan como borrones rumbo a dondequiera que vayan. Estoy sentada en el borde con los pies colgando. Me pregunto cuánto tardaría mi cuerpo en caer al asfalto. Pienso en lo grandes que parecen mis muslos contra el cemento, y al mismo tiempo en lo pequeña que soy en la inmensidad del universo.

Pienso en Jeff matando a Grace, en Flop muriendo sola en su jaula, en Mitón quemado vivo, en Eli bebiendo, en adolescentes tristes, en personas sin techo en pleno invierno y en bombas nucleares.

A veces, mientras conduzco, pienso en estrellarme.

Cuando me acerco al borde de algún sitio alto, pienso en saltar.

No soy capaz de tragarme una pastilla, ni de limpiar

con lejía, ni de coger un cuchillo sin pensar en acabar con todo.

La noche está llena de puntitos brillantes; la noche está llena de monstruosas bolas de fuego. Tengo el tamaño de un millón de hormigas, pero no represento ni el uno por ciento del peso de la roca en la que estoy flotando. Todo importa muchísimo y nada a la vez. Es horroroso.

Se me ha desatado un cordón. Sería horrible si se me cayera el zapato encima de un coche sin querer.

Vuelvo a meter las piernas.

Me sitúo en el campo de visión de la recepcionista de Urgencias. Finjo leer un folleto para parecer ocupada. En el folleto pone MOJAR LA CAMA. Me acabo de dar cuenta ahora mismo.

—¿En qué puedo ayudarte, Gilda? —La recepcionista levanta por fin la vista de sus papeles.

—Aquí estoy otra vez —saludo. Ella se queda mirando el folleto que tengo en la mano. Intento devolverlo a la mesa de donde lo he cogido, pero tiro el montón sin querer —. No os libráis de mí, ¿eh? —Me río mientras recoloco el desastre.

Me dedica una sonrisa falsa.

—¿Qué te pasa hoy?

—Puede que solo sea ansiedad otra vez —admito—, pero no quería morirme en casa, porque tengo un gato y he leído que puede que me devore la cara, y no es que me importe, pero tengo familia, y son muy de tener el ataúd abierto en los tanator...

—Siéntate, por favor. —Me señala con la cabeza la sala de espera.

—Gracias.

En realidad no tengo gato. Lo he dicho porque me he sentido obligada a dar un motivo concreto para no querer morirme sola en casa. Me cuesta menos que explicar el motivo de verdad.

—Antes de emprender mi negocio pasé por una época oscurilla —me dice Giuseppe.

Estamos en un restaurante de esos en los que pides la

comida desde el coche. He pedido dos hamburguesas y un batido.

Ojalá estuviera con Eleanor.

—Iba sin rumbo —continúa—. No tenía esperanza. Eso es algo que veo siempre en mis clientes.

—¿Y qué hiciste? —pregunto.

—Ahhh, es un secreto. —Se ríe—. En realidad es muy fácil. Solo hay que elegir la felicidad.

—¿Elegir la felicidad?

—¡Como lo oyes!

Paga el pedido y me da la comida. Aparca, se vuelve y me pregunta:

—Bueno, ¿has besado a un chico alguna vez?

Me ahogo. Acababa de desencajarme la mandíbula como una pitón para darle el mordisco más grande posible a la hamburguesa.

Me da unas palmadas en la espalda mientras veo mi vida pasar ante mis ojos.

¿Giuseppe sabe que soy lesbiana? Creía que se la había colado. ¿Cómo se habrá dado cuenta?

Se ríe.

—Perdón por preguntarlo de sopetón. Lo decía porque sé que eres devota católica... —explica—. Me preguntaba si tienes alguna norma de pureza por tu fe. Como ya hemos quedado varias veces y no has querido...

—¡Ah! —digo—. Sí. Lo has adivinado, es justo eso.

Yo he elegido la felicidad. De todas las emociones que había en la mesa, he elegido esa. Es la mejor, con mucho. Es de idiotas pensar en que podría haber elegido cualquier otra emoción mediocre antes que esa, cuando siempre ha estado disponible la felicidad brillante, reluciente, iridiscente.

Estoy lista para ser feliz, universo. Concédemelo.

Sigo esperando a que haga efecto la felicidad que he elegido.

He ido a trabajar por primera vez en tres días. Antes de salir de casa, he metido dos platos en el fregadero. Me he autoconvencido de meterlos de dos en dos, y así en algún

momento meteré todos.

—¿Dónde has estado? —me pregunta Barney—. Estábamos preocupados.

—Llamé por teléfono —miento—. Dejé un mensaje. ¿No lo habéis escuchado? Estaba enferma.

Jeff entra detrás de mí.

—Qué faena, maja —comenta—. ¿Ya estás mejor?

—Sí —digo de sopetón.

Barney ha vuelto a imprimir los folletos en los que advierte a los padres de la homosexualidad. Cojo uno recién salido de la impresora. A pesar de haberme obligado a no decir nada, algo me posee y suelto:

—Bueno, ¿y esto qué es?

Barney me quita el papel y explica:

—Vamos a hacer unas sesiones de concienciación para padres y adolescentes.

Casi todos los parroquianos de aquí tienen más de sesenta y cinco años. No creo que haya nadie con hijos adolescentes.

—El mundo se va a pique, Gilda —prosigue Barney, entre suspiros—. No todos los jóvenes están tan cerca de Dios como tú. Pero la homosexualidad es un pecado, y por mucho que lo nieguen todos esos chavales que hoy en día se hacen los modernos, es una abominación. Tenemos que proteger a los niños.

Aprieto los labios.

Él baja la voz.

—A ver, personalmente a mí me da igual lo que haga cada uno en la cama mientras no me lo cuenten, pero es que últimamente no se habla de otra cosa.

Miro a Barney a la cara. Tiene la piel pálida y arrugada, y las cejas grises.

¿Pero en qué universo solo se habla de homosexualidad? ¿Con quién habla Barney?

—Algunas cosas es mejor mantenerlas en privado —dice—. Me trae sin cuidado con quién se acueste cada uno.

Entorno los ojos. Cuando alguien hetero me habla de su pareja, no siento que me estén hablando de sexo. Sino

más bien de que viven juntos, comparten las facturas o tienen hijos. Pienso en que probablemente voten al mismo partido. Pienso en que, cuando mueran, los enterrarán en la misma parcela. No pienso en cómo se acuestan.

—No quiero saber ese tipo de intimidades, y punto —añade Barney.

La primera chica con la que salí se llamaba Cammie Anthony. Tenía un año más que yo. Había suspendido cálculo de undécimo y tuvo que repetir la asignatura en mi clase.

Las sustancias químicas específicas que se liberan cuando alguien nos gusta se llaman norepinefrina, dopamina y opioides endógenos.

Me acuerdo de que Cammie me cogió de la mano en el cine. Fuimos a ver una película de terror y no teníamos muy claro si íbamos como amigas o si era una cita.

La norepinefrina es lo que provoca que nos suden las manos y se nos acelere el pulso.

Me acuerdo de cómo me pasaba la noche mandándole mensajes a Cammie hasta las tres de la mañana.

La dopamina es energizante. Nos hace sentir más motivados y atentos.

Me acuerdo de que cada vez que me vibraba el móvil con un mensaje nuevo de Cammie, me ponía contentísima.

Los opioides endógenos forman parte de nuestro sistema de recompensas. Son los que hacen que enamorarse sea agradable en lugar de abrumador.

La oxitocina y la vasopresina son las sustancias químicas que nos dan tranquilidad, seguridad, comodidad y nos unen a las parejas estables.

Siempre me ha costado ser feliz. Debo de tener rotas las glándulas que hacen que mi cerebro transmita las sustancias químicas de la felicidad. En los últimos tiempos, la única vez que he sido feliz fue cuando estaba viendo una película con Eleanor y ella se rio.

Cuando pienso en la Iglesia católica, y en la mayoría de las religiones en general, mi teoría es que surgieron como una solución a nuestro terror existencial. Es un alivio

imaginar que todos los muertos nos esperan tan tranquilos en el cuarto de al lado. Es un alivio imaginar que hay un padre todopoderoso que vela por nosotros y que nos quiere. Todo eso nos hace sentir que nuestras vidas tienen algún sentido divino; nos ayuda a ser felices. Tiene narices que un sistema de creencias concebido en teoría para ayudarme a encontrar seguridad y dar sentido a mi existencia me quite una de las pocas cosas que me hacen sentir que la vida merece la pena.

Busco en Google el nombre de Eleanor y navego por los resultados.

Descubro que siempre escribe reseñas de todos los hoteles, restaurantes y tiendas a los que va. Leo todas y ni una sola es negativa. Le puso cinco estrellas a una cafetería a pesar de mencionar que se equivocaron con su pedido. Escribió: «Me flipa el té matcha que hacen. Pedí un macchiato, ¡pero me alegro de que se equivocaran porque ahora es mi bebida favorita!».

Encuentro sus reliquias del instituto preservadas en una red social prehistórica. La miro a los trece años, con una chistera, bebiéndose una botella de Smirnoff. Encuentro una foto suya sonriendo débilmente a la cámara; lleva aparato y tiene la piel llena de acné. Recorro todas las fotos hasta llegar a la última del álbum. Sale riéndose con sus amigas. Amplío la imagen para fijarme en sus ojos achinados y respiro por la nariz mientras pienso en lo ridícula que suena su risa.

Descubro un artículo de su universidad donde dice que ganó un concurso de relatos. Hay una foto suya sosteniendo una placa mientras le da la mano a una mujer muy sonriente. En el artículo pone que el relato trata de la última abeja del mundo. Aparecen varios extractos:

> —¿Qué vas a hacer? —le pregunta una babosa—. Tienes un arma. Podrías vengarte. Podrías picar a alguien.
>
> —No —contesta la abeja—. Creo que me quedaré aquí a preparar una última pizca de miel.

—¡Eliza está embarazada! —anuncia Barney—. ¡Mira, Gilda! ¿No es increíble? ¡Mira las fotos que se ha hecho!

Lo miro, paralizada.

—¡Venga! —grita.

—No sé quién es Eliza —le digo.

—¡Mi hija! Mira —repite, haciéndome gestos para que vaya—. Estás hablando con un abuelo. ¿Tú te crees?

Me levanto y echo un vistazo a la pantalla de su móvil. Hay fotos de una chica en un campo de maíz con un hombre que se está quedando calvo. La chica lleva una rebeca rosa a juego con unas botas de *cowboy*. En una foto, su marido y ella aparecen con las manos sobre la barriga de ella.

Barney sonríe mientras mira las fotos. Me doy cuenta de que la chica se ha puesto varios vestidos para las fotos, en cambio su marido lleva la misma camiseta en todas y cada una. Pienso en cómo se habrá tenido que cambiar en el campo de maíz mientras el tío ese estaba tan pancho. Visualizo la imagen de una embarazada medio desnuda en mitad del campo mientras Barney sigue enseñándome las noventa y cinco fotos.

—¿No te dan ganas de casarte y tener hijos? —pregunta Barney, dándome un codazo.

Sonrío.

No.

Mi madre tuvo hijos, y su madre tuvo hijos, y su madre tuvo hijos. Todas las mujeres de mi familia han vivido para tener hijos, y para que esos hijos crecieran y tuvieran más hijos. Si yo no tengo hijos, será como si todas esas mujeres se hubieran reproducido solo para que yo existiera. Yo soy el producto final. Yo soy la hija final.

Intenté sacar dos platos más de la pila de platos de mi cuarto, pero justo esos dos sostenían toda la estructura y la pila se derrumbó. Todo se vino abajo como una torre de Jenga. Todos los platos se hicieron añicos. Los cachitos volaron por los aires como metralla. Me quedé ahí, aturdida, con las dos tazas que había rescatado a tiempo del montón, contemplando las ruinas insalvables.

Me da la impresión de que los antidepresivos no me están haciendo efecto. Creo que me provocan temblores. Me siento vibrar. Tengo la boca seca. Sudo más de lo normal, y

lo que es peor, no paro de pensar en suicidarme.

Las luces de la calle pasan a toda velocidad por la ventanilla. Giuseppe me lleva en coche. Le he dicho que no me apetecía, pero ha insistido.

Soy una rehén, obligada a permanecer sentada y escucharle hablar sobre el arrepentimiento.

—¿Podemos poner la radio? —pregunto.

—Yo no creo en el arrepentimiento —dice, ignorándome—. Todo lo que me ha pasado en la vida me ha llevado adonde estoy ahora mismo. Si me arrepintiera de algo, no sería quien soy hoy. Por eso no creo que nadie deba arrepentirse de nada.

Giuseppe es demasiado ignorante y arrogante como para comprender que a algunas personas no les gusta su vida, ni quiénes son.

—¿Tú te arrepientes de algo, Gilda?

—Sí —contesto, saliéndome del personaje.

—¿Qué? —suelta, impactado. Espera que le dé la razón a todo lo que dice—. No, seguro que no. No digas eso.

—Pues claro que me arrepiento de cosas —repito—. Me arrepiento de muchas cosas.

Giuseppe apenas me conoce. Por lo que sabe de mí, podría ser una caníbal.

—¿No crees que los caníbales deberían arrepentirse de comerse a la gente? —pregunto.

—¿Qué?

—Yo me arrepiento de haberme subido a este coche —gruño—. A veces me arrepiento de haber nacido. Me arrepiento de más cosas de las que no me arrepiento.

—¿De qué hablas? —Me mira, muy confuso.

—Eres idiota —digo. *Basta*—. Y además, el peor tipo de idiota, porque no tienes ni idea de que eres idiota.

Abre la boca, aturdido. Continúo:

—Yo aquí paralizada por lo insignificante y boba que soy, y tú venga a vomitar reflexiones estúpidas e irracionales, como si tuvieras idea de algo.

Basta.

—A pesar de estar completamente segura de que soy

una ignorante, estoy igual de segura de que soy menos ignorante que tú. Te voy a dar una noticia, Giuseppe: no tienes ni idea de nada. Eres un fraude. No has demostrado ni una pizca de conciencia respecto a la realidad de las cosas. Te has engañado a ti mismo pensando que has descubierto algo que nadie sabe, pero es que tú tampoco lo sabes. Si alguien descubre el secreto de la vida, no vas a ser tú. Es muy fácil sentir que lo entiendes todo cuando eres un imbécil flipado y pagado de sí mismo.

Basta.

—Nunca has dicho ni una sola cosa que me pareciera inteligente. No tienes ningún tipo de autoridad para hablar de la vida. La única razón por la que has tenido algo de éxito es porque te has aprovechado de la ingenuidad y la desesperación de la gente.

Basta.

—La ignorancia es felicidad, Giuseppe, ¿lo sabías? Si alguna vez te sientes especialmente feliz, tómate un momento para darte cuenta de que probablemente es porque eres tonto de remate.

—¡Serás... bollera! —grita. Me quedo de piedra.

—¿Cómo sabes...?

—¡Puta gilipollas! —ruge—. ¡Que te den por culo!

Mientras sigue poniéndome a parir a gritos, me doy cuenta de que solo está soltando insultos al azar, no es que sepa que soy lesbiana.

—¡Largo de mi coche!

Camino por una calzada oscura sin acera. Miro las siluetas de los pinos que se mecen alrededor. No se oye ni un ruido, a excepción del crujido de las ramas. Me da un escalofrío y entonces me doy cuenta de que en realidad me da igual lo que me pase. Podría atropellarme un coche, o secuestrarme un asesino en serie, o perderme por ahí, pero cualquiera de esas cosas me parecería lo mismo que volverme a casa a dormir.

Me pongo a andar por el medio de la calzada.

—¿Estás bien? —me pregunta Jeff.

Levanto la vista de las manos.

—Estoy bien.

—Parece que estás dándole vueltas a algo —comenta.

—Estoy bien —repito, mirando el anillo que lleva en el dedo.

—¿Te ayudaría venir a confesarte? —propone.

—No, gracias.

—Vale, maja. —Asiente y se da la vuelta para irse.

—¡Espera! —Se me ha ocurrido algo—. ¿Tú a quién le confiesas tus pecados?

—¿Perdón? —Se da la vuelta.

—¿A quién le confiesas tus pecados? —repito, más alto —. Cuando algo te atormenta, ¿a quién se lo confiesas?

—Ah, pues a otros sacerdotes —responde—. Voy a otras iglesias. ¿Por qué?

Una mujer de piedra me mira desconsolada. Es la estatua que custodia Nuestra Señora de los Dolores, la iglesia católica que hay en el otro extremo de la ciudad. Dudo antes de entrar; no tiene un nombre demasiado atrayente, y la mujer tristísima que hay en la entrada no da muchas ganas de pasar. Pero si tuviera que evitar todos los edificios hechos para mujeres tristes viviría en la calle; así que, después del primer impulso de rechazo, entro en esa iglesia tan inquietante.

El interior es muy sombrío. Cada paso que doy hace vibrar todo. En el suelo hay una alfombra granate, y en los muros, unas vidrieras rojas que hacen que la luz se derrame por los bancos. Me siento como una miguita de pan descendiendo por un cuerpo humano.

Recorro las hileras de bancos hasta encontrar el confesionario. Corro la cortina negra y me siento a un lado de la cabina.

—Hola —saludo al cura que me está esperando dentro.

—Hola —contesta una voz brusca—. ¿Tú eres la que ha llamado?

—Sí —respondo. Pedí cita antes de venir.

—¿Alguna vez te has confesado?

—Sí.

—Pues cuando quieras.

Me aclaro la garganta.

—Me preguntaba... Si alguien le confiesa algo terrible...

—No se empieza así —me corrige.

—Cierto. Perdón. —Me aclaro la garganta otra vez—. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Me estaba preguntando, ¿usted informa a la policía de las confesiones?

—No —responde—. Mi deber es no revelar nada. Se llama secreto de confesión.

—¿Ni aunque sea algo horrible? —recalco.

—Tengo el deber de no hacerlo.

—¿Alguna vez le han confesado algo que la policía debiera saber?

—Sí, pero no informo de ninguna confesión a la policía.

—Interesante —comento, dándole vueltas a la respuesta.

—¿Tienes algo de lo que confesarte? —pregunta tras una pausa.

—Eh... —balbuceo—. No.

—¿No te arrepientes de nada? —insiste.

—A ver, sí, de muchas cosas —admito.

—¿Como qué? —tantea.

La verdad es que no me apetece ponerme a hablar de las cosas de las que me arrepiento, pero este hombre se ha metido aquí con la intención de absolverme de mis faltas, y no quiero decepcionarle.

—Me arrepiento de mentir.

Hace un ruido para confirmar que me está escuchando.

—He estado fingiendo ser alguien que no soy —explico—. Hubiera preferido no haberlo hecho, pero ahora estoy atrapada.

—Mmm. Rezaré para que salgas de esa situación.

—Gracias.

—Dios te perdonará —añade—. ¿De qué más puedo absolverte?

Hago una pausa para pensar. Paso las páginas del larguísimo catálogo de arrepentimientos que tengo

archivado en la mente.

—Cuando era pequeña me colaba en el cuarto de mi hermano —me oigo decir a mí misma—. A veces me robaba las cosas, así que hurgaba en su dormitorio para ver si encontraba lo que me había quitado.

Hay asuntos en los que intento no pensar. Este es uno de esos recuerdos que he guardado en el rincón más oscuro de mi conciencia.

—No debería haberme metido en su cuarto. Debería haber respetado su intimidad, aunque me hubiera quitado las cosas. No debería haberme metido ahí.

El cura vuelve a murmurar para que sepa que me está escuchando.

—Me gustaría que se me perdonara por eso —explico —. Me hace sentir muy mal.

Debajo de la cama, Eli tenía una caja de zapatos llena de polaroids. La encontré cuando estaba buscando el cargador de mi móvil. La caja estaba llena de fotos de Eli vestido con ropa de mujer. Algunas de las prendas eran mías.

Me senté en el borde de su cama para mirar la caja. Cuando vi las fotos, me eché a reír. Me parecieron ridículas. Luego me di cuenta de que la mayoría de la ropa era mía, y me invadió un arrebato de furia al descubrir que me la había robado. Pero el enfado se calmó cuando vi su cara de felicidad, y la manera en la que había combinado una de mis blusas. Cuanto más lo miraba, más me daba cuenta de que no era gracioso, y que lo que yo sentía no era furia.

—¿Eso se puede perdonar? —pregunto.

—Claro que sí.

—Los asesinos son un peligro —dice Barney, sosteniendo el libro que me pidió que le comprara—. Creo que se debería apartar de la sociedad a todos los enfermos mentales —afirma—. No puedo creer que vivamos en un mundo lleno de psicópatas sueltos por ahí. ¡Algunos son profesores! ¡O empleados de escuelas!

—¿Y cómo sabemos cuáles son enfermos mentales? —pregunto.

—Pues... —dice, abriendo el libro—. Este libro enumera las principales características de los psicópatas. Creo que se debería vigilar a cualquiera que cumpliera estos puntos.

—¿Qué puntos son?

—Suelen sufrir acoso escolar de pequeños —explica—. O cometen delitos menores, como hurtos. O les cuesta mantener un empleo estable.

Hoy es mi cumpleaños. Llevo veintiocho años existiendo. Eso son 336 meses, o 10220 días. Eso es un año más de lo que vivieron Kurt Cobain o Janis Joplin, y cinco más de los que tenía mi madre cuando me tuvo a mí.

Si viviera en Mercurio, tendría 116 años. Habría orbitado el sol todas esas veces. En Venus tendría 45 años. En Marte, catorce años. En Saturno, Urano, Neptuno y Plutón, no habría cumplido ni uno todavía.

Nací tarde. Existí en las entrañas de mi madre como un bebé plenamente formado durante dos semanas más que la mayoría de los humanos. Eso significa que probablemente tengo 10234 días de vida.

Si vivo tanto como Grace, llegaré a los 31390 días. Eso no parece mucho en la inmensidad del universo. E incluso a una escala menor, parece poco.

Una vez leí que las mujeres nacen con todos los óvulos que van a producir en su vida. Eso significa que el óvulo que me creó tiene la edad de mi madre. Si lo miramos así, una parte de mí tiene 55 años.

Mis padres y Eli me cantan el cumpleaños feliz. Mi madre ha hecho una tarta de chocolate. Encima le ha dibujado una G grande con glaseado amarillo y ha llenado la tarta de velas rosas.

—¡Pide un deseo! —dice, señalándolas.

Miro las llamitas y deseo:

Ojalá encuentre algo que me saque de mis pensamientos sobre la futilidad de la existencia, o bien ojalá me muera de la forma menos molesta para mi familia.

Soplo las velas.

—¡No lo digas! —exclama mi madre—. ¡Que si no, no

se cumple!

—Gracias por hacerme la tarta —digo al ver su cara resplandeciente.

Le miro la boca.

—No puedo creer que ya haga veintiocho años que te tuvimos. —Sonríe.

—Es una tontería —me advierte Eli.

A pesar de habernos peleado, me ha traído un regalo de cumpleaños.

Rasgo el papel y saco un cuadro en un lienzo.

—Anda —dice mi madre a mi espalda.

—¡Qué cuadro tan bonito! —señala mi padre.

Me ha pintado un cuadro de Flop.

—No es una tontería —digo, con una sonrisa.

Mi madre me ha dado un táper con sobras de la tarta.

—¡Puedes llevártelo al trabajo! —ha dicho.

—Buena idea —le he contestado yo.

En cuanto he llegado a casa me he desvestido y me he metido en la cama como una rata desnuda en su madriguera.

Suena el teléfono.

—¿Sí?

—¡Gilda! ¿Qué haces esta noche? —pregunta Ingrid.

Miro el táper de tarta.

—¡Quedamos en el Fox! —dice—. Y tomamos algo.

—Eh, no me apetece mucho...

—¡Me la pela!

Ingrid me ha regalado un peluche.

Me lo da con una sonrisa.

—Te has acordado —digo mientras lo cojo.

Es un cerdo.

—¡Cómo no me voy a acordar! ¡Es tradición!

Sonrío a pesar de que estoy rota por el detalle.

—Qué bonito —balbuceo mientras se me saltan las lágrimas.

—Debes de estar borracha —se burla. Me agarra de los hombros.

—Voy fatal —miento.

Está tocando un grupo. Las luces se mueven al ritmo de la música. Cada vez que suena el bombo de la batería, todas las luces se encienden y se apagan. Unas luces rojas parpadean al ritmo del bajo. Cada vez que la cantante llega a una nota alta, todos los focos apuntan hacia ella.

—¿Cómo están ustedes? —grita la cantante a la multitud.

En medio de los gritos de respuesta, me permito decir en voz alta:

—La verdad es que últimamente no he estado muy allá.

Me doy la vuelta y veo que la sala se ha llenado de gente. Pienso en lo raro que es ver a otros animales hacer las mismas cosas que los humanos. ¿Y si los pájaros dieran conciertos? Empiezo a imaginarme una bandada de cientos de pájaros alrededor de otro pequeñito que les canta. Eso es, pienso. Solo somos una bandada de animales mirando a otros animales hacer ruido.

—Eleanor —me oigo decir al teléfono—. ¿Y si los pájaros fueran como las personas?

«¿Y si los pájaros dieran conciertos, no sería rarísimo?»

«¿Y si celebraran bodas?»

«¿Y si se hicieran regalos?»

Eleanor me aparta la mano cada vez que la acerco a su tripa. Nunca me ha dicho explícitamente que no le toque el abdomen, pero me doy cuenta de que no quiere por su manera de cogerme la mano y moverla hacia la cadera o hacia las costillas. Es más delgada que yo, pero parece darle igual. Se piensa que su abdomen no es bonito.

—Me gusta tu tripa —le digo, en un despliegue de sutilidad.

—Sí, hombre —contesta, riéndose.

Es raro cómo a la gente no le suele gustar nada su cuerpo. Es raro que perdamos el tiempo preocupándonos sobre cómo la piel envuelve nuestros huesos o dónde nos crece la grasa.

—Eres muy guapa —añado.

Suelta una carcajada fortísima.

—¡Sí, hombre!

Jeff ha ido al hospital a darles la extremaunción a pacientes moribundos. Yo estoy sentada a mi mesa, mirando al infinito a través de la puerta de su despacho. Dentro hay otra puerta que lleva a la rectoría, donde vive.

Me levanto y atravieso las dos puertas. No pienso en lo que hago hasta que ya lo he hecho. Cierro las puertas tras de mí y paro un momento.

Estoy dentro de la casa de Jeff. Huele a canela y a detergente. Echo un vistazo al salón. Miro el sofá marrón y las chucherías que tiene por todas las mesitas. Tiene un montón de figuritas de pájaros de porcelana. Hay un óleo de un jardín colgando encima de una tele prehistórica, y libros apilados en el suelo.

Me paseo por el salón y la cocina. En la encimera tiene algunos montones de papeles. Los hojeo. La mayoría son facturas. Hay una postal de una familia. Detrás pone que se lo están pasando genial en la India. Han visto elefantes y han comido pollo tandoori.

Abro los cajones y saco miles de fotos. Miro a Jeff. Está mucho más joven. Tiene el pelo castaño. Me siento en la mesa y sigo mirando las fotos hasta que identifico la cara de Grace.

Examino la imagen. Aparece con Jeff en el campo. Están haciendo un pícnic. Cada uno sostiene un plato blanco. Están comiéndose unas mazorcas de maíz y unas hamburguesas. Jeff sonríe ampliamente y Grace se ríe. Parece que le acabe de contar un chiste...

Oigo un tintineo de llaves en la entrada.

Mierda.

Devuelvo las fotos a los cajones y los cierro. Corro hacia la puerta trasera por la que he entrado e intento abrirla, pero se ha cerrado a cal y canto.

Mierda.

¿Por qué me he metido en esto?

Me alejo de la puerta, buscando algún lugar donde esconderme. Corro al dormitorio, me tiro al suelo y me meto debajo de la cama de Jeff. No hay casi hueco y se me clavan los muelles del colchón. Cierro los ojos e intento

imaginar que no estoy aquí.

No estoy aquí.

Oigo el golpe de la puerta.

Oigo pasos hacia mí.

No estoy aquí.

Los pasos se paran.

Abro los ojos y veo los mocasines marrones de Jeff justo delante de mis narices.

Mierda.

Me tapo la boca con la mano y rezo a todos los dioses que conozco para que no me encuentre aquí. Por favor, Jesucristo, Júpiter, Elohim, Zeus y Ra. Tened piedad. No puedo explicarlo. No hay ningún motivo que justifique que me haya escondido debajo de su cama. Si es un asesino, estoy muerta. Si no lo es, ojalá estar muerta.

Jeff se arrodilla a mi lado y noto cómo las lágrimas empiezan a resbalar por mis mejillas mientras me invade la certeza de que he sido descubierta. Ojalá pudiera matarme a mí misma antes de que me viera.

Muere, cuerpo, por favor.

Cierro los ojos y espero morir, o si no, que me descubra. Pero no ocurre ninguna de las dos cosas.

En lugar de eso, oigo la voz de Jeff diciendo:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

Mi corazón se calma poco a poco. Está rezando. No me ha pillado. Solo se ha arrodillado junto a su cama para rezar.

—Señor, por favor, ayúdame a entender las cosas que conducen a las personas a la desesperación. Por favor, ayúdame a hacer justicia para mi amiga Grace, que ha encontrado su hogar contigo, y por favor ayúdame a perdonar al culpable de su partida. Por favor, ayúdame también a no estar tan triste y a encontrar consuelo en la paz que das a los que mueren. Amén.

Después de cuatro horas escuchando cómo Jeff se pega una maratón de *Los Walton*, y con el cuerpo más tieso que un cadáver, por fin oigo las trompetas celestiales: los

ronquidos de Jeff. Me muevo con toda la lentitud y el sigilo que puedo, como un gusano que emerge debajo de una roca. Paso de puntillas por delante del cuerpo aletargado de Jeff, llego a la entrada y salgo al exterior.

Ya estoy fuera. Respiro hondo como un delincuente liberado después de un montón de años en prisión.

Estoy tan aliviada de haber escapado de esa situación horrible que estoy al borde del llanto. Me acabo de quitar un peso de encima al confirmar que Jeff no es un asesino de ancianas. Solo es un hombre triste.

Dedico un milisegundo a saborear el alivio de descubrir que mi jefe no es un asesino, y que no me ha pillado escondida en su casa, antes de que la ansiedad vuelva a hacer aparición en el primer plano de mi mente.

—*Eh, espera un momento*. —Mi ansiedad levanta la mano.

—¿Qué?

—*Si Jeff no mató a Grace, ¿quién la mató?*

Cuarta parte

Cuaresma

—El pueblo hebreo del Antiguo Testamento comprendía que la vida humana era corta y que todos acabarían enfermando, envejeciendo y muriendo. Cuando los hebreos desobedecían a Dios, eran llamados a arrepentirse y a apartarse de sus pecados. Se vestían con ropas de tela áspera, se cubrían la cabeza con ceniza, ayunaban y rezaban pidiendo la misericordia de Dios.

Jeff hace una pausa.

—Queridos amigos —prosigue tras un momento de silencio—. Queridos hermanos, pidamos humildemente a Dios Padre, que bendiga con su gracia esta ceniza que, en señal de penitencia, vamos a imponer sobre nuestra cabeza.

La multitud responde:

—Amén.

Jeff rocía agua bendita sobre las cenizas.

La gente empieza a levantarse. Yo avanzo con la multitud.

Cuando llego al frente de la sala, Jeff me sonríe, me frota las cenizas en la frente y dice:

—Recuerda: polvo eres y en polvo te convertirás.

Barney sigue enfrascado en su libro sobre asesinos. Empiezo a preguntarme si debería sospechar de él. ¿Está haciendo el paripé llevándose el libro a todas partes? ¿Se estará haciendo el sueco?

—¿Qué opinas de Barney? —le pregunto a Jeff, por saber si también sospecha de él.

Jeff está sentado al lado de mi mesa, tomándose un café.

—¿Barney? Es un buenazo, ¿no? —Sonríe.

Barney siempre va a pie de casa al trabajo y del trabajo a casa. Vive a algunas manzanas de la iglesia. Lo sé porque acabo de seguirlo hasta su casa.

Lo he seguido a suficiente distancia como para que no se haya dado cuenta. Me he ido agachando detrás de unos arbustos por si se daba la vuelta, pero no lo ha hecho.

Ahora estoy delante de su casa, mirando por la ventana de la cocina, cubierta de papel pintado amarillo. En la pared hay un calendario que lleva dos meses sin pasarse de

hoja. Tiene la encimera llena de basura. Pilas de platos, ollas y sartenes sucias. También hay un cubo sucio, un montón de botellas de agua, una caja de cereales abierta, plátanos pochos y una planta muerta.

Se está haciendo pasta. Está plantado delante de la olla, esperando a que hierva. No hace más que suspirar. Después de presenciar cómo Barney pasa la tarde solo, en actitud siniestra, comiéndose los macarrones directamente de la olla, decido marcharme. Me escabullo por el lateral de la casa hacia la parte frontal.

Mientras salgo, aparece un coche que me ilumina con los faros.

Me da un vuelco el corazón.

—¿Hola? —dice la conductora.

La ignoro mientras sale del asiento. Me doy cuenta de que está embarazada. Debe de ser la hija de Barney. Aprieto el paso hacia la acera.

—¿Hola? —repite—. ¿Qué hacías detrás de la casa?

Echo a correr.

Empieza a gritar:

—¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Qué coño haces?

Acelero. Corro calle abajo. El viento helado me azota en los oídos.

Atravieso un parque como un bólido y bajo por un camino peatonal vallado. Cruzo un jardín. Corro por la acera. No paro hasta que me empieza a doler el pecho. Giro hacia una tienda de alimentación y decido esconderme allí. Entro en la tienda jadeando.

Nada más entrar, la cajera se vuelve hacia mí.

—¡Oye! ¡Tú! —grita.

El corazón me da otro vuelco. ¿Ha llamado la hija de Barney a la policía y ha puesto sobre aviso a la cajera de la tienda?

Me doy la vuelta para mirarla.

—¿Qué? —digo.

—Tienes algo en la cara.

—¿Qué?

—Que tienes una mancha en la cara —me suelta—. En

la frente. Es que se me ha ocurrido decírtelo. A mí me gustaría que alguien me dijera si tengo algo en la cara. —Sonríe.

—Ah. —Respiro profundo, limpiándome la ceniza que Jeff me ha rebozado antes en la frente—. Gracias.

Me doy cuenta de que es una tienda de platos. Compro dos boles, dos platos y dos vasos para sustituir los que he roto.

En el autobús de vuelta a casa voy leyendo artículos sobre asesinatos.

Juana Barraza era una luchadora profesional que mató a más de cuarenta ancianas. Las estrangulaba y las mataba a golpes. Decía que lo hacía por el resentimiento que sentía hacia su madre, que la vendía a los hombres a cambio de cerveza.

Thierry Paulin mató a unas veinte ancianas. Mató a una mujer obligándola a beber limpiador de desagües. A otras les metió la cabeza en bolsas de plástico. Algunos informes dicen que elegía a las mujeres que parecían antipáticas. Él decía que lo hacía para robarles.

Ed Gein desenterró el cadáver de su madre, mató a dos mujeres y utilizó los huesos y la piel de los cuerpos para crear trofeos terroríficos.

Busco una foto de Ed Gein y me doy cuenta de que me he pasado de parada. Le doy al botón y voy a la puerta trasera del autobús.

Miro cómo los pasajeros respiran a mi alrededor mientras espero a que pare el autobús. Pienso en lo raro que es poder acabar con la vida de alguien. Es como un poder mágico muy siniestro, convertir a alguien en un ser inerte.

Me acuerdo de cuando vi a unos rinocerontes masticando ramas de árbol en el zoo de Toronto. Nos llevaron de excursión en quinto. Recuerdo mirar a los rinocerontes, escuchar cómo las ramas crujían entre sus dientes y pensar: son como los dinosaurios, y los dinosaurios son como los dragones. Y entonces decidí que los rinocerontes eran criaturas mágicas. La única razón por la que no se

consideran mágicas es porque son reales.
Me trago un antidepresivo con agua del grifo. Todavía tengo la boca seca y sudo más de lo habitual; sin embargo, he cogido un cuchillo y apenas he pensado en clavármelo. En lugar de eso, pienso en la manzana que estoy pelando y en que la fruta es bastante mágica.

En el mundo hay un montón de cosas que podrían considerarse mágicas si no fueran reales. Los sueños, por ejemplo. O que un bebé se forme dentro del cuerpo de una mujer; o la reproducción en general. Los castillos. Los árboles. Las ballenas. Los leones. Los pájaros. Los arcoíris. El agua. Las auroras boreales. Los volcanes. Los rayos. El fuego.
Asesinar es como hacer magia negra. Si no supiéramos que existe y un día lo descubriéramos, sería como descubrir que los vampiros existen, o que el infierno es real, o que hay monstruos de verdad debajo de nuestras camas. Los asesinos lo han descubierto y se han dado cuenta de que es un poder útil y real. A pesar de ser animales intrascendentes en un peñasco flotante en medio del espacio, han descubierto lo más parecido a emitir chispas por los dedos y quieren ponerlo en práctica, caiga quien caiga. Necesitan sentir ese poder.
—¡Anoche alguien intentó robarme en casa! —ruge Barney mientras irrumpe en la iglesia por la puerta principal.

Me quedo paralizada. Estaba regando los helechos que hay junto a la entrada. Temo que sepa que fui yo.

—¡Este barrio es una vergüenza! —grita—. ¡Vaya nido de delincuentes! ¡No puede estar uno tranquilo ni en su casa! —Me mira—. Gilda, ¿tienes pimienta?

—¿Qué?

—Espray de pimienta —aclara—. ¿O espray para osos? ¿O un arma? ¿Llevas algo con lo que defenderte?

Antes de decir que no, dudo. Igual me lo pregunta para saber si soy vulnerable. Igual está fingiendo preocupación pero en realidad me pregunta para saber si puede atacarme.

—Sí —miento—. Algo llevo.

—Bien. —Asiente con la cabeza.

Tecleo palabras al azar en un documento de Word mientas observo a Barney pasearse por la iglesia. Lo miro hablar con la hermana Jude. Ella le da palmaditas en la espalda mientras él le habla del intento de robo.

—Qué horror —dice—. Siento mucho que hayas tenido que pasar por eso, Barney.

Lo miro hablar con un grupito de parroquianos. Todos ponen cara de preocupación e inquietud cuando él cuenta que por poco le roban en casa. Menciona que su hija vio a la ladrona. Dice que era «una chica joven».

—¿Una chica joven? —repite un anciano, atónito—. Dios santo. Hoy en día cada vez es más difícil trazar el perfil de los delincuentes, ¿verdad? ¿Cómo sabemos en quién confiar?

Miro a Barney, que asiente con solemnidad a su público.

Por lo que sé, esta iglesia no hace ningún tipo de investigación de antecedentes a sus empleados, porque a mí no me la hicieron. Jeff no me pidió ni el currículum antes de contratarme. Visto así, Barney podría ser un preso fugado. O un asesino en serie.

Hoy se casa una pareja. La novia es rubia y va toda vestida de blanco, a pesar de lo que le he oído decir a su suegra en el vestíbulo.

Estoy en la parte de atrás de la iglesia, mirando a la pareja en el altar. Se miran a los ojos y se cogen de las manos.

Observo la iglesia y a la gente sentada en los bancos. No paran de sonreír. Algunos tienen los ojos empañados.

Me pregunto por qué hacemos estas cosas. Nos regalamos piedras mutuamente y nos compramos ropa cara para firmar unos papeles que dicen que seremos el compañero del otro hasta que nos muramos. Involucramos al gobierno en todo eso.

Vuelvo a mirar las caras felices de los invitados. Les encanta. Les encanta ver a estos dos casarse.

Los novios se miran y se sonríen.

Algo me hace clic en la cabeza. Los hace felices. Se

compran ropa cara e involucran al gobierno en todo esto porque los hace felices.

Paso un cuchillo afilado por una pechuga de pollo fría y cruda. Miro el interior rosado y carnoso. En los filetes hay unas vetas de color rojo intenso.

—¿Esto es normal? —le pregunto a Eleanor.

Ella asiente.

Estamos haciendo la cena en casa. He traído vino robado de la iglesia.

No sé cocinar y no es una gran contribución.

Eleanor lleva un rato removiendo una salsa picante con azúcar moreno y copos de pimienta roja en una cacerola. También le ha echado un chorrito del vino que he traído.

Sazona el pollo y le echa la salsa roja. Miro fijamente los trozos sanguinolentos, rojo intenso, y me pregunto: ¿Qué aspecto tendrá la carne humana?

—¿No tienes hambre? —pregunta Eleanor mientras se lleva el tenedor a la boca.

No quiero ofenderla si no me como lo que acaba de cocinar.

Corto un trozo del pollo, me lo llevo a la boca y mastico.

—¿Te gusta?

Asiento. Miro a Eleanor, con la cara apoyada en la almohada.

Tiene los ojos castaños.

—Tienes los ojos castaños —le digo.

—Ya lo sé —contesta con una sonrisa.

—¿Tú te quieres casar en el futuro? —le pregunto.

Se ríe.

—¡No me respondes a la mitad de los mensajes que te mando y ahora te quieres casar! ¿No te parece un pelín pronto para preguntarme eso, Gilda?

—Solo era por saber —explico—, en general, ¿quieres casarte con alguien en algún momento?

—Pues… —contesta mientras se coloca boca arriba—. No lo tengo muy claro.

Tiene muchas pecas.

—Tienes muchas pecas.

—Ya lo sé —contesta con una sonrisa.

Sueño que Barney me estrangula con un cinturón.

Sueño que me mete la cabeza en una bolsa de plástico.

Sueño que me obliga a beber WC Net.

Me pone una almohada en la cara y un cuchillo en la garganta.

Me ata una soga al cuello y me apunta con una pistola en la sien.

Pone una bomba en mi cuarto.

Yo grito: «¡Basta, por favor! ¡Basta!».

Me retuerzo y forcejeo: «¡Mátame ya!».

El estómago me da un vuelco y abro los ojos.

Estoy en la cama de Eleanor y tengo náuseas.

A lo mejor se me pasan si me vuelvo a dormir, me digo.

Cierro los ojos.

El estómago me da otro vuelco. Miro el techo en penumbra. Por la frente me resbala un sudor frío.

Me siento y me deslizo al baño en silencio.

Enciendo la luz y miro el váter. En cuanto proceso la imagen del váter, mi estómago recibe la señal de que ya puede vomitar, y me caigo de rodillas.

Intento hacerlo en silencio, pero no paro de hacer ruidos sin querer cada vez que me da una arcada.

Cállate, le digo a mi cuerpo.

Arcada.

Cállate.

Arcada.

Soy incapaz de controlar el ruido, o los espasmos de mi cuerpo que me retuercen la espalda y el cuello mientras vomito. No tengo ningún tipo de control sobre mí misma, estoy atrapada en este organismo estropeado.

Arcada.

Oigo movimiento en el dormitorio.

—¿Gilda? —La voz de Eleanor suena en el pasillo—. ¿Estás mala?

Intento decirle que estoy bien, y que se vuelva a la

cama, pero solo abrir la boca ya me revuelve el estómago. Vomito en el suelo. Mierda.

Miro por todo el baño. Todas las toallas son blancas. No sé cómo limpiar esto.

Arcada.

Oigo sus pisadas en el suelo.

Deja de potar, le digo a mi cuerpo mientras pota.

Abre la puerta.

—Ay, no. Estás mala —dice.

—Estoy bien, tranquila, no pasa nada —musito—. Vete a la cama. Estoy bien.

Abre el grifo, llena un vaso de agua fría y me lo tiende.

Intento darle las gracias, pero no puedo dejar de vomitar.

Me abrazo a la taza del váter y vomito sobre el agua el pollo rojizo a medio digerir.

Mientras siento la presión acumulada detrás de los ojos, mi estómago sigue retorciéndose, y me arde la garganta de la bilis del estómago. Miro cómo Eleanor saca una toalla limpia y doblada de una cesta y la usa para limpiar mi vómito.

—¿Crees que fue un hombre o una mujer? —me pregunta Barney. Está sentado en mi mesa.

—¿A qué te refieres? —digo.

Ojalá no se hubiera sentado tan cerca. Todavía tengo náuseas.

—Quien asesinó a Grace. ¿Crees que fue un hombre o una mujer?

—Un hombre —contesto, mirándole a los ojos.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Tengo un presentimiento —digo en voz baja.

—Pues no sé —musita—. Quizá fue la misma que intentó robarme en casa.

Busco en Google: «homicidio y género». Descubro que el noventa por ciento de los asesinos son hombres.

—¿Padre Jeff? —Llamo a la puerta del despacho de Jeff.

—¿Sí, maja? —Levanta la vista del cuaderno.

—¿Tienes un minuto?

—Claro, pasa, pasa. —Deja el bolígrafo en la mesa.

Me siento en la silla que hay delante de su mesa.

—He pensado mucho en Grace últimamente —le digo —. ¿Te importa que te pregunte por ella?

—Ah. Pues claro. ¿Qué quieres saber?

—No paro de pensar en ella. Me siento fatal por lo que pasó.

—Y yo —asiente Jeff—. Pero Grace está feliz en el cielo. ¿No te da algo de consuelo?

Asiento, aunque no me lo da.

—¿A qué se dedicaba Grace antes de trabajar aquí? —pregunto.

—Eh... —Piensa un minuto—. Trabajó un tiempo de cajera en una tienda.

—¿Y qué más?

—Pues... Era voluntaria en los Amigos de la Biblioteca. Le encantaba leer. Vigilaba el patio del colegio St. Gabriel. Le encantaban los niños. Hacía crucigramas. Era muy sociable, se involucraba mucho en las cosas de la iglesia. Se encargaba de la operación kilo. Era muy caritativa.

—¿Era simpática? —pregunto—. ¿Le caía bien a la gente?

—Mucho. —Asiente—. Le caía fenomenal a todo el mundo. Era un encanto.

—¿Crees que alguien pudo matarla para robarle?

—No creo —dice Jeff—. Llevaba una vida humilde, así que me extrañaría mucho.

—¿Se rodeaba de alguien con mala pinta? —pregunto —. ¿Conocía a alguien con problemas con las drogas, o algo por el estilo?

Jeff sacude la cabeza.

—No que yo sepa.

—Barney no para de hablarme del tema —digo en voz baja—. Se está leyendo un libro sobre cómo atrapar a asesinos.

Jeff asiente.

—Ya, está claro que también lo está pasando mal.

Asiento.

—¿Quién crees que la mató? —suelto.

—Pues no lo tengo nada claro —dice—. Era una mujer muy cariñosa y tranquila. No puedo imaginarme a nadie haciéndole daño. Pero he optado por no pensar más en ese tema, maja, y dejarlo en manos de Dios y la policía. No sirve de nada darle vueltas a estas cosas.

Busco en Google el nombre de Barney. Navego hasta encontrar su perfil de Facebook.

Su foto es un selfihecho desde un ángulo muy contrapicado. Comparte muchos artículos de *Fox News*. En su estado civil pone «casado». No domina la configuración de privacidad de Facebook; todos sus álbumes de fotos son públicos. Hizo un viaje a Florida hace tres años. Antes fue a una especie de convención de coches. Este verano fue a la playa y sacó varias fotos de su toalla en la arena. Al final del álbum tiene una foto abrazado a su hija. Me meto en el perfil de ella.

Publica muchísimas actualizaciones del estado de su embarazo.

«¡El bebé ya es del tamaño de una nuez!»

«¡El bebé ya es del tamaño de una manzana!» «¡El bebé ya es del tamaño de un melón!»

A Barney le han gustado todos esos estados.

Creo un perfil falso de Facebook.

Escojo el nombre de Homer S. Gerster.

Después de seleccionar la foto de un anciano en Google imágenes, voy al perfil de la hija de Barney y le doy a «Agregar amigo».

Estoy sentada en mi mesa escuchando el zumbido de la lámpara del techo. Miro cómo avanza el reloj de la esquina del ordenador. Son las 14:41. Las 14:42. Las 14:43. Deambulo con la mirada por la pantalla. Me fijo en la carpeta de correos enviados.

Hago clic, bajo y descubro cientos de mensajes escritos y enviados por Grace.

Abro todos los correos y leo con ansia cada palabra, mientras me riño a mí misma por no haber mirado aquí antes.

Les manda el pésame a algunas familias en duelo.

Querida familia Williams:

Toda la familia de esta parroquia nos acordamos de vosotros y rezamos a diario por el espíritu de John.

Por favor, leed el pasaje adjunto sobre la pérdida de un ser querido.

Un abrazo y que Dios os bendiga,

Iglesia de St. Rigobert

Reenviaba los correos que le reenviaban a ella. «¡Mira qué hámsters tan graciosos!», escribió. Envió uno que llevaba de asunto: «Carteles graciosos de iglesias». Estaba lleno de fotos de carteles colgados en iglesias que decían cosas como: «¿POR QUÉ HAY QUE COMULGAR EN MISA? PORQUE ES LA HOSTIA».

Le mandaba recetas a Rosemary. Leo una de mousse de chocolate. También le mandó las instrucciones para hacer kombucha y delicias turcas.

Escribió:

Hola, Rose:

Dile a Jim que ayer vi a un hombre igualito a él en la farmacia. Empecé a gritarle: «¡Jim, Jim!», y cuando se dio la vuelta y me di cuenta de que no era Jim, pensé en que es un milagro que aún no me hayan ingresado en una residencia de ancianos. Llevo todo el día riéndome.

Un abrazo de tu amiga,

Grace

El último mensaje que le envió a Rosemary fue para felicitarla por su cumpleaños.

Querida Rosemary:

¡Feliz cumpleaños con retraso! Cada vez estoy peor de la memoria. Perdón por no responder a tu mensaje de la semana pasada. Si se me vuelve a pasar, por favor tómate este correo como una felicitación para todos los años. ¡Espero que todos los cumpleaños y días que te queden en este mundo sean tan felices que no puedas ni aguantarlos!

Reviso los correos en busca de alguna mención a Barney.

Meto su nombre en el buscador y encuentro uno que dice:

Querido Barney:

Te echamos de menos por aquí y rezamos por ti.

Un abrazo,

Grace

Él contestó:

Dios te bendiga, Grace, muchas gracias. Estoy bien.

Barney

Leo los correos una decena de veces.

¿Por qué Barney no estaba en la iglesia, y por qué rezaban por él?

Hoy los niños del colegio del barrio van a representar una obra de teatro en misa. Se llama *Vía crucis* y ha atraído a un público más numeroso de lo habitual.

El protagonista es un niño rubio de unos diez años. Va vestido con un albornoz blanco enorme y en la cabeza lleva una corona de ramitas. No para de apretarse el cinturón del albornoz en su diminuta cintura. Le miro las manos mientras lo hace. En el dedo lleva una tirita morada. Me fijo en su boca: los restos de algo que ha comido le han dejado un bigote naranja encima del labio.

Justo cuando empiezo a cogerle cariño al niño, aparece una niña de diez años con una barba pintada en la cara y lo condena a muerte. Se apagan todas las luces de la iglesia.

Cuando vuelven a iluminar la escena, el niño de diez años porta una cruz al hombro. La cruz es increíblemente realista; parece lo bastante robusta como para aguantar una crucifixión de verdad. No es muy grande, porque si no este niño sería incapaz de cargarla. Es de tamaño infantil.

El niño se cae al suelo por el peso de la cruz. ¿Formará parte de la obra? Nadie más del público parece sorprendido por el tropezón. O es parte de la obra, o tienen las expectativas muy bajas.

Una compañera de Jesús, vestida con una sábana azul celeste, se arrodilla a su lado. Creo que hace de su madre. Le toca la cara con sus manos minúsculas. Vuelven a apagar todas las luces.

En la quinta escena, un compañero de Jesús se acerca para ayudarle a cargar la cruz. Es un detalle. Mi escena favorita hasta ahora.

Otra compañera le limpia la cara con un trapo y lo muestra al público. Vemos que en el trapo se ha grabado la cara de Jesús. El dibujo de un hombre adulto de pelo oscuro y barba contrasta con la cara pecosa de este niño rubio.

En la escena séptima vuelve a caerse. Creo que le viene grande el vestuario y se lo ha pisado. Seguro que el

albornoz es de su padre.

Un grupo de niñas vestidas con sábanas se arremolinan a su lado y hacen como que lloran.

Se vuelve a caer. Creo que ahora sí que ha sido a posta.

Una multitud de compañeros le arranca el albornoz. Gracias a Dios, el niño lleva debajo una camiseta y un pantalón corto. Aun así, es un poco incómodo.

Ahora un compañero finge clavarlo en la cruz. Empieza a dar golpes con un martillo de verdad a pocos centímetros de su mano. A cada golpe me da un escalofrío y tengo miedo de que calcule mal y le dé un martillazo de verdad al niño.

Creo que ahora está fingiendo que se muere; levanta la vista y mira al techo de la iglesia.

Después mira para abajo. Creo que ya ha terminado.

Ah no, lo tienen que bajar de la cruz.

Ahora lo tumban en el suelo, sobre la alfombra de la iglesia.

Se apagan las luces.

Todos aplauden.

Yo también, para integrarme.

Nos ponemos en pie. Ovación y vítores.

—¡Muy bien, chicos! —grita alguien.

Un hombre silba.

—¡Otra! ¡Otra!

—Qué bonito el vía crucis de este año, ¿no? —le comenta Barney a un anciano sentado delante.

El hombre tiene los pulgares debajo de los tirantes. Asiente.

—La niña que hacía de la Virgen lo ha bordado.

—Sí, estoy de acuerdo —coincide Barney.

—¿Qué te ha parecido? —El hombre se vuelve hacia mí.

—Pues... que seguro que la cruz pesaba un quintal —balbuceo.

Los dos asienten.

—Sí, sí, tenía pinta —murmura Barney.

—Bueno, ¿cómo va todo el follón ese de Grace

Moppet? —El anciano cambia de tema—. ¿Alguna novedad? ¿Ya se sabe quién fue?

Barney niega con la cabeza.

—Me temo que apenas nos han dicho nada. La policía se lo está tomando con calma. Yo le he estado dando vueltas y tengo un par de líneas de investigación. Si te digo la verdad, no confío mucho en que la policía lo resuelva. ¿Te he dicho que casi me roban en casa?

—¿Ah, sí? —dice el hombre, boquiabierto—. ¿Cuándo?

—Hace un par de noches. La policía no ha movido un dedo. Me han dicho que no hay pruebas. Les he llamado como ocho veces y me han pedido que pare. ¿Tú te crees? Si no son capaces de resolver ni un simple intento de robo, mucho menos un asesinato. No me dan ninguna confianza.

El hombre resopla.

—Adónde vamos a parar.

—¿Crees que alguien de aquí pudo tener algo que ver? —le pregunto a Jeff.

He vuelto a su despacho para preguntarle más sobre Grace.

—No, no creo —dice—. No se me ocurre nadie.

Me miro las manos. Me pongo a pensar en esqueletos, en los huesecillos de mis dedos.

—¿Por qué no rezamos una oración por Grace? —propone Jeff.

—Vale —contesto, y entrelazo mis manos de esqueleto sobre el regazo.

Jeff baja la mirada y dice:

—Venid en ayuda de Grace, santos de Dios; salid a su encuentro, Ángeles del Señor. Recibid su alma, y presentadla ante el Altísimo. Cristo que te llamó, te reciba y los ángeles te conduzcan al regazo de Abraham. Concédele, Señor, el descanso eterno y brille para ella la luz eterna.

¿Quién eres?, me escribe la hija de Barney.

Ha aceptado mi solicitud de amistad.

Hola, respondo, soy Homer.

¿Nos conocemos?, contesta.

Soy un viejo amigo de tu padre, le digo. Te conozco desde

pequeña. ¿Qué tal está Barney?

Ah, perdona. No me acordaba de ti. Está bien. ¿Te has enterado de que mi madre falleció el año pasado? Lo hemos pasado muy mal. Pero yo estoy embarazada y le hace mucha ilusión ser abuelo.

¿Su mujer ha muerto?

Siento mucho lo de tu madre, escribo.

Empiezo a imaginarme que Barney es un asesino en serie. Imagino que ha matado a su mujer.

¿Fue repentino?

Llevaba un tiempo con cáncer, escribe Eliza. ¿La conocías?

No, contesto. ¿Cómo lo está llevando Barney?

Está bien, dice. Mi madre siempre se ocupó de la casa, así que ahora le está costando cocinar y limpiar. Le he tenido que enseñar a poner la lavadora. Hace lo que puede. Seguro que le hace ilusión saber de ti. Le daré recuerdos de tu parte.

Barney se está comiendo un táper de macarrones. Llevo un rato mirando cómo se lleva el tenedor a la boca, una y otra vez. Se ha servido un vaso de agua del grifo.

Le miro las manos; tiene los dedos gordos y gastados, y en los nudillos le crecen pelos grises.

Me fijo en su alianza de oro.

Se atraganta un poco al tragar la pasta. Es bastante deprimente.

Le miro el pelo fino, las arrugas alrededor de los ojos y las cejas despeinadas de persona mayor. Me fijo en sus ojos y pienso en que esos siempre han sido sus ojos. Incluso cuando era niño, esos han sido sus ojos.

—¿Qué es lo peor que has hecho nunca? —le pregunto en voz baja.

—¿Perdón? —dice, volviéndose a atragantar con los macarrones.

—¿Qué es lo peor que has hecho nunca? —repito.

—Eh... —Mira al táper—. Menuda pregunta. ¿Por qué?

—Me preguntaba si te arrepientes de algo.

Piensa. Chasquea los dedos.

—Pues sí. Me habría gustado cuidarme más los dientes. Me he gastado una pasta en el dentista. ¿Tú te cuidas los dientes?

Asiento, aunque es mentira.

—Muy bien —dice, llevándose de nuevo el tenedor a la boca.

Una hormiga negra cruza la mesa a toda velocidad delante de Barney.

—¡Hormiga! —grita. Intenta aplastarla con el puño. Da tres golpes a la mesa, pero la hormiga logra escapar ilesa y sale corriendo por el otro lado.

Miro los macarrones que se ha tirado encima. Me fijo en la camisa sin planchar, medio salida del pantalón, y en que nada de lo que lleva va conjuntado.

Lo observo mientras él sigue intentando matar a la hormiga, sin éxito.

Este hombre no sabe ni freír un huevo. No sabe lo que es una fregona. No sabe planchar y literalmente no es capaz ni de matar a una hormiga.

Si Barney no mató a Grace, ¿quién fue?

Me veo mi propia coronilla. Es una sensación muy inquietante; pero igual debería tomármelo como un privilegio. Es como un superpoder, flotar por fuera de tu cuerpo. Es como volar. La gente paga para ver el mundo a vista de pájaro. Por eso en todos los miradores hay telescopios de monedas. La gente escala montañas solo por las vistas. Los asientos de ventanilla de los aviones se venden antes. A lo mejor es muy pesimista decir que me parece inquietante. A lo mejor mi visión física se deforma precisamente para obligarme a cambiar mi visión interna.

A lo mejor debería dejar de obsesionarme con quién mató a Grace.

A lo mejor debería dejar de preocuparme porque Eli tenga problemas con el alcohol, y a lo mejor no debería importarme que mis padres pasen olímpicamente.

A lo mejor debería dejar de pensar en negativo todo el rato.

A lo mejor debería mirar el lado positivo de las cosas.

—Eh, mira el lado positivo —le digo a mi cuerpo.

Hola, Grace:

Llevo un tiempo sin saber de ti. Espero que estés bien.

Por aquí todo tranquilo. Me paso la mayor parte del día tejiendo y

cuidando a Lou.

El domingo pasado fui a ver a mi hermana June. Se acaba de mudar a una residencia. Su hijo quería llevársela a casa con su familia, pero es muy dependiente. Parece a gusto, pero todavía está un poco confundida. No para de decir que tiene veintiocho años. Da igual lo que le digamos, ella dale que te pego con que acaba de cumplir veintiocho.

Mencionó nombres y lugares que llevaba años sin escuchar. ¿Te acuerdas de cuando íbamos al autocine? ¿Y de la tienda de Elm Street? No para de preguntarme por cosas que ya no existen. Se le antojó un vaso de Tab. Y quería ir a una casita de campo que teníamos en los ochenta. También mencionó a Freddie Wilkens. ¿Te acuerdas de Freddie Wilkens? ¿Qué habrá sido de él?

Es curioso lo que guardamos en la cabeza, que no nos damos ni cuenta. No creo que June se acordara de Freddie si le hubiera preguntado hace diez años, pero ahora tiene el recuerdo fresco, vete tú a saber por qué.

También mencionó a Rebecca Purst. ¿Te acuerdas? Se me cayó el alma a los pies cuando dijo el nombre. June no se acuerda de lo que le pasó. ¿Te acuerdas del hombre con el que acabó? Perdieron a todos sus hijos porque era una mala bestia. Ella se murió de cáncer hace unos años, no sé si te acuerdas. Una pena. Era un encanto cuando éramos jovencitas. Es muy raro pensar en las vueltas que da la vida.

¿Te acuerdas del chico con el que yo salí antes de Jim? Se fue a vivir a Costa Rica. Imagínate lo diferente que habría sido mi vida si me hubiera quedado con él. ¡Y me acuerdo de que tú querías ser monja! ¿Cómo habría sido?

Es gracioso recordarlo, ¿no? Aunque no volvería a esa época. Echo mucho de menos esos tiempos, pero no volvería a tener veinte años. ¿Te parece raro? La verdad es que estoy contenta con el rumbo que ha seguido mi vida y no me gustaría fastidiar nada.

June no me reconoció el domingo. Le dije: «Hola, June, soy Rosemary», y me puso cara de susto. Cuando por fin me reconoció, gritó: «¡Pareces una vieja!» La enfermera se moría de vergüenza. Yo me reí y le dije: «¡Es que soy una vieja!».

Espero que estés bien, Grace.

Un abrazo,

Rosemary

Por ninguna razón aparente, el corazón me late a mil por hora y me cuesta respirar.

Haz *mindfulness*, me digo.

Mira alrededor y di lo que ves.

Veo polvo en la cómoda.

Veo unos calcetines en el suelo.

Veo mi ropa colgando del armario.

Tengo seis sudaderas verdes idénticas. No sé qué me ha poseído para comprar seis sudaderas verdes. No es que me gusten especialmente las sudaderas, y mucho menos el verde. ¿Y por qué todos mis vaqueros son grises? Tengo una camiseta con un dibujo de un ojo. Y otra con un dibujo de un árbol talado. ¿Por qué? ¿Este es mi estilo? ¿Por qué existe el concepto de estilo? ¿Me cubro el cuerpo con telas por la misma razón por la que las tortugas se cubren con sus caparazones? ¿Soy como un pájaro y estas son mis plumas? ¿O es por otro motivo? ¿Por qué elegí estos colores? ¿Cuánto me gasté en todo esto? ¿Qué pasará con esto cuando muera? ¿Se donará y se lo pondrá gente a la que ni siquiera conozco? ¿Y si se lo pone alguien que sí conozco? ¿Y si se ponen una de estas sudaderas verdes sin tener ni idea? ¿Yo tengo ropa de segunda mano? ¿Alguien habrá muerto con alguna de estas prendas?

Miro un plato sucio en la mesilla de noche.

Miro la luz que entra por la ventana.

Miro la pantalla encendida de mi teléfono.

Bajo la mirada. Eleanor me ha escrito. No sabía lo que hacía cuando me he vestido esta mañana. Le he dado vueltas a qué ponerme hasta el absurdo. Y al final, no sé cómo, he acabado poniéndome un pantalón de chándal gris de chico y una camiseta gris talla XL. He llegado a la conclusión, después de una serie de piruetas mentales, de que esa era mi única ropa decente. Me ha poseído un espíritu maligno para convencerme de que estaba ridícula con cualquier otra cosa. No he caído en que quedar con Eleanor para ir al cine era como tener una cita, y que era muy posible que a la pobre le diera algo al verme aparecer vestida de blandiblú.

Me lavo las manos en el baño del cine. El jabón ya se ha disuelto, pero yo no dejo de activar el grifo automático para volver a lavármelas, porque me he dado cuenta de que soy una vergüenza.

Salgo del baño y saludo a Eleanor con la mano como una pasa. Lleva un rato esperándome pacientemente. Me abruma el contraste entre mi ropa y el conjunto arreglado

que lleva ella. Se ha puesto unos vaqueros y una camiseta limpia y ceñida. Le observo la cara. ¿Lleva rímel?

—¿Por qué me miras así? —dice.

—Perdona —contesto, desviando la mirada.

La gente debe de pensar que soy su prima pobre a la que ha llevado al cine a pesar de ser muy fea y muy rara.

Un empleado nos pica las entradas. Al pasar Eleanor, sonríe con amabilidad, pero cuando llego yo detrás se le congela la expresión.

Llegamos a nuestras butacas. Le digo a Eleanor: «¿Puedes aguantarme esto un segundo?», le extiendo las palomitas, me arrodillo y me santiguo.

Ella suelta una carcajada.

—¿Qué coño haces?

¿Qué coño hago?

No me gusta la película, pero sonrío a la pantalla. A Eleanor le hace mucha gracia; no para de reírse y de darse palmadas en la rodilla. Me invade la felicidad al escuchar sus carcajadas ridículas.

—¿Te ha gustado? —me pregunta mientras salimos del cine.

Tiro el cartón vacío de palomitas a una papelera.

—Sí. —Sonrío.

—Está todo roto —comenta Eleanor—. El espejo roto, la cómoda rota, el mando de la tele roto. La puerta del armario se cae. El abrelatas no funciona. La ventana no cierra. ¿Por qué no arreglas nada? —pregunta—. ¿Quieres que te ayude?

—Eh... No, gracias, estoy en ello —miento.

—Estás muy callada. ¿Estás bien?

La miro a los ojos.

—Estoy bien.

Unos golpes inesperados en la puerta me despiertan de pronto. Me incorporo, agarrotada por el pánico, y tanteo en la mesilla para mirar la hora en el móvil.

—¿Quién es? —pregunta Eleanor.

—No sé —le digo, frotándome los ojos.

Vuelven a llamar.

Me acerco a trompicones. Entorno la mirada al pasar por delante de mi reflejo en el espejo roto del baño. Tengo el pelo aplastado y marcas de almohada en las mejillas.

Abro la puerta y me encuentro con un agente de policía apoyado en el marco.

Me doy cuenta de que mi vecina tiene la puerta abierta. Ha salido a cotillear.

—Buenas noches —saluda el agente mientras me examina de arriba abajo.

—Buenas noches —contesto.

Estoy sentada en una sala pequeña y gris de la comisaría. Al otro lado de la mesa hay dos agentes. Me han dado un refresco de naranja.

No estoy segura de qué hago aquí. Me han pedido que venga y he dicho que vale. Estoy intentando ignorar mi flujo de pensamiento mientras este intenta averiguar el motivo.

Se me dispara el ritmo cardiaco mientras exploro las numerosas posibilidades. Busco por la sala algo con lo que distraerme. Pero aquí no hay nada que ver, está todo vacío. Solo hay un reloj en la pared. Oigo las manecillas.

Si me concentro en el tictac me entra más ansiedad.

Respiro hondo y me miro las manos. *Tic. Tac. Tic. Tac*. Me concentro en las líneas de los nudillos. *Tic. Tac. Tic. Tac*. En la forma de mis uñas.

El policía que ha venido a buscarme está rellenando unos papeles. Sin apartar la mirada, me dice:

—Delante del portal he visto un coche bastante hecho polvo. ¿Es suyo?

—Sí —respondo.

No he llevado a arreglar el coche después de que me embistieran por detrás en el semáforo aquel.

—¿Qué le ha pasado para acabar así? —pregunta, todavía sin mirarme.

—Tuve un accidente de tráfico —explica—. Una mujer se chocó conmigo en un semáforo.

—¿Y dio parte?

Niego con la cabeza.

—¿Por qué no?

—No... No sé —balbuceo.

No di parte porque no encontré la motivación para dar parte. Sospecho que este argumento puede ser difícil de entender para la gente que sí tiene impulsos de realizar tareas básicas, así que he decidido no comunicarlo. Prefiero ignorar el problema que ir a una comisaría, rellenar un montón de papeleo y hablar con la aseguradora. La simple idea de hacer un parte me cuesta mil veces más que aceptar la pérdida de mi coche.

El policía inclina la cabeza.

—Así que, según usted, se detuvo en un semáforo, cumplió todas las normas, alguien se chocó con la trasera de su coche, lo dejó en siniestro total, ¿y ni siquiera dio parte al seguro?

—Sí, bueno, a ver... Es que todavía no he llamado —miento.

—¿Suele beber, Gilda?

—¿Alcohol? —aclaro, por algún motivo. Supongo que mi existencia como ser humano implica que bebo agua y otros líquidos.

Me corrijo a toda prisa.

—No, n... No bebo.

—¿No bebe nada?

—Bebo un poco, pero no diría que suelo beber, no.

—¿Y ese día no bebió nada?

—No... Yo creo que no. Eran las ocho de la mañana.

—O sea que no se acuerda.

—¿Soy sospechosa de algo? —pregunto—. ¿Se me acusa de algo...?

El hombre duda antes de responder.

—¿Conocía bien a Grace Moppet?

—¿Que si conocía a Grace? —repito, procesando la pregunta—. No, no la llegué a conocer.

—¿Nunca?

—No. Empecé a trabajar en la iglesia después de que...

—Es su oportunidad para decir la verdad, Gilda.

—¿Qué? Estoy diciendo la verdad.

—¿Puedo preguntarle entonces —el policía suaviza la voz— por qué está tan nerviosa? —Se inclina hacia delante —. Lleva temblando y tartamudeando desde que entró por la puerta. Está pálida, respira de manera irregular...

—Siempre estoy así —afirmo, mientras le doy un golpe a la mesa con el dedo.

Los policías me han dejado sola en la salita y se han ido a deliberar.

Vuelvo a escuchar el tictac del reloj.

Siento como si me saliera de mi cuerpo; como si me observara desde el techo. Me miro la coronilla desde arriba.

¿Por qué estoy tan encorvada?

Siéntate.

Pareces una delincuente.

¡Siéntate!

Un agente vuelve a la sala.

Me siento.

No me mira. Intento hacer contacto visual con él, pero lo evita. Tiene la cara rosada. ¿Está ruborizado? ¿Es normal que el policía que te interroga se ponga tímido?

—¿Es usted lesbiana, Gilda?

—¿Qué? —No esperaba esa pregunta.

Se queda esperando la respuesta.

—Sí.

Me mira.

—Es curioso, ¿no? ¿Qué hace una lesbiana trabajando en una iglesia católica?

—¿Qué hace todo el mundo todo el rato? —contesto.

Él frunce el ceño.

—¿Qué?

No digo nada.

Vuelvo a sentir cómo salgo flotando fuera de mi cuerpo, hasta el techo.

Él sigue:

—Es muy raro que una lesbiana trabaje en una iglesia católica, ¿no? También es muy raro que no haya dado parte del coche. Está como ida, ¿no? Me preocupa. Actúa usted muy raro.

Miro cómo su boca se abre y se cierra. Se abre y se cierra. Se abre y se cierra.

Sobrevuelo por encima de mí misma mientras sigue diciéndome que estoy rara.

Sí, estoy rara.

Me miro esforzándome por contener una expresión que no sea tan rara. No puedo sonreír, por ejemplo, eso sería más raro aún. Igual debería asentir.

—¿Entiende por qué me preocupa? —pregunta, con las cejas levantadas.

Asiento.

Asiento.

¡Asiente!, me grito a mí misma.

Asiento.

Salgo de la comisaría en estado de shock. Estoy fuera de la realidad. Cada paso que doy es deliberado. Siento como si mi cuerpo fuera un vehículo que conduzco desde fuera. Soy consciente de todos mis parpadeos, de mis respiraciones.

Busco el intermitente antes de girar, hasta que me acuerdo de que mi cuerpo no es un coche y no tiene intermitentes. Miro alrededor, hiperconsciente de todos los detalles que me rodean. Las agujas afiladas de los pinos. Las motas de óxido de los coches de la calle.

—¿Quién es Giuseppe? —me pregunta Eleanor mientras entro en casa.

—¿Sigues aquí? —Tiro las llaves en la mesa de la entrada. Esperaba que ya se hubiera ido, a estas horas.

Está sentada en la cama, con mi teléfono en el regazo.

Hago una pausa.

—¿Me has mirado el móvil...?

—¿Tienes novio? —pregunta.

—No.

Parece a punto de echarse a llorar. Se tapa la cara con las manos.

—Lo siento... —empiezo a decir.

—¡No creo que te haya importado nunca! —grita a través de los dedos—. ¡Sabía que pasaba algo, pero no me esperaba esto! ¿Todo este tiempo me has ocultado que

tienes novio? ¿Desde el principio?

—No, Eleanor, no tengo novio —explico—. Esto es un malentendido. No es...

—He leído los mensajes —dice—. Te llama con nombres cariñosos, y obviamente no paráis de quedar. He visto que habláis por teléfono constantemente. Está claro que estás saliendo con el tío ese.

—Que no —intento explicar—. En realidad es una historia graciosa. Le...

—Por lo menos dime la verdad, Gilda. —Se descubre la cara.

—Te estoy diciendo la verdad.

—¡La mitad de las veces que te escribo no me contestas! —chilla—. Es como si no te interesara lo más mínimo. Me das pequeñas treguas para que me pueda agarrar a algo, para que piense que te gusto. En mi vida me he sentido tan patética. No haces ni un esfuerzo. No sé ni para qué sigo hablando contigo...

—Lo siento mucho...

—¿Por qué sigues conmigo? —pregunta—. Es evidente que ni siquiera te gusto.

—Me gustas —le digo.

—¿Y por qué haces esto?

—No sé qué me pasa.

—Dime una sola cosa que te guste de mí. Apuesto a que no puedes decir ni una...

—Me gusta lo fuerte que te ríes —digo inmediatamente.

Me mira.

—Pero qué gilipollez es...

—No es una gilipollez.

Sacude la cabeza y se levanta.

—Lo siento mucho —repito.

Se va.

Escribo Hola a Eleanor, pero no contesta.

Hola.

Hola.

Hola.

Subo por nuestros mensajes y releo las conversaciones antiguas. Me doy cuenta de que ella me escribe con frecuencia y yo no suelo responder. Rara vez le contesto más de dos palabras. Casi nunca inicio la conversación.

Hola, vuelvo a escribir.

El viento helado me azota la cara. Estamos bajo cero y el aire me quema la piel. Apenas oigo ni huelo nada; tengo los sentidos aletargados por el frío. Me toco el brazo izquierdo, entumecido, con la mano derecha, también entumecida. Me sumerjo profundamente en la certeza de que nunca más volveré a sentir nada.

Llego cuatro horas tarde al trabajo. Entro en la iglesia con cuidado, con la esperanza de escapar de las miradas de los parroquianos indiscretos.

Me he dormido. Me ha sonado la alarma, pero no la he oído. Se ha pasado tres horas pitando mientras dormía. Así que ahora tengo un dolor de cabeza atroz y una ansiedad inexorable al pensar en que no hay nada capaz de despertarme.

El teléfono de la iglesia parpadea, lo que significa que tengo llamadas perdidas. También hay dos correos en la bandeja de entrada.

Abro los correos. Ambos son de Rosemary.

El primero contiene una receta de turrón de avellana.

¡Te va a encantar, Grace!, escribe.

El segundo correo contiene fotos de una reunión familiar. En el cuerpo del mensaje pone: Querida amiga, solo quería compartir contigo un trocito de mi familia.

Miro las fotos. Confirmo que Rosemary es, en efecto, una anciana talludita. En la mayoría de las fotos aparece con delantal, y en todas sale riéndose.

Es muy bonito que sea feliz, yo creo. Es muy bonito que alguien sea capaz de ser feliz, en realidad. Y es increíble que el cuerpo humano tenga la capacidad de producir las sustancias químicas de la felicidad. Me jode un poco que a mí no me hayan tocado ninguna de estas sustancias químicas, pero de cualquier forma me alegro de que esta señora tenga suficiente dopamina, oxitocina y todo

lo que hace falta para sostener esa sonrisa, a pesar del hecho de que su marido se acaba de morir, y de que esos dientes probablemente sean falsos, y de que la vida humana no tiene sentido en general.

—¿Has hablado con la policía? —me pregunta Barney después de materializarse detrás de mí como Jacob Marley.

—Sí —respondo, cerrando a toda velocidad la ventana de mi ordenador, donde estaba leyendo un artículo titulado: «Cómo hacer que tu novia te perdone»—. ¿Por? ¿También te han llamado a ti?

—Sí. —Asiente.

Siento cómo me sube toda la sangre del cuerpo a la cara. Lo miro. ¿Le habrán dicho que soy lesbiana?

—Me temo que son unos inútiles —dice.

—¿Y eso? —Me sudan las manos.

¿Dirá lo de inútiles porque le han dicho que soy lesbiana?

—No hacían más que preguntarme por ti. —Sacude la cabeza—. No sé por qué, están empeñados en investigarte. Si ni siquiera la conocías. Qué incompetencia.

—¿Qué te han dicho de mí?

—No me acuerdo —dice—. Tenían muchas preguntas. Me han preguntado por tu carácter y tu comportamiento. O si había notado algo raro en ti. Son unos inútiles...

—¿Y no te han dicho por qué soy sospechosa? —pregunto.

—No. No tengo ni idea de por qué sospechan de ti. ¿Y tú?

Niego con la cabeza, con los ojos como platos.

—No, ni idea. Por eso me preguntaba si te han dado algún motivo. ¿Entonces nada? ¿No te dijeron por qué creen que soy sospechosa? ¿No preguntaron si tengo algo desviado...?

Me callo. ¿Acabo de usar la palabra «desviado»?

Sacude la cabeza.

—No. Creo que se están agarrando a un clavo ardiendo. No tienes de qué preocuparte.

Me tiemblan los hombros.

—No estoy preocupada.

Cuando encontré el cadáver de mi coneja, me pregunté si había muerto por mi culpa. Me pregunté si le había dado de comer hierbas venenosas, o si la había asustado. Sabía que los conejos pueden sufrir sustos de muerte. Pensé que a lo mejor había hecho algo. A lo mejor la había matado yo.

Hoy no he comido nada. No encuentro motivación para salir a comprar comida, y no me atrevo a interactuar con un repartidor.

Tampoco quiero gastar nada. Temo que estén a punto de descubrirme y echarme de la iglesia.

Abro la nevera. Contemplo la posibilidad de comer bicarbonato.

Abro el armario. Cojo una bolsa de hostias de misa. Al sacarlas, descubro detrás el paquete de Thin Mints que Eleanor me regaló. Me invade una tristeza infinita. Se me saltan las lágrimas. Cierro la puerta del armario con un golpe para alejarlas de mi vista, pero le doy tan fuerte que se rompe el otro herraje y el armario se cae al suelo. Un bol que había en la encimera también se hace añicos contra el suelo. El armario ha aterrizado en mi pie.

—¡Joder! —grito mientras me agarro el pie aplastado.

Sigo gritando «¡Joder, joder, joder!» cada vez más fuerte mientras me hago a la idea de mi nueva herida.

Llaman a la puerta.

Voy cojeando.

Mi vecina está en el descansillo, apretándose la bata contra el pecho.

—He oído un ruido —dice, asomándose a mi piso.

—Sí, se me ha roto el colgador del armario de la cocina.

Mira el armario, y acto seguido el espejo roto del baño.

—No sé si sabes que puedes pedirle al casero que te arregle todo eso —me dice, con la ceja levantada.

—Sí, ya lo sé, gracias —contesto mientras le cierro la puerta en la cara.

Me echo crema en las manos una y otra vez. Cada vez que me las miro, me impacta lo viejas que parecen. Debo de

tener la piel seca, digo para mis adentros. Seguro que estas no son mis manos.

¿Morir será como quedarse dormida, o como ahogarse? ¿O como otra cosa?

Me pregunto si será mejor morir con cierta violencia para evitar la sensación de la muerte.

Pienso en Flop muriendo en su conejera. Pienso en los inocentes pensamientos de una coneja herbívora, de pronto interrumpidos por la siniestra y cruda realidad de su muerte, mientras se le corta la respiración y la sangre deja de fluirle por el cuerpo.

Pienso en Grace, con los ojos abiertos, a la espera de que se le pare el corazón. Pienso en que inhala, exhala y se para. Fin.

Pienso en mí.

«¿Qué hace la policía llamándonos, Gilda?», me pregunta mi padre en el buzón de voz.

«¿Por qué la policía no para de preguntarme por mi hija?»

«Nos han pedido que vayamos tu madre y yo a hablar con ellos.»

«¿Sabes para qué quieren hablar de ti?»

«Tu madre y yo estamos preocupados, Gilda.»

«Llámame.»

Ya lo tengo. Los humanos somos como un cáncer. Si mirásemos la Tierra desde la lejanía, pareceríamos glóbulos blancos, y contemplar nuestra evolución sería como contemplar la propagación de la enfermedad.

«Tu madre y yo hemos quedado con la policía esta tarde, Gilda.»

«Me gustaría mucho hablar contigo antes de ir, para hacerme a la idea de lo que está pasando.»

«¿Estás bien?»

«¿Te has metido en algo?»

«Llámame, ¿vale?»

«Estamos preocupados.»

Ya lo tengo. Somos parásitos. El resto de los animales del planeta coexisten con la naturaleza. Nosotros no, somos

como la sarna. Diminutos ácaros que cubren la capa exterior de la tierra, excavando en ella, infectándola. Somos como la tenia.

«Hemos hablado con la policía, Gilda. Cógelo.»

«¿Vas a llamarnos en algún momento?»

«A tu madre le va a dar algo. ¿Eres una delincuente?»

«Les hemos dicho que nunca has estado loca. Y que eres una persona sana y normal.»

«¿Por qué no lo coges? Esto es muy serio.»

«Nos han preguntado por tu relación con una señora mayor.»

«¿Conocías a una tal Grace?»

«Llámanos.»

Ya lo tengo. Somos como bacterias. Probablemente el universo solo sea una especie de pestaña en algo más grande, y existimos igual que los microorganismos habitan en nuestros ojos. Somos como la flora cutánea.

«Cógelo, Gilda. Lo digo en serio. Estamos preocupados.»

«¿Te llegan los mensajes?»

«¿Has perdido el móvil?»

«Llámame.»

«¿De verdad trabajas en una iglesia católica?»

«¿Por qué?»

«¿Te estás drogando, o algo así?»

«¿En serio vas todas las semanas al hospital? ¿Por qué se piensa la policía que estás loca?»

«Llámame, ¿vale? Llámame.»

Me como una barra de pan a mordiscos, como una cabra suelta en una panadería. Le pego un bocado y le doy un trago al vino para ayudar a que la comida viaje por mi garganta hasta las criptas de mi cuerpo, como si fuera Jesucristo en la última cena. Así es como se trata a tu cuerpo como un templo.

Mi padre no para de llamarme. No puedo ni usar el teléfono porque sus llamadas interrumpen todo el rato y acaparan la pantalla.

Me he comprado esta barra de pan con la idea de hacerme un bocata o algo así. Pero luego me he dado

cuenta de que no tengo nada de embutido, ni queso, ni lechuga. También me he dado cuenta de que el bocata sería para mí sola. ¿Y para qué esforzarme en hacerme un bocata solo para mí?

Es asqueroso que yo coma. Consumo sustento mientras otros seres vivos se mueren de hambre. Lleno los vertederos de envoltorios y basura. Es imperdonable.

He robado el vino de la iglesia. No sé si el vino viene preconsagrado o no. Si este vino es la sangre de Dios, espero que me envenene. Espero que Dios y Jesucristo sean reales y que mi consumo de este vino de sangre sea tal blasfemia que un rayo me fulmine aquí y ahora.

Hola, le escribo a Eleanor.

No contesta.

Hola, vuelvo a escribir.

Me miro en el espejo. A veces, si me miro el tiempo suficiente, tomo conciencia de que soy un animal. Pienso en que si los extraterrestres vinieran a la Tierra y vieran a los humanos, probablemente les pareceríamos simios. A veces pienso que seríamos más feos que los simios porque no tenemos pelo. Somos una especie de cerdos-simios con melena. Otras veces, me parece que somos más guapos que los simios. Las chicas con el pelo bonito y los ojos grandes podrían ser guapas, como los caballos. Si los humanos no lleváramos ropa, seríamos todavía más feos en la mayoría de los casos, creo yo. Pienso que todos los cuerpos son bellos desde el punto de vista filosófico (es muy bonito que nuestros cuerpos funcionen y nos permitan saborear la comida y movernos y todo eso), pero desde el punto de vista visual, creo que hay que estar loco para no opinar que muchos cuerpos desnudos son antiestéticos. Yo no sé si soy antiestética o no. A veces me miro en el espejo y hago un esfuerzo para averiguar si soy guapa, o fea, o un término medio, pero siempre acabo pensando que soy un animal, y en que parezco un cerdo-simio.

Mis manos están iguales que cuando era niña, lo juro. Tengo los dedos cortos, y las uñas todas mordidas. La piel más tersa y suave. Tengo una tirita en el pulgar. Arena

debajo de las uñas. Doblo los nudillos. Cierros los puños.

Vuelvo a parpadear y veo mis manos tal y como son hoy. Los dedos más largos. La piel más áspera. Una cicatriz en la muñeca.

Giro las palmas de las manos y me examino los nudillos. Pienso en cómo serán mis manos cuando me haga vieja. Pienso en las manchas de la edad y las arrugas. Pienso en que, a pesar de envejecer, mis manos serán exactamente estas. Salvo que sufra alguna desfiguración espeluznante, me enterrarán con estas mismas manos.

Soy excesivamente consciente de que tengo las manos en el regazo. No paro de mover los dedos. La mujer que va a mi lado no es consciente en absoluto de sus manos. No deja de rozarme sin querer con las suyas. O igual sí es consciente de sus manos y no conoce el concepto de espacio vital, pero lo dudo mucho. Creo que todo el mundo en este autobús está completamente desconectado de sus manos.

—¡Mírate las manos! —me oigo decirle a una desconocida en voz alta.

—¿Qué? —La desconocida me mira, inquieta. Justo cuando establecemos contacto visual me doy cuenta de que acabo de hacer algo muy extraño.

Se aleja de mí mientras intento balbucear una explicación sensata. Pero no se me ocurre ninguna. Al final no digo nada.

La policía quiere hablar conmigo sobre ti, me escribe Eli.

¿Qué hago, voy? ¿Has hecho algo? ¿Estás bien?

Mamá y papá están de los nervios. ¿Puedes llamarlos?

Estoy viendo que me has leído.

Dime algo.

¿Estás bien?

Creen que eres sospechosa de asesinato.

¿Conocías a una tal Grace?

¿Cómo se les ocurre que yo soy capaz de matar a alguien? Ni siquiera puedo matarme a mí misma.

Cierro los ojos y me concentro en la oscuridad bajo mis párpados.

Oscuridad.

Me salgo de mi cuerpo.

—¿Qué motivo tendrías para matar a una mujer? —me pregunto en voz alta.

Me asomo a un puente que pasa por encima de una carretera y un río. Miro los coches pasar a toda velocidad sobre el asfalto.

¿Qué motivo tendría para cualquier cosa?

Podría saltar; podría joderles el día a todos los que pasan por ahí abajo. Podría traumatizar de por vida a algún motorista en su camino a dondequiera que vaya.

Cierro los ojos con fuerza.

Oscuridad.

Mírate las manos.

¿Te acuerdas de todo lo que has hecho con las manos?

Cada momento existe en la perpetuidad, al margen de si lo recordamos o no. Lo que ha pasado, ha pasado; y siempre ocupará su espacio en el tiempo. Nos pasamos la vida atravesando momentos, olvidando cosas y haciéndonos muy, muy viejos, hasta que nos olvidamos de todo.

Me miro fijamente las manos. Las arrugas de los nudillos y las venitas debajo de la piel.

Nunca tendré otras manos que no sean estas.

Es muy raro que un cuerpo pueda estar vivito y coleando, y al segundo siguiente quedarse inerte para siempre.

Oscuro.

Cuando morimos, nuestros cuerpos son basura. Nos pudrimos.

Oscuro.

No me creo que esté viva.

Oscuro.

No me creo que me pueda creer cualquier cosa.

—¿Qué haces? —me grita alguien desde un coche.

Oigo un timbre. Desde el puente miro el agua negra.

—¿Está pescando?

—No lleva caña de pescar.

—¿Estás bien?

—¡Eh! ¿Estás bien?

—Estoy pensando en la pesca —informo.

Pienso en cómo debe de ser que un anzuelo se te enganche en la mejilla y te arrastre del cuerpo hasta un espacio donde no puedes respirar.

¿Y si alguien fuera de la Tierra considera a los humanos como peces?

¿Y si los extraterrestres nos arrastran a un lugar donde nos explote la cabeza?

—¿Estás bien? —repite el hombre.

Miro el coche. Dentro hay dos adolescentes.

—Ven aquí —dice uno—. Nos estás poniendo nerviosos. ¿Estás triste?

Los miro. Parecen muy jóvenes. Seguro que hace un par de años todavía eran niños.

—Estoy bien —respondo—. Solo estaba dando una vuelta. Gracias por preguntar. Os lo agradezco. Sois muy majos.

—¿Quieres que llamemos a alguien? —pregunta.

—Sí —digo—. Llama a emergencias.

—Solo tienes un poco de ansiedad y depresión —me dice el médico—. ¿Crees que podrías ser un peligro para ti misma?

Sí.

—No. —Sacudo la cabeza—. Solo estoy un poco regular.

—Todos tenemos días así —contesta—. Probablemente solo tienes que acostumbrarte a los ISRS. Pero te puedo derivar a un psiquiatra.

—Gracias.

—Por cierto, llevas dos semanas de más con la escayola. —Señala mi brazo.

—Se me olvidó venir a quitármela —explico mientras se prepara para cortarla.

Miro cómo corta en dos el dibujo de Eli, y mi brazo sale del yeso como un pollito del huevo.

A lo mejor soy un robot. Tengo las manos frías, y mover los dedos me cuesta mucho esfuerzo. Soy consciente de todos mis parpadeos.

Parpadeo varias veces.

Oscuridad. Oscuridad. Oscuridad.

Alguien llama a la puerta.

Me doy la vuelta y escucho el toc, toc, toc.

«Gilda, soy yo. Soy Eli.»

«Abre la puerta. ¿Estás ahí? ¿Hola?»

«¿Puedo ayudarte?»

«¿Me oyes?»

«¿Hola?»

«¿Quieres que mienta por ti?», me susurra a través de la puerta.

«Dime qué tengo que decir y lo diré, ¿vale?»

«Si te has metido en un lío yo te ayudo, no te preocupes.»

«¿Estás ahí?»

«¿Hola?»

«¿Hola?»

Después de pasarme cuatro horas sentada en el suelo de mi cuarto en estado catatónico, me levanto, recojo toda la vajilla que tengo por casa y la lanzo contra la pared. Una taza la tengo que lanzar dos veces para que se rompa.

Cuando era pequeña me obsesionaban los animales. En la biblioteca solo cogía libros de animales. Me suscribía a revistas de perros y caballos. No hacía más que hablar de datos fascinantes que me sabía de varios animales.

Los basenjis son los únicos perros que no ladran.

A los gatos siameses se les oscurecen algunas partes de la piel cuando tienen frío.

Todos los cachorritos nacen ciegos y sin dientes.

Estaba sentada con mi familia en la mesa de la cocina, donde acababa de soplar las ocho velas de mi tarta de cumpleaños, cuando mi madre me preguntó:

—¿Qué deseo has pedido?

Estaba a punto de contarlo cuando me detuve y dije:

—Si lo digo no se cumple.

En ese momento, mi padre se agachó debajo de la mesa de la cocina y sacó una jaula de metal blanca. Me la puso delante y me quedé de piedra.

Después de unos instantes mirando la jaula, el hocico

tembloroso de Flop y su cola que parecía una bola de algodón, grité:

—¿Estoy soñando?

No sé si estoy soñando o no. ¿Estoy en una tienda? Me siento como si estuviera en un plató de cine. Todo me suena, pero todo es diferente. Como un decorado de cartón piedra. Todo está fuera de lugar, como si fuera de otro mundo.

—¿Se ha perdido? —me pregunta una mujer borrosa.

La miro.

—¿Está bien, señorita? —insiste, dudosa—. ¿Necesita ayuda?

—Estoy bien —miento.

La iglesia de St. Rigobert es muy grande. Tiene un campanario con una pequeña cruz en lo alto. Está toda decorada con esculturas: pequeños grutescos y gárgolas. Los edificios que la rodean son todos modernos. Destaca en el horizonte como un niño alto y gótico en una foto de clase.

Llevo varios días sin ir a trabajar.

Estoy en el césped de la iglesia, mirando los enormes rosetones. Pienso en las estatuas de Jesucristo y de los ángeles. Pienso en Jeff rezando y haciéndose café. Pienso en los ancianos que se pasean entre los bancos rezando el rosario, organizando funerales. Pienso en el olor del incienso y en el sonido del órgano.

Fuera hay una estatua de Jesucristo. Está encaramada a la puerta principal como un búho. Jesucristo lleva corona y tiene una mano levantada. Le miro la cara de piedra y juraría que sus labios se mueven.

—¿Por qué no estás dentro? —me pregunta la estatua —. Deberías estar trabajando, ¿no?

—¿Ah, sí?

—Dijiste que no solías beber mucho, ¿no?

La policía me ha pedido que vuelva a comisaría para interrogarme otra vez.

Tengo resaca. El sudor me huele a sangre de Cristo.

Asiento.

—Hueles como si hubieras bebido —señala un agente.

—He bebido —contesto.

Se miran.

Estoy sentada al otro lado de la sala, mirándome, como quien mira a un mono raro en el zoo.

—¿Estás bien? —pregunta otra agente.

—Estoy bien —responde mi cuerpo en un acto reflejo.

—¿Seguro? —insiste con el ceño fruncido.

—Me duele la cabeza, creo.

—¿Crees? —repite—. ¿No sabes si te duele la cabeza?

—Ahora mismo estoy bastante desconectada de mí misma —admito—. Tengo la mente nublada. No sé si me duele la cabeza o no. Pero creo que sí.

Se me queda mirando.

—¿Por qué crees que estás así? —pregunta en voz baja.

—No lo tengo claro.

—¿Puedes decirme qué hiciste ayer? —me pregunta un policía.

Intento acordarme.

Creo que fui a comprar. Y me comí una barra de pan.

No, espera. Eso fue hace más.

—No me acuerdo —contesto.

—¿No te acuerdas?

—Es que no hice nada destacable —explico—. Nada memorable.

—¿Nada memorable? —repite el policía—. Interesante. Entonces dime, ¿qué considerarías memorable?

Pienso y respondo:

—Nada.

—¿No hay nada que pueda hacer que un día sea memorable?

—En realidad, si lo piensas bien, no.

Inclina la cabeza.

—¿Dirías que te acuerdas bien de todo lo que te ha pasado últimamente, Gilda? —pregunta—. ¿O te olvidas alguna vez de las cosas?

En la vida atravesamos muchos momentos y nos vamos olvidando de las cosas, hasta que nos hacemos viejos y nos olvidamos de todo.

—¿De verdad no conocías a Grace? ¿Estás segura?

Saca una foto de Grace y la deposita en la mesa, entre los dos.

«Mientes muy bien, ¿a que sí, Gilda?»

«Tu familia no sabía que trabajabas en St. Rigobert.»

«Nadie en St. Rigobert sabía que no eres católica.»

«¿También te mientes a ti misma, Gilda?»

«¿Seguro que no estás reprimiendo el recuerdo de lo que ocurrió?»

Miro la foto de la mesa. El pelo blanco de Grace, su sonrisa arrugada.

Pienso en rinocerontes, y en todo lo que hay en este mundo que consideraríamos fantástico de no ser porque sabemos que es real. Pienso en cómo la realidad y la fantasía se mezclan, porque nada importa y todo es ilógico. A lo mejor todo esto es un sueño. A lo mejor ni siquiera existo.

Meto las manos en los charcos turbios de mi mente y en las grutas oscuras de mi estómago y tanteo. Y entonces descubro la terrible verdad, que es: ¿Cómo voy a saber si he matado a alguien? A lo mejor lo he hecho.

Creo que estoy loca.

—¿En qué piensas? —me pregunta el policía.

—En rinocerontes —le digo, con lágrimas en los ojos.

Desde la ventana vi a mi padre cavar un hoyo en el jardín. Estaba enterrando a Flop.

Mi madre me vio asomada a la ventana y dijo:

—Cielo, no mires. Vete a ver dibujos con tu hermano o algo.

La ignoré y seguí mirando hasta que mi padre metió en el agujero el ataúd hecho con una caja de zapatos y le echó tierra por encima.

Cuando todo el mundo se fue a la cama, bajé la escalera a hurtadillas. Me arrodillé junto al montón de tierra donde estaba Flop y lloré sola bajo la luna.

—¿Sabes quién es?

Estoy detrás de un cristal tintado. Al otro lado hay una anciana con una camiseta rosa con un estampado de gatos

jugando con ovillos de lana.

Empiezo a decir que no, pero entonces la reconozco.

Es Rosemary.

—Es Rosemary Reeves —me dice el policía—. Ha venido hasta aquí desde su pueblo para hablar con nosotros. ¿Se te ocurre por qué le hemos pedido que viniera?

No contesto. Solo miro a Rosemary. Tiene colorete rosa en las mejillas arrugadas y un pintalabios malva.

—Ya no conduce, así que ha tenido que traerla su hija —continúa el policía—. Ha pedido el día libre para traerla. Es un detalle, ¿no?

Tampoco contesto. Le miro las manos entrelazadas. En un dedo lleva su alianza.

—Le hemos pedido que viniera porque miramos en el ordenador de la iglesia y resulta que te has estado haciendo pasar por Grace para mandarle correos. ¿Cómo es eso, Gilda? ¿Me lo puedes explicar?

Bajo la mirada. Me sudan las manos. Se me encoge el cuerpo.

—¿Gilda?

—Nos dimos cuenta de unas cuantas cosas raras —continúa el otro policía—. Notamos que el perfil de Twitter de la iglesia le daba a «me gusta» a muchos tuits inapropiados, y que el historial del ordenador contiene búsquedas como el nombre de Grace y cosas relacionadas con asesinatos.

Dejo de escuchar al policía mientras me viene a la mente la imagen grotesca de Rosemary enterándose de que su amiga está muerta. Imagino cómo se descompone en un momento su cara de felicidad.

Me da un vuelco el corazón. Se me encoge todo el cuerpo.

—Has estado mintiendo a una anciana, haciéndote pasar por Grace. ¿Por qué?

No soporto la imagen de Rosemary enterándose de la muerte de Grace.

—¿Le van a decir que Grace ha muerto? —pregunto.

—Sí. Claro que se lo vamos a decir.

—No —les pido—. No se lo digan.

—¿Por qué has mentido a esta pobre anciana?

—Por favor, no se lo digan —repito, mientras se me saltan las lágrimas.

—¿Estás intentando engatusarla? ¿Qué pretendes?

—No. Solo es que no quiero que sepa...

—¿Cuál es tu objetivo? ¿Qué intentas hacer?

—No quiero que esté triste. —Me echo a llorar.

Un agujero negro se apodera de mi cuerpo. Me invade una sensación de absoluta desesperanza. Las luces se apagan. ¿Acaban de dispararme? Estoy ciega. Me caigo al suelo.

Jeff llora en su despacho. *Basta*.

Mitón arde en el incendio. *Basta*.

La piel de Eli se está poniendo amarilla. *Basta*.

Eleanor me compró unos Thin Mints. *Basta*.

Ingrid me regaló un cerdo de peluche. *Basta*.

Eli me pintó un cuadro de Flop. *Basta*.

Se ofreció a mentir por mí a la policía. *Basta*.

Me hago tan pequeña que no puedo soportarlo. Siento cómo toda mi fuerza vital tiembla dentro de mis huesos, como un perro rabioso acorralado en un rincón sin salida.

¿Estoy gritando?

—¿Qué le pasa?

Todos se arremolinan a mi alrededor.

—¿Por qué te afecta tanto?

—Esta chica no está bien.

Me han metido en una celda. Estoy sentada en una sala de hormigón con un váter. Lo único que puedo hacer es mirar la pared gris que tengo enfrente y las imperfecciones del cemento. Hay una grieta que va del suelo al techo.

No sé si solo me han encerrado aquí un rato, o es que me han metido en la cárcel.

En la celda me acompaña una hormiga. Busca alimento en el suelo con las antenas. La miro correr en zigzag por el suelo, olisqueando algo que comer.

Pego la mejilla al suelo sucio y la miro de cerca. Le

miro las patitas arqueadas y la cara de monstruo diminuto. Me pregunto qué hace una hormiga en una comisaría de policía, cuando podría estar viviendo en cualquier otro sitio. Podría salir fuera. Podría vivir en un restaurante, o en el bosque.

A lo mejor no lo sabe. O a lo mejor le cuesta mucho llegar a esos sitios.

Pienso en metérmela en el bolsillo y alimentarla con mi propia comida.

Me pregunto cuánto tiempo viven las hormigas.

—No puedo tenerte de mascota —le susurro en voz alta.

No puedo tener mascota por la misma razón por la que no quiero hacer amigos, ni intimar con nadie. No es solo porque algún día morirán. También es porque se me da fatal cuidar de una mascota. No soy capaz de reunir la energía necesaria para formar parte de la vida de nadie de manera positiva. Ni siquiera soy capaz de reunir la energía para disculparme por ser así.

Me miro las manos. La hormiga me sube por los dedos.

—No tengo nada que ofrecerte. No tengo comida —le digo—. Me han cacheado antes de entrar. No llevo nada en los bolsillos.

Se lo demuestro dándome la vuelta a los bolsillos.

De pronto caen unas migajas.

—¿Qué aprendiste en terapia? —le pregunté a Eleanor.

Todavía no nos conocíamos en persona. Seguíamos escribiéndonos por la aplicación. Era más de medianoche. El teléfono me iluminaba la cara sobre la almohada. Llevaba meses sin interesarme por ninguna conversación, pero ella me interesaba muchísimo. Ella y todo lo que decía. Cada vez que me saltaba una notificación suya, me ponía alerta.

Aprendí que hay una conexión circular entre los pensamientos, los comportamientos y los sentimientos, dijo.

Funciona como un bucle de retroalimentación. Lo que pensamos afecta a cómo nos sentimos y cómo actuamos. Si me siento mal porque creo que no soy una buena amiga, por ejemplo, quizás busque

evitar a la gente, lo que me hará sentir peor. Si en lugar de evitar a la gente, quedo con una amiga, ese comportamiento afectará a mis pensamientos sobre lo buena amiga que soy, lo que a su vez afectará a mis sentimientos y a mi comportamiento en el futuro.

Me dio la impresión de que Eleanor era más alegre y optimista que yo. Cuando hablaba de terapia, me parecía que era algo que podía funcionarle a ella, pero no a mí.

—¿Te funcionó? —le pregunté.

—Sí.

—Bébete ese vaso de agua —me ordena una vigilante.

—¿Puedo hacer una llamada? —le pregunto, ignorando el vaso de agua.

—Claro —contesta—. Como si haces más de una.

—Creía que solo tenía una.

—Eso es en las películas.

«Eleanor, no quiero molestarte. Entiendo por qué me ignoras. Pero quería decirte lo mal que me siento por haberte tratado así. Me siento como el culo. Soy una egoísta. Te va a parecer raro, pero no sé cómo he podido decepcionar a alguien que me compró unos Thin Mints. Sé que parece una gilipollez. No sé qué me pasa. Me siento como una especie de robot. ¿Me estoy explicando? No puedo concentrarme. No sé cómo decirlo. A veces siento que la única escapatoria es volverme absolutamente apática, o morir. No quiero joder a nadie. Soy consciente de que es bastante irónico, porque a ti te he jodido. Aunque igual estoy sacando las cosas de quicio. No creo que te importe tanto. Solo soy una tía con la que has salido a medias, con la que has tenido una mala experiencia, así que lo más seguro es que estés flipando. Pero necesito explicarme. Deberías haber dejado de hablarme en el mismo momento en el que te enteraste de lo de Giuseppe (con quien no estoy saliendo, por cierto), pero da igual. Ahora que lo pienso, me estoy dando cuenta de que yo nunca te compré Thin Mints. Ni siquiera sé si te gustan. Es culpa mía. Ojalá me hubiera portado mejor contigo. Lo siento.»

«Jeff, te he estado mintiendo. El día que me contrataste no

fui buscando trabajo. Fui porque me dieron un folleto donde se ofrecía terapia. Llevo todo este tiempo fingiendo ser católica para evitar contarte la verdad, y porque necesitaba trabajo. No debería haberlo hecho, y me arrepiento. Quiero que sepas que lo siento mucho. Sé que siempre lo perdonas todo porque eres así, pero no hace falta que me perdones por esto.»

«Giuseppe, no debería haberte dado esperanzas, ni haberte insultado. No soy quien crees que soy. Me costaba estar contigo porque me molesta lo feliz y equilibrado que pareces, y soy muy crítica. No sé si me vas a entender, pero no paro de mirarme las manos. Y de pensar que nunca tendré otras manos que no sean estas. ¿Me explico? No sé si tiene sentido. La verdad es que prefiero que no lo entiendas. Ojalá nunca hubiera pensado en ello. Sé que no tiene sentido. En fin, solo te llamaba para pedirte perdón por haberte mentido y por haberte hecho sentir mal. Desde el principio intenté hacer lo contrario, pero no se me da bien.»

«Barney, yo soy la que se coló en tu jardín. Tu hija me pilló. Pero no intentaba robarte. Te estaba espiando porque pensaba que a lo mejor habías sido tú el que mató a Grace. Pero sé que no. Siento mucho haber pensado eso de ti, y haber estado merodeando por tu casa. Escucha, sé que no tengo derecho a pedirte nada, porque te he estado mintiendo, y además soy atea y lesbiana; pero de verdad me gustaría que pasaras las páginas del calendario al mes actual. ¿Sabes a qué me refiero? Sé que tu mujer murió y me figuro que era ella la que las pasaba. Tienes que cambiarlo, ¿vale? Es tristísimo, Barney, pero ahora tienes que cambiar tú el calendario.»

«Mamá, papá, no sé si os acordaréis de esto, pero un día jugué a que la carretera delante de casa era un océano. Hice unos dibujos con tiza de estrellas de mar, ballenas y una balsa. Me tumbé con los ojos cerrados, esperando a que me atropellaran. Vinisteis corriendo y me castigasteis en mi cuarto. Me acuerdo constantemente. ¿Sabéis de lo que hablo? Entiendo por qué fingís que no pasa nada, cuando sí

que pasa. Entiendo por qué lo hacéis con Eli. Pero creo que sería mejor que abordáramos el tema. Y creo que yo no estoy bien de la cabeza. Si pudiera elegir, preferiría que no os preocuparais por nada. ¿Me explico?»

«Eli, escúchame. Deja de beber. Por favor. Y sé lo que quieras ser, si es eso lo que te pone tan triste. Quiero que hagas lo que quieras hacer. Ponte lo que quieras. Déjate el pelo largo. Escucha, porque esto es muy importante. Estamos flotando en el espacio, ¿vale? Piénsalo: somos fantasmas dentro de esqueletos, sacos de piel, flotando en una roca en medio del espacio. Si hay algo que te haga feliz, por favor, hazlo.»

—Ya te puedes ir. —Una agente me abre la puerta de la jaula humana.

Hace un momento, después de diez horas aguantándome, acabo de mear delante de ella.

—¿Ya me puedo ir? —repito, confusa.

—Sabemos que no fuiste tú —contesta—. Hemos encontrado una cosa que lo demuestra.

—¿El qué?

—Una nota. Estaba doblada dentro una novela romántica que había en el escritorio de Grace.

A quien encuentre esta carta:

Mi madre se suicidó cuando yo tenía dieciséis años. No se despidió, ni dejó ninguna nota. Me pasé mucho tiempo buscando una nota suya, con la esperanza de que algún día la encontraría. Cuando iba a una librería de segunda mano, siempre abría los libros esperando que, por un casual, hubiera alguno suyo donde hubiera escondido alguna nota.

Escondo esto aquí por si alguien, en algún momento, acaba encontrando mi propia nota.

No me voy de la misma forma que mi madre, aunque sí que me voy de la vida. Tengo ochenta y seis años y ya ha llegado mi hora. Estoy lista para emprender el viaje que haya después de esto.

Si no me he despedido, aquí os digo adiós. He tenido una vida maravillosa. No creo que haya podido ser más feliz. Estoy muy agradecida por haber vivido.

Grace

Quinta parte

Pascua

Soy una de las 7530 millones de personas que orbitan una de las 100000 millones de estrellas en una galaxia entre millones de galaxias en un universo en infinita expansión.

—Soy Gilda —digo.

No me cuesta aceptar que soy una bacteria, o un parásito, o un cáncer. No me cuesta aceptar que mi vida es trivial, que no soy más que una mota de polvo. Lo que me cuesta es aceptarlo para la gente que me rodea. Me cuesta aceptar que la vida de mi hermano no importa nada, o que las ancianas que se mueren no importan nada, o que los conejos o los gatos no importan nada. Me siento absolutamente insignificante y al mismo tiempo hiperconsciente de lo importante que es todo el mundo.

—No sé qué decir —le digo a Rosemary—. Lo siento. No sé por qué lo hice. No tenía derecho a ocultarle que su amiga había muerto, o a enviarle correos haciéndome pasar por ella. No sé lo que me pasa...

Rosemary me coge de la mano al otro lado de la mesa.

La miro. Está sonriendo.

—A Grace todo esto le habría parecido muy gracioso —dice. Se ríe—. Te perdono, Gilda. No pasa nada.

Me invade un alivio triste y raro.

—¿Usted cree? —pregunto, con un nudo en la garganta.

Rosemary asiente.

—¿No quiere decirme nada más? —pregunto.

Sacude la cabeza y se vuelve a reír.

—Le habría parecido demencial.

—¿Me está tratando bien solo porque estoy loca?

—Bueno, no estás loca de verdad, ¿no? —pregunta, mientras me coge de la mano otra vez.

—No sé. A lo mejor sí. No me encuentro muy bien últimamente —explico—. No paro de pensar en que nada tiene sentido.

Algún día moriré, y algún día todas las personas que conozco morirán. Algún día todo lo que conozco morirá. Algún día todos los animales y las plantas de este planeta

morirán. Algún día la propia Tierra morirá, y la humanidad al completo, y todos los vestigios de la vida humana.

—¿Alguna vez piensa en lo pequeños que somos? ¿Alguna vez piensa en el espacio? —le pregunto—. No puedo parar de pensar en la muerte, en la razón de la existencia, y en lo triste que es todo. He empezado a pensar que lo único que importa es que la gente sea feliz, y solo intentaba ahorrarle la tristeza. Me he dado cuenta de que mucha gente no es feliz, y eso me mata. Miro a la gente y pienso: «Dios mío, solo quiero que sonrían». Miro sus bocas. ¿Entiende? Y no paro de pensar: «Dios mío, sonríe, por favor».

Rosemary asiente.

—Sí, también lo he pensado mucho. —Me mira la boca —. ¿Y no crees que a lo mejor la gente también desea lo mismo para ti?

La comisaría se vuelve borrosa mientras me conducen a la salida. Oigo a un policía decir:

—Estaba realizando suicidios asistidos clandestinos.

Hay un televisor en la sala con las noticias puestas.

Una reportera rubia sostiene un micrófono.

—Laurie afirma que no está sola en esto. Alega que en la mayoría de los hospitales, las enfermeras y los médicos dan pistas y utilizan eufemismos para que los pacientes valoren la posibilidad de poner fin a sus vidas. Afirma que decidió ser directa y honesta con sus pacientes y presuntamente les ofreció acabar con sus vidas con su consentimiento.

»Ha confesado haber facilitado a sus pacientes la medicación que necesitaban para que lo hicieran en casa, por su cuenta. Grace Moppet y Rita Davis lo habrían hecho ellas mismas. Según las informaciones, Grace habría dejado una nota de suicidio que confirmaría esta versión. Al parecer, la nota afirma que Grace estaba lista para que llegara su hora, por así decirlo.

El informativo muestra un vídeo de Laurie leyendo un comunicado delante de una multitud de periodistas.

—No creo que haya nadie con el objetivo de vivir el

máximo de años posible —afirma al grupo de micrófonos—. No tengo ningún problema con estar involucrada en la muerte de Rita, Alfred, Li, Grace o Geraldine. Espero que mi confesión arroje algo de luz sobre el hecho de que esto no tiene por qué ser nada malo.

Salgo de la comisaría. Es media tarde. Los ojos se me habían acostumbrado a la penumbra y ahora me cuesta ver a plena luz del sol. Cierro un ojo y entorno el otro. Me pongo la mano sobre las cejas para hacer sombra. Con el ojo entreabierto, observo los últimos restos de nieve en las sombras de los árboles, y los dientes de león amarillos en la hierba.

Cuando era pequeña, recolectaba todos los dientes de león que veía. También me guardaba las pieles de las zanahorias y los corazones de las manzanas. Y moras, y pepinos, y lechuga de mi propio plato. Mezclaba todo en un bol grande y le hacía una ensalada a la coneja Flop.

Cuando hacía sol, sacaba la jaula al jardín. Ella mordisqueaba las hojas del césped y se tumbaba de lado. Me acuerdo de su barriga peluda respirando bajo el sol. A veces se quedaba dormida.

Le preparaba carreras de obstáculos con cajas de cartón y periódicos. Le enseñaba a acudir a mi llamada, y a levantarse cuando le ofrecía una chuche.

Me acuerdo de que se ponía a brincar en círculos en la conejera cuando me veía. Me acuerdo de que ronroneaba y hacía ruiditos.

Me despierto.

Hago la cama.

Me ducho.

Me peino.

Me lavo los dientes.

Me paso el hilo dental.

Me visto.

Me pongo los calcetines.

Me sirvo agua con hielo en un vaso limpio.

Meto una rebanada de pan en la tostadora.

Cojo un plato.

Corto una manzana en rodajas.

Saco la tostada de la tostadora y le unto mantequilla.

La corto en cuatro trozos.

Me siento en la mesa y como.

Lavo los platos que he usado y los guardo.

Paso una bayeta por la encimera.

Me pongo los zapatos.

Me miro al espejo.

Salgo de casa.

Camino por la calle.

Me invade la felicidad al escuchar la risa ridícula de Eleanor.

Estamos en la escalera de entrada a mi piso, esperando al casero. Va a venir con un técnico para arreglarme los armarios de la cocina y el espejo del baño.

—Piénsalo —le digo—. Si descubriéramos un diente de león en otro planeta que no fuera la Tierra, sería flipante. Bueno, el hecho de que existieran dientes de león fuera de la Tierra ya sería alucinante.

Eleanor observa un diente de león, se ríe y asiente.

—Es verdad.

—Si descubriéramos cerdos en otro planeta —continúo —, los cerdos nos parecerían criaturas increíbles. Y ya ni te cuento si encontráramos monos. Si encontráramos monos en otro planeta, nos parecerían los extraterrestres más alucinantes y bonitos...

—¿Has oído eso? —Me toca el brazo.

Me callo.

Detrás de nosotras suena una especie de gemido.

—¿Qué es eso? —pregunta Eleanor mientras me arrodillo y miro debajo de la escalera.

—Es un gato —digo, al ver la luz reflejada en un par de ojos.

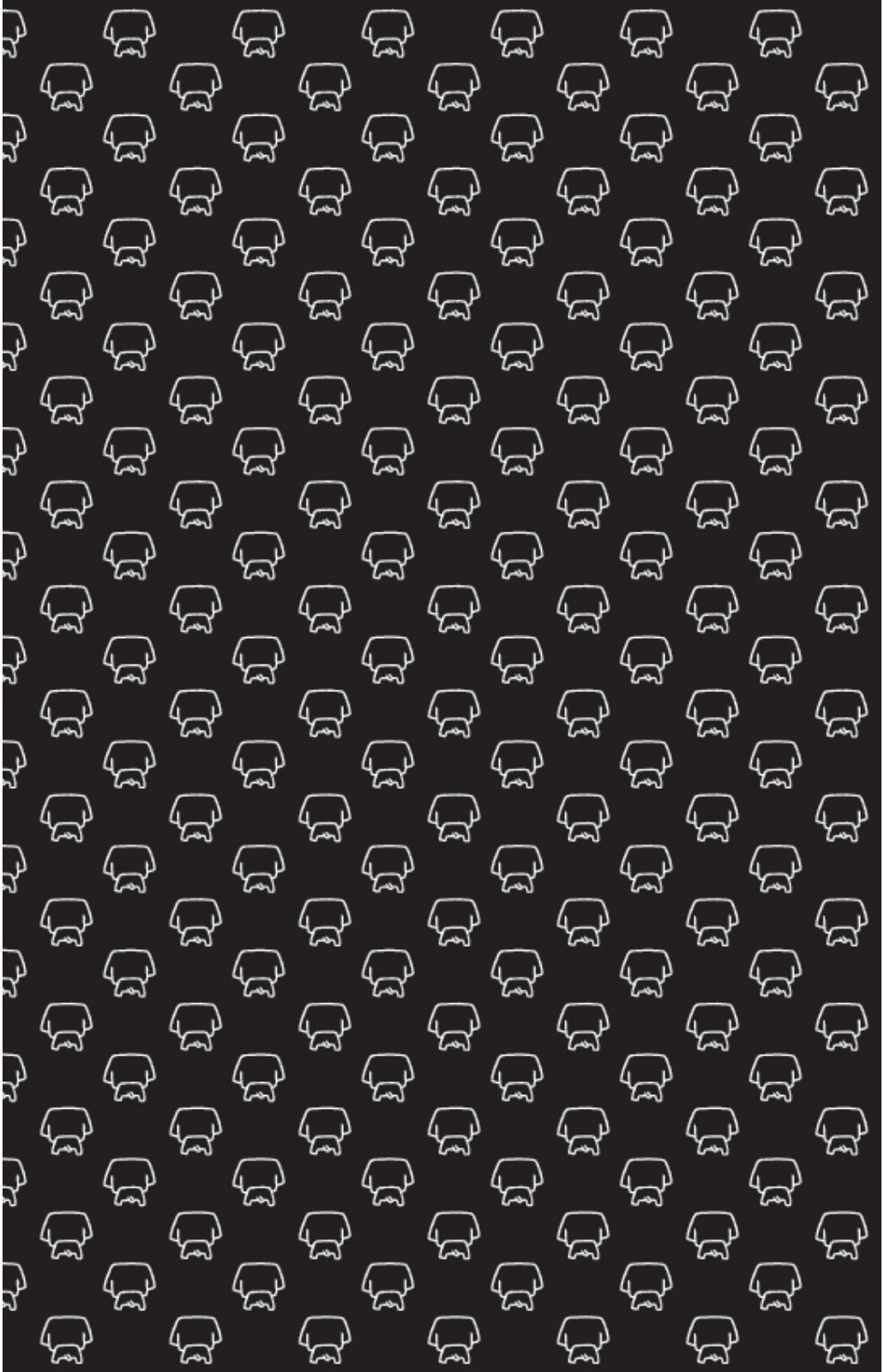
—Sácalo —me pide Eleanor—. ¿Está bien?

Me estiro y saco al gato. Sale de la oscuridad cubierto de mugre y polvo.

—Ay, Dios —digo, atónita.

Es Mitón. Entonces grito:

—¡Pero qué coño! ¡Estás vivo!

Agradecimientos

Gracias, Corrina, Brock, Mallory, Mitch, Ainsley, Chad, Aaron y Tod. Gracias también a Gloria, Jim, Joel y el resto de mi familia. Gracias, de antemano, a Bridget, por escribir mi futuro libro favorito, y a mi amiga Liz. Gracias, Heather Carr, por tu guía, tu apoyo, tu ayuda y tu amabilidad. Estoy muy agradecida por el trabajo que tú y la Agencia Friedrich habéis hecho para ayudarme a preparar y compartir este libro. Gracias también a Daniella Wexler. Esta historia mejoró mucho gracias a tu talento y experiencia editorial, y te estoy muy agradecida por todo lo que has hecho para mejorarla y compartirla. También agradezco sinceramente a Jade Hui, Gena Lanzi, Isabel Dasilva, Liz Byer, Min Choi, Loan Le y a toda la gente de Atria Books todo el trabajo que han realizado para desarrollar y promocionar esta novela. Gracias también a Poppy Mostyn-Owen y Atlantic Books por compartir la novela con el Reino Unido, y a Simon & Schuster Canada por compartirla con Canadá. Gracias a mis profesoras de lengua y de escritura, especialmente a la sra. Nedic, Dorothy Nielsen y Vidya Natarajan. Gracias también al grupo Muna por la canción «It's Gonna Be Okay, Baby» y a Phoebe Bridgers por «Funeral». Las escuché mucho mientras escribía esta historia. Gracias a Robert Peett y Holland House, Lucy Carson, Kristina Moore, Canada Council for the Arts y a todos los que se me han olvidado o que me han ayudado sin que yo lo supiera.